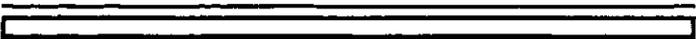


---

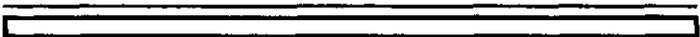
# EL HÚSAR NEGRO



---

JOSÉ LUIS ONTIVEROS

# EL HÚSAR NEGRO



---

Primera edición: 1999, Distribuciones Fontamara, S.A.

*Derechos reservados conforme a la ley*

ISBN 968-476-306-9

© **Distribuciones Fontamara, S. A.**  
Av. Hidalgo No. 47-b, Colonia del Carmen  
Deleg. Coyoacán, 04100 México, D. F.  
Tels. 659•7117 y 659•7978 Fax 658•4282

Impreso y hecho en México  
*Printed and made in Mexico*

---

---

“El mundo me parecía una tierra lejana de la que nada tenía que esperar, con la cual, en una palabra, había roto para siempre mis relaciones. Juzgaba, sin embargo, que después de esta vida, quizás considerara al mundo como un lugar en el cual había vivido, pero del que había salido, y que como Abraham al rico avariento podría exclamar: ‘Entre los dos media un abismo’ ”.

*Daniel de Foe*

**Aventuras de Robinsón Crusóe**

## LA RUTA DE LOS ASTROS

“Yace aquella virtud desaliñada,  
que fue, si rica menos, más temida,  
en vanidad y en sueño sepultada.  
Y aquella libertad esclarecida,  
que en donde supo hallar, honrada muerte,  
nunca quiso tener más larga vida”.

Quevedo

El misterio del Norte con sus maravillas se había borrado de la memoria de los novohispanos, como si la alucinada visión de fray Marcos de Niza sobre Cíbola y Quivira hubieran paralizado la voluntad imperial de España. Los rumores acerca de una tierra en donde los indios dormían bajo el agua y usaban brazaletes de oro, de gigantescas Amazonas en una isla de plata, de una raza de unípedos, pertenecientes a una extraña tribu cuyos miembros tenían orejas tan largas que las arrastraban por el suelo, no habían sido suficientes para alentar una nueva expedición que rompiera la inercia que durante cuarenta años había detenido el afán de conquista. Los letrados del reino explicaban que se trataba de empresas muy riesgosas y de dudoso éxito. Retirado en su celda, el franciscano Juan de Santa María llegó a comprender la verdadera naturaleza de esta postración inducida de la voluntad del reino. El desfallecimiento no se debía a que

nadie creyera en las ocultas riquezas de la Sierra Azul o en la opulencia, superior a la de Tenochtitlán del imperio de Teguayo, se trataba, en realidad, de un encantamiento practicado por los chamanes de los tehwas y, en particular, de su hechicero Popé, quien proclamó que el Dios de los cristianos había muerto y que él se encontraba en tratos secretos con el Demonio de los españoles. Llevando en la frente un cuerno de toro, bendiciendo a sus adeptos con harina de maíz, había prohibido que se pronunciaran los nombres de Jesús y María, que se purificaran los tehwas del bautismo por medio de agua y jabón, que se abandonaran los nombres cristianos, que se destruyeran las cruces, que se derribaran las iglesias y que no se hablara el castilla para hacerlo en su dialecto.

Mas su obra no estaría completa si no lograba apartar su territorio de las ambiciones de los novohispanos, para lo cual había recurrido a moler las cenizas de ciertas plantas parecidas al brezo mezcladas con orina de una mujer en menstruación, cuyo poder hacía olvidar las riquezas. Roció varias hostias con excremento de ratones para que se secaran las simientes de la fe; recolectó una hierba de la región apache, semejante al muérdago, cuya facultad alteraba para quien lo consultara la posición de las estrellas, enloqueciendo a las brújulas, volatilizandó aldeas y pueblos. Fray Juan de Santa María, quien en su nativa Cataluña había leído el sorprendente *Disquisitionum magicarum, libro VI* del erudito español Martín del Río, vicescanciller de los Países Bajos, si bien razonó que Popé no lograría con sus malas artes la transmutación licantrópica, como lo señalara el estudioso jesuita, comprendió que desde el virrey hasta el último *no te entiendo* de las castas de la Nueva España habían sido embrujados.

Decidido a poner fin a cuatro décadas de amnesia colectiva, Fray Juan de Santa María, enjuto, de piel blanquísima, barbilampiño, experto en astrología, teólogo y “mozo dispuesto para todo trabajo” —como lo describen las crónicas—, solicitó a sus superiores que lo trasladaran

a la custodia de Zacatecas, frontera de infieles, para de ahí marchar rumbo al Real de Minas de Santa Bárbara, último puesto de avanzada mexicano en el desierto del Norte, infinito y desconocido, con el propósito de abatir el encantamiento de Popé y rescatar del dominio satánico tan amplias comarcas, llenas de almas de "bárbaros" a quienes la empresa misionera de España debía de conducir al Paraíso. Fray Agustín Rodríguez, de su misma orden, había leído antes de su llegada una copia del relato de Cabeza de Vaca, convencido plenamente del extenso campo de la gentilidad que se extendía allende los ríos y las planicies, más allá de los rebaños de *cibolos*, en tierras que los más atrevidos viajeros y soldados consideraban inaccesibles. El viejo franciscano era un lego, paradójicamente, con mucha experiencia, capaz de atemperar los excesos de Fray Juan de Santa María, quien pasó varias noches en vela para contemplar el movimiento de los astros, acentuando su ya frágil condición, pues luego de esas largas vigiliass había decrecido aún más su apetito, supuestamente satisfecho "con el polvo de las estrellas", como dijera el mismo teólogo catalán.

Fray Agustín Rodríguez marchó a México para pedir autorización del virrey y del provincial, con el propósito de reiniciar la empresa evangélica en los dominios que permanecían olvidados desde que el capitán Francisco Vázquez de Coronado emprendiera su aventura. Entretanto, el joven astrólogo, en la intemperie, bajo los luceros, con el astrolabio al brazo, trazaba en su cuaderno los signos que pudiesen vencer las ciencias malélicas de Popé, empeñado en borrar los contornos de Nuevo México de la codicia del oro y de la avidez de las almas de aquellos misioneros y soldados que pretendían humillar a los dioses y avasallar a las tribus.

El hechicero Popé afiló el cuerno de toro que portaría como emblema de su jerarquía y, anticipándose a los planes de los misioneros, había mandado reunir a las tribus y a sus jefes como Catiti de Santo Domingo, Tupatú de Picurí y Jaca de Taos, enviando un misterioso cordel anu-

dato como señal de la importancia del encuentro, con lo cual se proponía disuadir a los novohispanos de su conspiración angélica, tendiendo un manto de oscuridad entre la Nueva Vizcaya y las tierras que sus antepasados recorrieron libres, con sus costumbres y creencias. A Popé no le preocupó la partida de soldados que pudiera acompañar a los misioneros, pues sabía que aquellos se desalentarían al no encontrar los prodigios que esperaban; temía, en cambio, a la tozuda fe de los hombres de Dios, capaces de resistir el hambre, de soportar los rigores del desierto, de cruzar vastos territorios, de ofrecer con humildad la paz a los guerreros. Ellos eran los verdaderos enemigos de su pueblo, pues su propósito era arrebatarse el secreto de los corazones, aprisionarlos en misiones, obligarlos a la monogamia y otras infamias como perdonar a los enemigos y devorar las migajas de un Dios ensangrentado, clavado en la cruz del suplicio.

Popé organizó una partida de guerreros para escarmentar la temeridad del puñado de soldados que escoltaba a los misioneros, mas se concentró en escuchar las opiniones de nigromantes, chamanes y hechiceros entre quienes se encontraba el gran jefe comanche, Cuerno Verde, para afinar los medios de confundir a los santos varones con tretas diabólicas, que evidenciaran el poder de los antiguos dioses sobre la devoción cristiana. Así ordenó a sus súbditos, entre los que se contaban los indomables moquis, los feroces navajos, los zuñis, los yutas, los chaguaguas, los comanches y pequeños grupos apaches, para que fabricaran amuletos en forma de anillos ovales de terracota, que con su invocación a la fertilidad aseguraran la sobrevivencia de las tribus, impidiendo que los miserables emisarios de la nueva fe pisaran con sus sandalias el piso de tierra de sus casas de adobe o el de sus chozas cubiertas con pieles de *cíbolos*.

Popé, alto, fuerte con el rostro deformado por un flechazo que recibiera en un combate, acaparaba a las mujeres más hermosas para entregarlas a sus capitanes. Ya

que se corría la voz de que poseía atributos viriles que hacían que las vírgenes disputaran ser desfloradas por el hechicero. Ensimismado, aprensivo sin saber exactamente el motivo, fumaba en una pipa ritual *punche*, especie de tabaco con poderes alucinógenos, a fin de vislumbrar cuál sería el porvenir. Excitado por el *punche*, –cuya intoxicación es sensiblemente más fuerte que el *hachís*–, que alguna vez fumara por curiosidad Fray Juan de Santa María en el Al-Andalús por invitación de un ulema, Popé halló sobre las pieles de *cíbolos*, que le servían de lecho, huellas de semen y de sangre, como si despertara de un sueño del que nada recordaba. Vio cubierta de sangre su hacha de guerra. En un rincón de su morada se encontraba el cuerpo de una de sus concubinas con la cabeza aplastada. La mitad intacta de la cara, que contrastaba con la otra mitad despedazada, no expresaba temor, como si la muerte la hubiera asaltado en el placer, intempestivamente, como a veces en las planicies los *cíbolos* se dan a la estampida. Se aterrorizó, por un momento, de sí mismo. Recitó las plegarias de los malos espíritus. Dio los alaridos de la venganza. Prometió cobrar muy cara la muerte a los misioneros. Percibió, sin querer admitirlo, que lo acechaban la discordia entre las tribus, la sequía, el hambre, la peste. Tomó nuevamente la pipa, aspirando el *punche* que es aromático pero ríspido para quien lo fuma y de forma misteriosa enloquece o amansa a sus adoradores. Si ha de sobrevenir la destrucción de su pueblo, si ellos han de ser los apóstatas recalcitrantes del Norte, si hacer valer su idolatría, merecerá su extinción, reflexionó, impertérrito, iluminado por los anillos que se elevaban en volutas sobre la pipa rojinegra, todo ello y más ha de cumplirse antes de que los misioneros azoten a los dioses con sus cánticos.

La expedición apostólica de los frailes se internó en el territorio, siguiendo el viaje a través de los pueblos Piros sobre el río Santa Fe. Fray Juan de Santa María admiraba la paciencia con que el viejo padre Ramírez trataba a los gentiles. En sus cálculos no estaba previsto que fuesen

recibidos con mansedumbre dado el hálito del Diablo, que ha respirado, sobre la arena incandescente del desierto, eterna como las llamas del infierno, que domina las tierras en donde sabe que Popé preparaba su venganza. Hallaron tierras fértiles, propicias para la vid, indios de buena disposición, "bárbaros" deseosos de ser "redimidos". Acordaron dar noticia al virrey del descubrimiento. Uno de los nueve soldados que los escoltaban pretendió hacer el largo viaje a la capital del reino. El astrólogo catalán convenció a fray Agustín Rodríguez de que debía ser él quien cumpla con esa encomienda, dado que la noche anterior, cuando los españoles dormían y él velaba la ruta de los astros, uno de los indios que cuidaba las acémilas, le ofreció una porción de punche en una rústica pipa de barro. Al fumarlo, el joven teólogo tuvo la visión del cuerno de toro de Popé, del hacha cubierta de sangre, de una piel de cíbolo, de un rostro de mujer desfigurado bendecido por el éxtasis. Abominaciones paganas, pensó.

Esa misma noche, a la luz de la fogata, elaboró amuletos para evitar un nuevo embrujo. Amasó pan ácimo repitiendo: "Popé, servidor de Satán, cuyas ciudades están en ruinas, que sólo esqueletos habitan. Sé exorcizado de las malas artes. El que se acerca a mi morada, me desgarrará, me hace ver cosas horribles. Que se aquiete. Que se persigne. Hazlo saber en la puerta y en el postigo, en donde pase, en donde se refugie". Amasado el pan, cuando los primeros rayos del sol se despidieron de la rueda de fuego naranja que cubría el valle, con unas nubecillas que se disimulaban en el horizonte y un suave viento que no dejaron de inquietarlo, hizo un agujero en la masa y colocó un crucifijo de plata. En la tarde cuando el sol se había ocultado, sin que lo viesen, rebozó la masa con harina desleída en agua y encendió un cirio encomendándose a los santos y a las almas del purgatorio, según prescribía Martín del Río en su libro que tuviera una influencia decisiva en los juicios contra la brujería.

Fray Juan de Santa María emprendió su azarosa marcha, creyéndose protegido de las malas artes de Popé; tomando otro camino para volver, distinto del que ya habían recorrido, confiando, incautamente, en sus artes mágicas y en el ardid que se le había ocurrido para confundir al enemigo. Apenas había caminado tres jornadas, cuando comenzó a sentir presencias malignas. Exhausto, decidió dormir a la vera del camino. En su sueño, apareció el rostro de Popé con la cicatriz que lo marcaría como un elegido del Diablo. Popé había orado al espíritu del desierto para que arrasase las vides, los huertos, los olivares, resguardando en la lejana región de sus dominios enormes reservas de arena muy fina, una arena que desprendiendo un polvillo impalpable penetraría el mismo embrión de las semillas. A más de cien leguas de distancia, Popé, que había vuelto a fumar el irresistible punche observó al misionero franciscano. Su piedad, sus conocimientos astrológicos, sus sortilegios para contrarrestar sus hechicerías lo irritaban, quisiera que el teólogo catalán fuese de costumbres destempladas, que lo dominara la lujuria, que esclavizara a los nativos con el pretexto de convertirlos. Lo ve solo, agotado, tratando de evadir su venganza, en un sendero de la provincia de Tiguas, arriba de Isleta. Invocó al espíritu del desierto, luego de aspirar una vez más el punche de la pipa ritual, como si la bocanada tragara los morriones de los soldados, las cruces de los franciscanos, los estandartes de Castilla, arrastrados por un golpe de viento que los perdiese en la inmensidad, en la muerte y el olvido que borra los contornos, en la arena que cubriría las armaduras con el reflejo dorado de un sol que cegaría los ojos de los mortales hasta volver imposible el acceso a Nuevo México.

Popé tocó el cuerno de toro que llevaba en la frente, en el preciso instante en que Fray Juan de Santa María creería vislumbrar durante la noche, en el signo de Leo, a Corazón de León, estrella colocada en el centro de la constelación; reconfortado por el hallazgo, el cual le confirma-

ba que no se había extraviado. Se tendió a la orilla del camino rezando un Avemaría mientras lo asaltó el sueño. Desconocía que Popé había obrado sus artes maléficas, de tal suerte que con rumbo errático se aproximó a las partidas de guerreros tehuelas, pues ha trastornado el rumbo de los astros con tal atrevimiento que logró confundir al joven fraile, quien se acercaba a su muerte de forma inadvertida, alcanzando así, sin proponérselo, las palmas del martirio. Al amanecer, los guerreros encontraron aún dormido a fray Juan de Santa María, azorados de que alguien tan magro e inofensivo pudiese provocar la ira de Popé. Consideraron que no debían desperdiciar con él sus armas. Uno de ellos recordaba el rostro semidesdrotado de una de las concubinas del hechicero. Subió a una loma e hizo rodar una piedra enorme. En los estertores de la agonía, el fraile perdonó a Popé (lo que indignaría más a éste, quien podía ver y oír lo que ocurría en sus dominios, bajo el influjo del punche). La crónica franciscana consignó que “acostándose a dormir de cansado junto al camino, le echaron una muy grande galga encima de la cabeza, que le quitó la vida sin poder respirar”. Popé, ordenó celebrar una fiesta para regocijarse con la muerte del intruso; cuando los principales jefes y hechiceros habían fumado suficiente punche, de tal modo que no se podían tener en pie, recitaría la muerte que decreta el espíritu del desierto: “Soy yo quien sopla con toda la fuerza sobre las tierras, de tal suerte que éstas se elevan. Y si otros vientos se abaten sobre ella, será el viento que procede de las regiones donde tengo mi reino el que los destruirá”. Casi al término de su conjuro, en el pequeño puesto que han construido los españoles en Puaray, —que sería conocido como San Antonio—, se levantaron vientos que arrasaron con la muy precaria colonia, haciendo que los soldados abandonaran a su suerte al viejo fray Agustín Rodríguez. En territorio tehua Popé exclamó “Oh, que las alas de estos vientos lo destrocen todo”.

Todo indicaba que las malas artes de Popé, o bien, sus poderes genuinos, habían triunfado sobre la santa religión. Una vez más, Satán arrebató a los novohispanos los territorios de Nuevo México, como de hecho ocurriría siglos más tarde. Fray Agustín Rodríguez en San Antonio, tenía como asistentes a cinco indios mexicanos desde que se marcharon los soldados al Real de Minas de Santa Bárbara, descreídos de las visiones de los frailes. El padre Rodríguez, quien no toleraba los "pecados" y abominaciones de los indios, los amonestaba a veces con dulzura y otras acremente, hasta que cansados de sus reprensiones un día decidieron matarlo. Nada se interpondría con el propósito de Popé, la misma Providencia había abandonado a sus fieles por el poder del punche y de los vientos del desierto.

Mas el industrioso comerciante Antonio de Espejo prosiguió, sin percatarse de ello, como todo estulto mercader, con la misión a la que sacrificaron sus vidas los misioneros, arrojando en la vida los dados de hierro del destino. Popé, agotado por la energía maligna empleada en sus últimos hechizos se retiró a su santuario en tierras de los navajos, donde a veces recibió la visita del gran jefe comanche Cuerno Verde, con quien se dedicó con fruición a sumirse en las neblinas aromáticas del punche. Entretanto, Antonio de Espejo cuyo nombre tenía la virtud de reflejar los conjuros, saldría de Nueva Vizcaya cruzando Zuñi, los pueblos moquis de Arizona hasta llegar a una región montañosa, donde hallaría ricas vetas de plata en la zona de Prescott. Espejo creyó que el descubrimiento del mineral era obra de su empeño, sin pensar, dada la molición de su cuerpo flácido, que las almas de los misioneros eran las que, en el oscuro sentido de su vida vacua, trazaban la ruta de la conquista en el argento que revelaba la luminosidad de los astros durante sus nocturnas viglias. Popé, una vez ya repuesto bajo el cuidado de los nigromantes navajos, continuaba practicando los signos del poder infernal. A ello obedeció, que por otros cinco años, no se volviera a hablar en la Nueva España sobre

los nuevos territorios. Las expediciones se truncaban como si cegadas por la codicia, las hubiera endiablado la avidez. Las desventuras marcaron a quien pretendiese incursionar en los dominios de Popé, así Francisco de Urdiñola, quien ya había firmado la capitulación con el virrey, poseído, envenenó a su esposa. Otros expedicionarios fueron puestos en cadenas o perecieron, luego de visitar Quivira, cargados no de oro, sino del incansable reflejo del sol sobre sus armaduras. Popé rió mientras fumaba más pipas de punche, que le proporcionaron deleites afrodisíacos, degustados en los cuerpos profanados de las doncellas que anhelantes esperaban el arrebató único de su pasión.

Cuando todo se consideró perdido y el recuerdo de fray Juan de Santa María, el devoto astrólogo, amenazó con borrarse aun entre sus cofrades, Juan de Oñate, hijo del conquistador del nuevo Reino de Galicia, tuvo un sueño en el que un fraile le señaló el rumbo de los astros. En esos días se proclamó "la fundación de una colonia en el decantado reino de Quivira, al que por la fama de sus grandes riquezas los españoles llamaron Nuevo México". Oñate recibió la encomienda de organizar una expedición, venciendo la dubitativa voluntad del conde de Monterrey, a cargo del reino de la Nueva España. Se dirigió por territorio chichimeca a las grandes dunas de arena, al sur de El Paso. Llegaron a un pueblo llamado Nueva Sevilla y en San Antonio los frailes que lo acompañaron encontrarían, en un cuarto, diecisiete años después de su martirio, los retratos de Juan de Santa María y Agustín Rodríguez. Al mostrárselos al capitán, éste tomó el retrato del astrólogo y lo colocó al lado de sus estandartes. (Nadie sabía qué mano humana los pintó). Mientras Popé fumaba más punche pero no logró tener visiones, como sí su cuerno de toro hubiese perdido sus poderes. El capitán general Juan de Oñate mandó reunir a sus soldados y a los jefes indios en la *kiva* o cámara sagrada del pueblo; asistido por la presencia invisible del teólogo catalán, trazó con firmeza sobre el piso

de tierra, el extenso mapa de Nuevo México fijando sus límites sobre la piel mágica de los *cíbolos*. Los jefes indios adivinaron en el capitán una inspiración superior, y los novohispanos escucharon atónitos los nombres de Colorado, Nevada, Utah, Arizona... Como si Oñate hubiese fumado punche. Al tiempo que pronunciaba nombres nunca oídos, se reflejó en su armadura el rayo del argento de Corazón de León, la estrella que creyó ver fray Juan de Santa María antes de su sacrificio.

Durante la noche, un extraño fulgor se desprendió del retrato del fraile martirizado, lo que provocó que se celebrasen misas en acción de gracias. El capitán Juan de Oñate se alejó de los centinelas que guardaban Puaray, para seguir el sendero que cruzó el misionero. Supo que vería el triunfo de las armas en Acoma; que el poeta Gaspar de Villagrán escribiría cantos dedicados a la conquista de Nuevo México; que llegaría a Quivira entrando por Wichita, Kansas; que Nueva España se extendería más allá de los nutridos rebaños de *cíbolos*. Nadie se explicó cómo el capitán se adelantó a la fugaz gloria de los reinos humanos predestinados a desmoronarse. Por su parte, Popé trató de realizar en territorio tehua hechizos navajos. Mas el espíritu del desierto no atendió a sus llamados como si el viento y el polvo no pudiesen sofrenar por más tiempo la salvación de las almas.

Al retornar a su campamento, miró a Corazón de León por el camino donde brillaba un hilo de plata. El resplandor lo hizo comprender que los jefes indios, rendirían vasallaje al rey, mas no a sus ejércitos y estandartes, sino a la ruta que descubrió el fraile marcada por los astros sobre la inmensidad del desierto. No ignoró que su destino sería infausto, pues su hazaña mereció la pobreza y el olvido. Así llegó a donde se guardaba el retrato de fray Juan de Santa María, el capitán se quitó el casco y se postró bajo la tenue luz de la luna. En una choza cubierta por pieles de *cíbolos*, Popé fumó punche queriendo interpretar las volutas que dibujaban el rostro sanguinolento de su concubina, al que se sobrepondría, el del mi-

sionero. Horrorizado, Popé lanzó un alarido; el cuerno de toro, que llevaba en la frente, se había roto.

## EL VUELO DEL ARCÁNGEL

“Fue esta llegada ciertamente uno de aquellos medios impensados que tenía la Providencia del Altísimo, para desvanecer en un instante los designios de los pueblos y príncipes y trastornarlos a su arbitrio con las ocultas disposiciones de su sabiduría” .

### *Noticias de Nutka*

En su escritorio en el Palacio de los virreyes, recibía los despachos de las últimas exploraciones al norte de la Nueva California; dedicándose a reconstruir el itinerario de esa indagación. Revisaba una carta náutica realizada por Castaldi en 1548, en donde aparecían unidos Norteamérica y China por un vasto espacio, llamado India Superior. En otra carta, los amplios territorios eran bautizados con el nombre de *Hispania Major*. Sus manos huesudas y alargadas tocaron los dragones que entrece rraban sus fauces sobre las latitudes del norte; mientras daba los últimos toques a su peluca afrancesada; se estiraba el bigote que aún llevaba a la moda española; tomaba su porción de rapé y recordaba entonces, vagamente, que el conde de Revillagigedo saldría en un viaje de descanso a su finca en Cuernavaca.

Se sentía ligeramente molesto por el trabajo pendiente que debería llevar a cabo, desarrollando un prolijo análisis sobre los viajes emprendidos desde que el falsa-

rio griego Apóstolos Valerianos, quien firmaría como Juan de Fuca, aseguró haber encontrado el estrecho de Anián o del Noreste, mismo que ahorraría el dilatado viaje hasta el estrecho de Magallanes para llegar del Atlántico al mar del Sur o Pacífico.

Se desazonaba por los nombres que se sucedían, las anotaciones de los frailes, las crónicas de los marinos, refocilándose en el reflejo de ébano que las nalgas de su sirvienta mulata fijaban sobre los rostros, cada vez más idiotizados de los últimos virreyes, como si el acerino de los muslos de la mucama se impusieran a las mandíbulas prógnatas, a los labios anchos, —de los cuales podría escurrir un hilillo de baba—, a la moda cada vez más atilada de los señores que la corrupta corte de Madrid destinaba para regir los destinos de las muy entreveradas castas de la Nueva España.

Se hallaba agotado en su labor de escribano del virrey, de las exaltaciones de los relatos de los capitanes; el reflejo bituminoso que provocaba la milagrosa aparición del trasero de la mulata sobre las pieles blancuzcas, que colgaban en la galería de los gobernantes novohispanos, lo hacían descreer de la falsa gloria de los hombres de acción, incapaces —como lo comprobaba la investigación— de afirmarse en el mundo, siempre agobiados por plasmar lo que continuamente escapaba a sus propósitos; fracasados en sus empresas de manera semejante al inencontrable estrecho de Anián o a los inexistentes portentos que creyeron descubrir, quienes se propondrían extender los dominios del frágil reino con sus virreyes indefensos ante la redondez apodíctica de las nalgas de su fámula.

Durante el viaje en el carruaje que lo conduciría a su casa de San Angel, Bartolomé Acosta, con una delgadez extrema como afectada por la malaria, descolorido, con el rostro pálido que encubría una barba negra, recompondría sus pensamientos. El haber pasado por una iglesia ha borrado, momentáneamente, las cartografías con los dragones de *Hispania Major*, aun la azarosa presencia de la mulata que había obrado como bálsamo para res-

catarlo de su exasperación, no lograba vencer su desdén por los hombres de acción. Al tiempo que rezaba el rosario, se le hacía más nítida la imagen de San Miguel Arcángel, la cual dominaba el arco del atrio de la iglesia, mas no atendía en sus especulaciones a la espada que blandía sobre el dragón, ni a las alas de su vuelo celestial, ni siquiera al casco caído sobre la frente; creyó percibir bajo el Arcángel, cuya protección solían invocar los capitanes, un grabado con la divisa: "en el fragor del combate mueren, en el silencio del descanso sueñan". Percibió oscuramente que su fe, enmohecida, atrapada por el sedentarismo, sujeta a los oficios de escribano, atareada por datos inútiles, desagrada por la rutina, carecía del poder de alterar el rumbo del mundo; mas para ello sería necesario que su voluntad paralizada, tuviera la gracia de la fe en una misión superior, a los días en que arrastraba su existencia, sometida al yugo invisible que encorvaba su espalda sobre los papeles.

De esta forma, Bartolomé Acosta sin necesidad de sacudirse la peluca, podría adelantar en mucho los empeños de Cortés en sus exploraciones por el norte de la Nueva España, recorriendo la Punta del Engaño en el extremo sur de Baja California, dejando atrás los sueños *cibólicos* de Francisco Vázquez de Coronado, superando a Juan Rodríguez Cabrillo descubridor de la bahía de San Diego, yendo más allá del septentrional cabo Mendocino, se decía, cuando el aletear de un colibrí pasó por su cabeza, como si las alas del Arcángel lo hubieran tocado con la gracia, ello sin perder su cajita de rapé y el cegador reflejo de ébano de las carnes de la mulata que lo habían arrancado de la servidumbre cortesana.

Al llegar a su finca, su rostro macilento tenía un rictus sardónico como el que solía acompañar a las visitas de los funcionarios borbónicos venidos de la península, quienes constataban con euforia la reducción a escombros del Imperio.

Aprovechando el descanso cuernavaquense de el Conde de Revillagigedo, Acosta repasaba con escrúpulo y

dedicación el encargo del virrey. Se enteró, así, cómo Sebastián Vizcaíno, —el último de los grandes navegantes novohispanos del s. XVI—, emprendió un viaje a la Nueva California a fin de adelantarse a los ingleses que por el Atlántico Boreal buscaban el paso del Noroeste, supuestamente ya descubierto por el pirata Francis Drake. Mas no lo conmovieron los avatares del viaje, durante el cual se tuvieron que improvisar desde fuertes hasta oficios en que no se tenía experiencia como el responsable de coser las velas que tuvo que bordar ornamentos religiosos. Minucias, que caracterizaban a los hombres que habían preferido la espada a la pluma, reflexionó Acosta.

En los tropiezos que afectaron la travesía del gran navegante y en las mismas intrigas que padeciera Vizcaíno, creyó ver, otra vez, las señales que estigmatizaban a los caballeros de las gestas, impotentes para concentrar la voluntad, dilapidadores de energía, incrédulos del poder de la fe, que él había visto aletear como un colibrí, en la mañana, en que el ébano del trasero de su mucama, lo convenciera de su superioridad sobre aquellos que lucharon noblemente.

A ello unía su desconfianza por los hombres ajenos a toda disciplina sedentaria, ordenada y tranquila (como la de poderse sentar de corrido catorce horas, con pequeñas ventosidades asordinadas); los cuales nunca entenderían los actos puntuales de su existencia como los rezos del rosario, aunque a veces dormitaba entre cada misterio, el observar los caracoleos de sus lebreles, el pasearse por los largos pasillos de su casa, el redactar largos informes con una letra más puntillosa que su carácter, y hasta sus medidos devaneos con la sirvienta de firmes muslos negros. Bartolomé Acosta estaba convencido que en un acto de concentración de su fe, el estrecho de Anián o paso del Noroeste se revelaría, y quizá tierras cuyo esplendor harían palidecer a las islas Rica de Oro y Rica de Plata, sin necesidad, —en una de esas—, de tener que abandonar su escritorio.

Lleno de sí mismo, satisfecho de su letra minuciosa, escribano perfecto de un reino decadente, Bartolomé, quien seguiría mirando sobre los rostros idiotizados de los virreyes el ideograma de ébano, inclinado un poco a la avaricia, con una barba que le serviría para embozar sus intenciones, se sintió muy por encima no sólo de los pobres caballeros de capa y espada, eternos buscadores de penurias, sino de los propios marinos como el autor de *Instrucción náutica para navegar*. Apoltronado en su buró podría decidir el destino que se le había negado a los intrépidos.

En un gesto de despilfarro que anunciaba su nueva condición, mandó a adquirir de Madrid tres nuevas pelucas. Tomó más rapé del acostumbrado, al punto de que sus estornudos provocaron suspicacia en el Palacio de los virreyes. En ocasiones, con pretextos piadosos como peregrinaciones y retiros pasó varios días en su finca sanangelina. Ocupando el tiempo hurtado a sus deberes en llamar a su cuarto a la sirvienta, para que ésta barriera un polvo inexistente que veía en las sombras de los cofres; haciendo que pasara la escoba por los rincones, que volviera a lavar el piso; preparando así, inadvertidamente, el ejercicio de su creencia, el poder abisal de su fe aunque la mulata, cimbreando la cintura o agachándose para acentuar más las redondeces que se dibujaban bajo la falda de colores rojos, alegó con un leve mohín que "no hay polvo ni naa, sólo cosquillas del señor". Con un ojo a la mulata y otro en las *Sergas de Esplandián*, pensó, que en las aventuras del hijo legítimo de Amadís, había encontrado una clave secreta que sólo él podría cabalmente aprovechar. Leyó: "Sabed que a la diestra mano de las Indias, hubo una isla llamada California, muy llegada a la parte del Paraíso Terrenal, la cual fue poblada de mujeres negras, (imaginó las nalgas de ébano de su fámula) sin que algún hombre entre ellas hubiese, que así como las amazonas era su manera de vivir". En esos días de entrenamiento de su flaca voluntad, se permitió pedir algún lechoncillo que diera un poco más

de carne a su delgadez y de color a sus mejillas, creciéndole una barriga discreta. Al comer los sesos y la lengua, se creía capaz de cualquier cosa. A veces, cuando retornaba al Palacio de los virreyes, caía en estados de febrilidad como si esperara de nuevo el vuelo profético del colibrí. Sentía que era el único que conocería los pezones acerinos de la reina negra, cuyo sudor se destilaría de las bravas peñas de sus senos, su olor animal, la dureza de sus muslos brillantes, sus rituales sangrientos, sus minuciosas orgías. De la misma manera que el polvo inexistente de su cuarto, que sólo él podía contemplar, vislumbró al amanecer, en la plaza de los arcángeles, una lluvia de oro que cubriría a la reina desnuda para luego disiparse como el polvo perdido en la sombra de los arcones. Al llegar al Palacio tenía una mirada distante, algo soñadora. Mas nada había cambiado en Bartolomé Acosta, era el mismo espíritu hecho de ardidés sedentarios y astucias para no dar golpe en la vida, hurtando siempre el bulto, como luego lo harían su larga corte de herederos de músculos flácidos y gafas, que serían conocidos en la posteridad como "intelectuales".

Pese a la recuperación física que había logrado y a ciertas extravagancias, como consultar a la brújula, como si ya navegara en mares procelosos, y a las imprescindibles tablas de declinación, no pudo dejar de sentir amargura al leer los últimos reportes de la expedición de Mallorquín en 1774, –otro más de los odiados hombres de acción–, en que la fragata novohispana Santiago, halló llegando ya al grado 55 de latitud, la entrada de Nutka, dándole al puerto el nombre de Surgidero de San Lorenzo de Nutka, adelantándose así a la visita del capitán Cook, en la isla de Cuadra y Vancouver, en donde se produjeron los primeros contactos con los nativos que llevaban, como abalorios, puñales ensartados en colmillos de animales.

Bartolomé Acosta logró conseguir uno de los belduques que fascinaban a los indios, cuyo brillo resplandecía en las noches, en su finca de San Ángel, bajo el conjuro negro de la reina de las Amazonas. Acosta, un tanto des-

alentado, trataría de soslayar en su informe el que los nativos, podrían ser materia dispuesta para que "propagando nuestra Católica Religión, hiciesen amanecer la luz de la fe a aquella innumerable gentilidad que se hallaba de asiento en las tinieblas y en la sombra de la muerte", como finalmente se vio obligado a escribir, desesperado de lo que parecía ser el hallazgo del estrecho de Anián, aunque de hecho Dekneff ya lo hubiese descubierto varios años antes que su falsa prédica apostólica.

A sus treinta y tres años, quince de los cuales se solazaba en pensar, los había pasado sentado, hacía hincapié en la crueldad de los cazadores siberianos, —con el propósito de desalentar nuevas expediciones—, quienes habían montado cabañas en el territorio que consideraron como propiedad legítima de la Emperatriz Catalina de Rusia. En esa lucha interna, en la cual supuso que los "aventureros" se llevarían la gloria que él había calentado en el magín, poco le importarían los datos prolijos de los cronistas, desde que la redondez del trasero de su sirvienta se impuso a los rostros degenerados de los gobernantes borbónicos, cuando el colibrí anunció en su vuelo el alto destino que le estaba deparado. Sufriría de una decrepitud prematura, de una senilidad precoz, como si lo hubiera asolado la difuminada decadencia del Imperio, marcándosele las arrugas, dando cobijo a la papada, hinchándose su medrosa barriguita, sufriendo de artritis en las largas manos huesudas de escribano orgulloso de su letra puntillosa; con la barba negra que envolvía su cara, guardándola de las miradas suspicaces, en la que sólo sus ojos, afiebrados por la razón impura de sus elucubraciones parasitarias, mantuvieron su fe indemne de la desolación en las noches que tragaban en su negrura la piel centellante de la reina de las amazonas., al punto de desdibujársele el reflejo de ébano de las nalgas de su mucama.

Han pasado años de crisis, vacilaciones y reconquistas. Bartolomé Acosta se refugió en sus papeles, atrincherao del mundo, en el nicho "bichorro" en que guardaba

sus más caras ambiciones. Los novohispanos habían conseguido restablecerse en Nutka en el fatídico año de 1789, que tan largo periodo de servidumbre traería para el mundo, bajo la tiranía numérica de los toneles grasientos que decapitaron a la aristocracia. Mas en 1794, en El Escorial, la corrupta corte de Madrid decidió entregar el puerto a los ingleses, a cambio de nada. (Hecho que luego se haría costumbre hasta nuestro tiempo). Los dos San Lorenzos: el del Surgidero y el de el Escorial, fueron abrasados en la parrilla en que se martirizó el cuerpo ya consumido del Imperio, que oliera a chamusquina. Bartolomé Acosta era requerido con urgencia en el palacio de los Virreyes. Arregló con cuidado su peluca, tomó su caja de rapé, miró el belduque siberiano que colgaba sobre su chimenea. En el viaje de San Angel a la Plaza Mayor del reino de México, trató inútilmente de ver en los huertos el vuelo de un colibrí; tampoco logró distinguir en las iglesias por las que pasaba la imagen del Arcángel San Miguel; al parecer, habría volado también de su puesto de vigía en las casas solariegas. Las órdenes del Conde de Revillagigedo eran precisas, pese a que el virrey las consideró por lo menos "una peregrina ocurrencia". Debió redactar un pronto al coronel del regimiento de infantería de Puebla, José Manuel de Alava, para que éste embarcase en San Blas rumbo a la isla de Vancouver. Su misión consistiría en dismantelar los fortines novohispanos en Alaska para entregar el puerto de San Lorenzo de Nutka a los ingleses.

Sintió repulsión al escribir las órdenes, pero en el fondo, lo invadió una alegría maligna; finalmente su voluntad parálitica se había manifestado en una tentación de desmoronamiento, en el vértigo del desastre, en la avidez del fracaso. Desde su escritorio, con los glúteos anclados que descargaron discretas flatulencias, sujeta su mísera existencia a la rutina de la vida ordinaria había vencido a los hombres de acción, a la larga lista de capitanes que exploraron los misteriosos territorios de la *Hispania Major*. Su fe torcida y persistente, su desalien-

to congelado los ha derrotado, más que las borrascas, la falta de bastimentos, las intrigas de la corte, las incursiones piráticas. Esa noche soñó con los colores de la bandera inglesa y con un colibrí muerto durante la ventisca.

Lo único que lo desazonó fue la desaparición del cuchillo de caza siberiano. Interrogó a la servidumbre sin ningún resultado; fastidiado llamó a la mulata, mas ésta había huido rumbo a Yanga, como si su trasero de ébano se hubiese perdido con los pezones de acerina de la reina de las Amazonas al obtener su sedentarismo de escribano encorvado sobre sus minutas la tortuosa victoria. En la información que había traído José Manuel de Alava, el torpe coronel, quien nunca se enteró de su deshonoroso papel, "ya que obedecía órdenes superiores", leyó con espanto que en la demolición de las fortificaciones mexicanas se destruyó el fuerte del Arcángel San Miguel con sus diez cañones. Decidió, ante hechos que no lograba explicar su razón enflaquecida, retirarse de la corte para establecerse en Guanajuato, invocando siempre inútilmente el vuelo del colibrí y la espada del Arcángel. En las noches, en que caminaba borracho por los callejones, presintió que la suerte de México sería la infamia y la desintegración, lo que extrañamente provocó que le temblase la papada. Vivió en Guanajuato sin pena ni gloria (en la dorada medianía del escribano). Al cabo de dieciséis años de que se firmó la cesión del puerto de San Lorenzo de Nutka y el triunfo de su filosa desidia, su cuerpo era arrastrado por la plebe, en la Alhóndiga de Granaditas antes de ser emasculado. Murió a los setenta años, muchos de los cuales pasó sentado redactando actas y levantando oficios. De haber sobrevivido, hubiese leído en el *Ensayo Político* del agente Humboldt, -cuyo conocimiento en Estados Unidos precipitó la invasión de México-: "La guerra memorable que dio libertad a una gran parte de la América Septentrional, no permitió a los virreyes continuar las empresas de descubrimientos al norte del cabo Mendocino". Bartolomé Acosta, quizá, hubiera podi-

do explicar al “investigador” alemán, la muerte del colibrí y el silencio del Arcángel.

## EL SEÑOR DE LOS VOLCANES

“Mis letras se sostienen con la pluma, con la voz y  
con la espada”

De los cantares de los volcanes

En un confesonario, en una iglesia del centro, bajo la protección de la Mariscal de los Ejércitos Realistas, Nuestra Señora de los Remedios, en aquellos lugares de penitencia reservados a los pecadores arrepentidos, los sacerdotes realistas ejercían labores de espionaje y delación, que conducían al penitente, no a las llamas de las almas benditas del purgatorio sino a los infectos socuchos de la Inquisición, donde se les daba garrote en una bartolina para que confesaran los alcances del movimiento insurgente y sus claves secretas como aquella que confundió tanto al sistema de seguridad español; “la del señor don Número 1, al Señor don Número 2, 3, 4 y demás siguientes”. De esta forma el piadoso sacerdote Fernando de Mendoza nacido en Arriendas, cumplía el servicio celestial de su ministerio mandando a la ergástula a las almas atormentadas por la veleidad del orgullo criollo.

En un momento de descanso, cuando ya recibían garrote, gracias a sus ojos mansos, que invitaban a las confesiones, más de tres insurgentes, uno proveniente del reino de Nueva Galicia, se sujetó el hábito, antes de invitar a sentarse al agente Felipe León, jovenzuelo fascinante, de

muy ajustadas calzas a unas nalgas redondas y pestañas de tan rizadas que daban una apariencia de una placidez cachonda, la presencia del mozo siempre dicharachero, armado con una bota de vino y con las últimas noticias de la insurrección no dejaba de perturbarlo. Al punto que una noche, en que le ofreció más vino en el porrón, tuvo que sujetarse las manos con cuerdas, antes de dormir, pues no podía reprimir la imagen casi femenina de sus gestos. El agente Felipe León sabía cuál era el tipo de seducción secreta que ejercía sobre el fiel sacerdote español, de ojos tímidos y de un azul intenso, por ello en la conversación, y como no queriendo, de pronto lo tomaba de las manos o acercaba su aliento a su cuello, pretextando contarle un dato confidencial. El Diablo se valía de diversas argucias para confundir a los hombres más insospechados, que se proponían no defender los excesos y cobardías del "Deseado" Fernando VII, sino el principio metafísico e invisible de la monarquía.

Tocándose los muslos, en un ademán ocasional que resaltaba su firmeza, el agente Felipe León al servicio del torvo Juan Nepomuceno Rosains, confundía al sacerdote Fernando de Mendoza para que éste hiciera llegar una petición especial de clemencia del clero, ofendido en sus privilegios recientemente por el virrey Venegas, para que se dignara liberar a Joaquín Fernández de Lizardi, el "pensador mexicano" y rey espiritual de los "huachinangos" y "zaragates", leperada insolentada, que había llegado a gritar mueras a "la Gachupina" (pues así calificaban a nuestra Señora de los Remedios). Fernández de Lizardi, quien antes de ser atrapado, y después, hablaría con lujo de detalles de supuestas complicidades, fruición maligna de su lengua ligera y miedosa, sobre muy inocentes amistades a las que había comprometido con su expresión "Compadre ¿qué no ha sabido usted que me buscan como que soy el pensador?". Ya el "pensador mexicano", perfilaba en su inconsistencia y veleidad, una de las principales características de su muy nutrida cor-

te de herederos, folicularios, escribanos, literatos, gaceteros, y desde luego, "pensadores".

Juan Nepomuceno Rosains quería a toda costa lograr la liberación del "Periquillo". Sabía que su aspecto terrible, la cicatriz serpenteando en su mentón, los ojos de coralillo, la cara picada por la viruela negra, su tez torrefacta, le daban ya autoridad sobre el ingenio de Fernández de Lizardi, al que se proponía volverlo el bitacorista de sus despropósitos y sevicias. Este ex oficial *pardo*, es decir, -mulato- se entretenía mientras que su agente lograba cegar el entendimiento del pío sacerdote así como asaltar su virtud, con pequeños divertimentos para su crueldad. Ordenó que los 300 insurgentes, que formaban la guarnición de Cerro Colorado, le propinara cada uno 300 bofetadas a Ana María Calatayud, cuya única culpa había sido exaltar el triunfo avasallador del coronel Agustín de Iturbide ante las huestes de Morelos, victoria que el futuro jefe del Ejército Trigarante y Emperador de México obtendría el Jueves Santo de 1815, ante las puertas de Valladolid. Rosains se molestó no por la mención de la derrota de Morelos, al que odiaba, pese a ser los dos insurgentes, sino porque alguien asegurara que "no había mejor espada en toda Nueva España" (refiriéndose a Iturbide). Rosains no estuvo dispuesto a soportar esta afrenta y no satisfecho con las bofetadas, mandó que la ataran, durante seis horas al sol, dejando al descubierto los pechos, que eran abundantes, puesto que se trataba de una jamona de muy buen ver, lo que aprovecharon los moscos y alguna avispa que clavó su dardo en uno de los pezones rosas, para terminar su obra, mandó que le colocaran una mordaza apretada en la boca, llena de excremento humano. Juan Nepomuceno Rosains, antes que poseer a sus víctimas, prefería humillarlas, pues su fealdad concentrada le hacía odiar a la belleza antes que desearla. En su fealdad se agusanaba el resentimiento. Ana María Calatayud, en una bartolina tuvo aún que soportar que varios "huachinangos" de

la soldadesca de Rosains tocaran sus senos blancos con sus manos oscuras y pringosas.

Los planes de Rosains sobre el "pensador mexicano" tenían como asidero el que éste por su irreprimible locuacidad y peligrosa facundia pudiera ennoblecer sus crímenes y justificar sus excesos, talento del que ya había dado prueba al denostar al virrey Venegas, lo que valió su persecución y la de varios inocentes a los que inculpó por haber sufrido una pesadilla, en que se encontraba de pronto el "Periquillo" frente a las tropas realistas y escuchaba, según luego contó, el "paso de ataque y redoble de degüello". Consideró que no era propio de su importancia morir solo, por lo cual convocaba a sus amigos a que sufrieran con él ese trance. Nadie de los que pasaron días y semanas en los socuchos de la Inquisición creía que el escritor se hubiera librado con sus aprensiones de sus imaginarios temores. Rosains se deleitaba leyendo: "Nerón, Calígula, los dos Scipiones, y generalmente todos los tiranos del mundo, han tenido alabadores en sus reynados; pero estas alabanzas no han borrado en la serie de los siglos el hecho de sus perversas acciones". Rosains sentía una ligera envidia de los atributos que de acuerdo a Fernández de Lizardi caracterizaban al virrey, mas se proponía que se escribiera su biografía y se publicara en folletones para llegar a ser el ídolo de los encrespados léperos, acostumbrados ya a la anarquía de la guerra civil de independencia.

Por su parte, Felipe León fijando sus pestañas sobre los ojos mansos del sacerdote, avanzando más en su misión, acostumbrado a ejercer la seducción que provocaba su ambigüedad y peculiar atractivo. Lo mismo en la corte, que en la piscina de Chapultepec, llevando cañas con el depuesto virrey Iturrigaray, que yendo por una jamaica a San Ángel había logrado establecer una red de informantes en que se mezclaban las prostitutas de la esquina de Talavera y Puerta Falsa de la Merced, "primer sahuán a la derecha sin número", los efebos y lampiños de maneras sutiles, un tropel de "zaragates", que le infor-

maba lo que se rumoraba entre el pueblo bajo, espías del cuerpo de alabarderos, que no podían resistir el cimbrearse de sus caderas con los pantalones entallados, varios curas no tan santos como su interlocutor, quienes habían ya confesado desnudo al réprobo en sus celdas, doncellas incautas que se apretaban el corsé para que resaltaran los senos florecientes, pero muy pequeños frente a los de la Calatayud. Hizo enviar un informe al “pensador mexicano” del interés que por su liberación tenía Juan Nepomuceno Rosains mediante un músico que llevó el mensaje guardado en un violín, burlando la vigilancia sobre el preso. El “pensador” –como ya era su costumbre– albergaría esperanzas infundadas.

Alejado, aparentemente, de los acontecimientos el indio realista Nezahualcóyotl Paéz, en sus dominios inaccesibles de los volcanes de nieve, recibió un folio, en que sus espías zacapuaxtlas, describían con precisión tanto los esfuerzos del agente Felipe León por liberar al “pensador” como la atmósfera revolucionaria que se vivía en el zócalo, en donde una muy bulliciosa leperada, a la que Rosains había distribuido carrujos de mariguana, alzaba sus prietos hocicos y sus bigotillos ralos, gritando a toda voz frente a los mismos destacamentos de dragones y granaderos: ¡Mueran de una vez los gachupines!, ¡Vamos a quemarlos!, al tiempo que loas al “Deseado” Fernando VII y mueras al odiado Napoleón. Los zacapuaxtlas realistas extremadísimos como Paéz su indiscutible capitán, haciendo gala de que aprovechaban las clases en Tlatelolco apuntaban sobre estos hechos; que “la perfidia del extravagante y degenerado Felipe León era similar a la crueldad de Rosains y sus propósitos, por lo cual “lo mismo es trompón que chocolate”. Paéz que había jurado lealtad indeclinable a la monarquía, como la forma de autoridad sagrada a la que se habían apegado los grandes reyes aztecas y los guerreros, mantenía una defensa estratégica de la zona de los volcanes, en que se habían estrellado las huestes de la independencia desde Hidalgo hasta guerrilleros de la estofa de Rosains. Con

un cuerpo membrudo, bien proporcionado, y facciones firmes que hablaban de la pureza de su linaje, Paéz no sólo tenía que sufrir los ataques arteros de la parte más detestable de los insurgentes, debía, además, rechazar proyectos delirantes de los realistas como la ocurrencia descabellada de don José María Villaseñor, oficial primero de la renta de Lotería, que proponía abolir el escudo nacional y sustituirlo por la virgen de los Remedios. Por su parte, el alcalde de corte, don Jacobo de Villaurrutia exponía que para trazar un código secreto, lo mejor era sujetar la escritura a la pronunciación, sin atender la etimología ni la costumbre, lo que ocasionó que los realistas se confundieran con sus propios mensajes de inteligencia que nadie era capaz de descifrar.

Paéz advertido de la magnitud de la conspiración llamó al indio realista zacapoaxtla Guadalupe Moctezuma (bautizado así por capricho del sacerdote que rocío sobre él, el agua que lo "librara" de la gentilidad), el cual destacaría por su dominio tanto de las antiguas tradiciones de los ancestros como del castilla al que se aplicaba con devoción. Hacía llegar al Santo Oficio un informe (con copia para el sacerdote Fernando de Mendoza quien continuaba expuesto a los encantamientos y nigromancias carnales del agente Felipe León), en donde señalaba el riesgo de que el sanguinario Rosains pudiera apoderarse del "nervioso y veleta "pensador" haciéndolo su apologista, secretario y cronista", hecho de por sí riesgoso, pero que palidecía ante nuevas amenazas al "reino hispánico", que se fraguaban por los "muy traidores protestantes que maquinaban nuestra perdición desde el norte". Señalaba como en el *Despertador Americano* (periódico partidario de la independencia), se daba cuenta de la ruta de una invasión yanqui, aclamándola: "Es aun más digna de aplauso la nueva de que las Provincias Unidas, para eterno monumento de nuestra confederación, han enviado en nuestro auxilio veinte mil hombres armados y aguerridos". Paéz indicaba que en este recorrido se fijaban puntos precisos, los que coincidirían al

cabo del tiempo con los que tomarían los generales Taylor y Scott en su penetración por la frontera y por el Golfo en la desdichada guerra de 1847 contra Estados Unidos. El monárquico Paéz desconocía que entre las mayores tribulaciones de su existencia le tocaría vivir el momento maldito en que se alzó sobre el palacio virreinal las barras y las estrellas.

En el Santo Oficio se hacían ya tomar las medidas pertinentes. Se reforzaba la guardia palatina para amedrentar a la inmensa leperada. Se expedía una ordenanza para tomar preso al agente Felipe León, de quien se había descubierto que era un recién convertido de mala sangre, que estuvo a punto de ser penitenciado por el Santo Oficio en Málaga. El sacerdote Fernando de Mendoza se azotaba en su celda, reconfortado frente al Cristo sangrante por haberlo salvado de los abismos que ofrecían los labios carnosos, las nalgas abultadas, las pestañas espesas. En el norte las guarniciones de san Francisco y Monterrey eran fortalecidas con el envío de varios escuadrones de dragones y granaderos. Se dieron instrucciones en Veracruz para que se reforzara el fuerte de San Juan de Ulúa y el fortín de Santiago. Los medios de los hombres parecían acompañar los designios de la Providencia, lo que era soberanamente engañoso, y la única que penaba injustamente en manos de Rosains era Ana María Calatayud, quien se había salvado del estupro, dado que su verdugo, exigía barraganas con el rostro picado de viruela, puesto que la belleza le repelía como todo aquello que pudiera ser noble o de genuina voluntad.

En un golpe de mano, el Señor de los Volcanes, se apoderaba de la guarnición insurgente de Cerro Colorado. Desarmando a más de 100 insurgentes y poniendo en fuga al resto. Juan Nepomuceno Rosains frente al indio realista de sangre azteca intentó disparar, su pistola, mas Paéz lo paró en seco cuando le dijo mirándolo fijamente "No haga fuego que si dispara la mayor tajada de su cuerpo será del tamaño de un maravedí", (expresión que consiguió aterrado el versátil Fernández de Lizardi). Enterado

de las tribulaciones de la Calatayud, hizo enviar por ropa nueva para vestirla con decoro. Los senos de la jamona se abrían como la carne firme al cuchillo que la corta, en una tajada. Sin embargo, Paéz había tomado el voto de castidad para evitar envilecer su sangre con el bastardaje. Por ello, antes que sucumbir a los atractivos manifiestos de Ana María Calatayud la recomendó al monasterio de Amecameca, en donde la monja, que se había retirado del mundo, se enteró del ascenso al trono de Agustín I, para luego, desilusionada por la caída del Imperio, dedicarse hasta su muerte a la vida de clausura.

Cuando una escolta de indios de Zacapuaxtla condujo a Juan Nepomuceno Rosains a cumplir su condena, tuvo la indignidad, que confirmaba su vida de infamias —de alegar ante Paéz—, para ser exonerado del cargo de insurgente, que había proporcionado a don Ignacio Allende el tósigo, con el que éste se propuso emponzoñar inútilmente a Hidalgo en una villa próxima a Guadalajara. Mas las leyes ancestrales se cumplieron. Rosains llevado casi a rastras por las grutas y cavernas secretas de los *Señores Volcanes*, luego de haber sido purificado; cuando su sangre envenenada manchó la nieve vería limpiarse su rostro por el agua de los volcanes, como si un pañuelo bendito le hubiera borrado las marcas de la viruela de la cara.

Paéz, siguió con atención los pesares de la patria. Vislumbraba en los planes del casi ermitaño Guadalupe Victoria, de casar príncipes indios con princesas de las razas criollas y mestizas, la clara amenaza de una bastardía que adquirió naturalización. Se explicaba las ocurrencias de Victoria por haber vivido éste como caballero en pena, en zarzales, rocas y arroyuelos, donde muy probablemente se le trastornó el juicio. Desde los bastiones imbatibles de las nieves manifestó su adhesión a la Majestad Imperial de Agustín I. Agobiado por el desengaño, como la monja de clausura, se retiraría a sus fortines más inaccesibles y a sus cuevas secretas, dada la ambición desenfrenada de los hombres y los Hados

opuestos al águila imperial mexicana. En 1847, cuando ya anciano, cumplía 73 años, intentó armar a los pocos fieles zacapoaxtlas que le sobrevivían para liberar Chapultepec, dándoles unos anticuados fusiles de chispa. Al año siguiente Nezahualcóyotl Paéz, murió súbitamente. Se habló desde un insulto apoplético hasta de "calenturas pútridas". Guadalupe Moctezuma, su fiel secretario asentó un diagnóstico distinto: había muerto por "pasión de ánimo y tristeza patriótica", como si una de las bayonetas de los invasores, agregaba, le hubiera atravesado el corazón.

## LA PALABRA DEL IMPERIO

“Tanto he padecido, que puedo llamarme mártir”

Ciudad del Rey Don Felipe

Apartado de la plática de los marineros, ensimismado en los turbadores descubrimientos que hiciera en Sevilla al practicar el rito mágico de *Claviculae*, Pedro Sarmiento de Gamboa rehizo dentro de su corazón acogido las fraguas del Imperio, para forjar el signo que permitiera a España detener su ruina, fortificar el Estrecho de la Madre de Dios, antes llamado de Magallanes, afirmando su preponderancia en Europa y sobre todo cumplir las órdenes del Rey Felipe II.

Escuchaba en silencio las letras sutiles, en que se guarda el orden del cosmos y los frágiles reinos de la tierra. De apostura marinera, con el rostro encendido por sus visiones, magro pero con nervadura, el cosmógrafo y ocultista repasó las declinaciones del latín, buscando en ellas las cincuenta letras que se le han revelado como el alfabeto primigenio; aquél poder oculto, no audible, envuelto en el fragor de la mar pesada; perdido, quizá, entre las abras y caletas de su viaje por los extremos de la tierra, para ver surgir entre los islotes y los peñascos, los relámpagos que anuncien el hallazgo que permita al Imperio mantenerse como el poder indeclinable del espíritu, la fortaleza del Dios católico, la ciudadela inexpugnable que abata las correrías piráticas y las aún más dañinas herejías.

Experto en lenguas clásicas, alquimista, viajero incansable, Pedro Sarmiento de Gamboa sabía que sus empresas estarían condenadas a la incomprensión, que su fidelidad al Rey le atraería la inquina de los capitanes, ya inoculados por el veneno de la usura, que sus estudios y desvelos le valdrían la persecución de la Inquisición, que su obra toda tendería a ser cubierta por la oscuridad, que se extendería como el manto negro con el que se amortajaría el vasto cuerpo del reino, cuando las palabras de vida se secasen, si él no lograba escuchar el sonido que pudiera acallar las voces blasfemas de la historia, formadas con la audacia de los mercaderes, quienes ya habían profanado los dominios de su Majestad, recorriendo rutas descubiertas por España como lo había hecho Francis Drake, en grave detrimento de su hegemonía en los mares y en abierto desafío al poder de su armada, pese a que la empresa del bucanero inglés fuera más producto del miedo de enfrentar los galeones de Castilla que por prurito de geógrafo.

Recordó, mientras sus marineros se encomendaban a la Santísima Trinidad dado el estruendo del mar embravecido, los distintos centros del cuerpo que establece el Claviculae, en donde se concentra el poder de las *sílabas raíces*, pasando desde la corriente del aliento al plexo solar y al corazón. Entonces alzó la voz pero los navegantes, aturdidos, sólo vieron a su gobernador lanzando gritos al mar, como si el "mal del seso", que atacó a varios en el puerto de Río de Janeiro, bajo la potestad del Rey español, lo hubiera contagiado como la peste de aquellas tierras, donde los gusanos destruían los navíos, unido al gran calor, la lama y los manglares, cociendo la madera, jarcias y claves, destruyendo hasta el hierro, de tal modo corroído que con las manos se podía moler.

Los marineros, aterrados por la mar gruesa y su resallar atronador contra el casco, no sabían si sofrenar, con la cura del sangrado la locura de Pedro Sarmiento o aplicarse a reparar la aleta de la popa de la galeaza en la que penetraba el agua, de forma semejante al agua turbia

que bañaba indómita la cabeza sin tino del que diera tan fieras voces a la oscuridad de la mar negrísima en la completa soledad de aquellas inmensidades.

Amainado el temporal, con una tripulación con mohína y desaliento para la cual su empeño sobrepasaba lo que humanamente podía demandar el Rey Don Felipe en su servicio, la cual por boca de los pilotos Antón Pablos y Hernando Soto alegó no sin razón: "que mirase que había hecho más que todos los descubridores del mundo en llegar allí, y que la almiranta era vuelta, y estábamos solos, y que si algún peligro nos sucediese, ningún remedio teníamos sino que pereceríamos donde jamás se supiese de nosotros, y que no teníamos anclas, ni cables, ni jarcia, y que los tiempos eran de tal condición, como se había visto, que era imposible poder ir adelante, sin esperar la perdición de todos por momentos, que nos volviésemos a Chile y de allí avisaríamos al virrey".

Dentro de su camarote, Pedro Sarmiento, hizo oídos sordos a los reclamos, embebido en el estudio de varios mapas, en los que figuraba el Estrecho de la Madre de Dios bajo el nombre de *Agartha*. El osado navegante, dedicado a operaciones mágicas, selló con su anillo—donde llevaba grabada con las columnas de Hércules la runa de la vida— un sobre con lacre que más tarde le valdría diversos infortunios y cautiverios. Intentaría penetrar, más allá de los signos y de los sonidos, para llegar a los riesgosos linderos en que la palabra es verbo vivo y energía, *palabra de mando* de acuerdo a las enseñanzas que recibiera del nigromante sevillano.

En esa frontera invisible, en donde no había mojones que indicaran su posesión ni cruces que atestiguaran la presencia de la única fe, donde tampoco se divisaban islas peladas que pudiesen servirle para guiarse, el cosmógrafo y ocultista estaba confundido; en ese momento no existían una primera y una segunda expediciones al Estrecho de Magallanes, como si no hubiese diferencia entre sus relaciones de 1580 y de 1590; a la manera de un sortilegio que tuviera suspendidos sus sentidos, los acon-

tecimientos que había vivido tan intensamente se difuminaban: su llegada a la Nueva España, cuando el superior de la orden de los Teatinos, antes de ayudar a bien morir a un ajusticiado, le entregó un pliego, diciéndole al oído "tendrás más que sufrir"; su viaje a Perú, en donde fue perseguido por el Santo Oficio acusado de poseer anillos mágicos y otros conjuros; sus visitas a El Escorial, e incluso las desdichas con que el destino lo marcaría para siempre.

A despecho de los inquisidores, quienes terminarían decretando su expulsión de las Indias, el capitán cuyos ojos negros despedían el fulgor de la materia corruptible concentrada en el fuego, observaba, en secreto, la combustión de su propio cuerpo. Al tiempo que entró en un estado de hibernación, en que el iniciado provocaba su letargo tomando una pócima de corazones de iguana y de tortuga, a falta de polvo de cuerno de rinoceronte, de esta forma realizó el silencioso sacrificio que la alquimia exige al que debe inmolarse por la búsqueda del signo, convirtiéndose en luz, —en que las lamentaciones sólo podían escucharse en la hondura de su alma—, despertando luego de tres días con el imaginario estruendo de los arcabuces de los tercios en Flandes y en el Milanésado, —en que participó en sueños—, para así animar *la letra de la sangre de la estirpe*; con el abrasamiento de su escoria mundana, única manera de lograr la iluminación para hallar la letra perdida y con ella impedir la desintegración del Imperio

De esta prueba, que le valió un mes de convalecencia, dado el desfallecimiento que le produjo, el único testimonio hasta entonces inadvertido, lo descubrió un grumete, cuando barrió el camarote del capitán, al hallar un montón de ceniza y un anillo quemado. Al arrojarlos al mar, junto con los desperdicios, que eran seguidos por los tiburones, el navegante, quien se había transfigurado en el espíritu del fuego que se purifica en la luz, abrió los ojos postrado en su camastro, fijándolos con desesperación en el fraile que lo cuidaba, pero éste como el resto de

la tripulación no comprendió su renovada desesperación, ya que pese al sufrimiento padecido no había alcanzado la develación del misterio que se le negaba, como a las mujeres marchitas que han rechazado el amor para condenarse en el infierno de la soledad. Más tarde se presentarían señales ominosas que Sarmiento había ya sentido, lo que confirmó que no había activado la *letra de la vida*, durante el viaje interior hacia regiones mucho más peligrosas que las desconocidas islas Salomón, —próximas a Australia—, en que su inquebrantable voluntad imperial lo condujo en otra de sus empresas.

Al tiempo que operó inútilmente el atanor interno para disolver lo inferior que había en él, aun a riesgo de no despertar de su sueño inducido, Pedro Sarmiento de Gamboa, de figura recia, miembros armoniosos y mirada apacible que de pronto podía cortar como el filo de una espada, enfrentó nuevas pruebas que el más fiel devoto hubiese considerado excesivas. El Santo Oficio, a falta de elementos en que pudiesen asentarse las pretendidas "herejías" del capitán, montó un juicio en torno a su participación en la muerte del virrey del Perú, conde de Nieva, del que fuera su consejero, sometiéndolo a penas que no dejaron de afrentarlo pero que no representaban mayor riesgo, si se consideraba por las que había pasado, como recibir la comunión semidesnudo con los brazos en cruz, a lo que se sujetó con humildad que contrastó con la vanidad de sus acusadores, quienes en su hipocresía formaban parte de las mesnadas que en Europa profanaban los símbolos de la fe católica como arrastrar los cálices por el lodo, o disparar los mosquetes, apoyados en las horquillas, contra los retratos de los Pontífices romanos, práctica asidua de los protestantes de la neblinosa Alemania.

No conformes con las humillaciones infligidas fueron impuestos al capitán —cuyo ser no podía ser herido por armas tan mostrencas— nuevos ardides, ya que se trató de involucrarlo en la extraña enfermedad que padeciera el general Diego Flores, soldado de errática voluntad, quien

a toda costa pretendió estorbar la "expedición para poblar y fortificar el estrecho", corrompiendo a los marineros, propiciando el que estos vendieran en el puerto bastimentos, municiones, pertrechos, pipas de vino y ropa, para obstruir la orden del Rey. Lo cierto es que el dubitativo Diego Flores, luego de haber impulsado la ruindad de la soldadesca, "quedó tan atronado y turbado que no pudo dar mano ni orden en cosa del mundo, ni poner remedio en nada", al punto que su miedo era tal que "no se hartaba de santiguarse, no teniendo coraje para mirar a la mar, porque en habiendo tormenta, luego se metía debajo de cubierta". Así, permaneció en el misterio la información confidencial que dio Pedro Sarmiento a Felipe II de este general tuerto, cuya boca despedía un olor nauseabundo, (del que se murmuró que arrojaba sanguijuelas y bichos que eran expulsados por entre las filas careadas de los dientes), portador de talismanes negros, atribulado por las sombras de los navegantes a los que abandonó a su suerte, pasando de largo con la nave capitana (como acostumbraban hacerlo los piratas ingleses).

Pese a las intrigas que se ensañarían contra Sarmiento de Gamboa por su lealtad al Trono y al Altar, el Rey ordenó a la Inquisición que fuera sobreseída la causa contra el capitán y que en El Escorial —en un acto de fe muy restringido—, la figura de Diego Flores se quemase en ausencia ante un grupo reducido de *crístianos viejos*. El soldado del Imperio tendría que enfrentar nuevos desafíos, mucho más arteros que la inútil persecución inquisitorial, a los que iba inexorablemente unida la suerte del reino.

Estando en un retiro, en las proximidades de Lima, cuando en sus ojos negros refulgía el dolor impuesto por la penitencia, en rigores sólo soportables por la Caballería celestial, el capitán despertó en la celda que dejara para él un monje teatino, (quien conoció los pesares que lo acosarían y de los que había sido advertido) con una inquietud que abatía su dominio en ciertas prácticas como

impedir ser hipnotizado, poder beber el vino común sin que el espíritu y la vista quedaran turbados e ingerir un extraño licor derivado del ácido de la asclépiada, que propiciaba visiones, el cual le había sido enviado desde el Asia.

Estas disciplinas le ayudarían a ser capaz de enfrentar cualquier circunstancia sin ser conmovido por el mundo exterior; sabiduría de la que tendría que valerse en el futuro para no sucumbir ante sus enemigos. El desasosiego que lo había perturbado como el tigre salta sobre quien no puede dominarlo, lo contrariaba, pues le manifestaba una insuficiente preparación para acciones de rango más elevado. Buscando refugio en el bosque a su malestar, miró al sol cuyo casco radiante ya debiera reflejarse en el follaje, como la aureola de los santos y de los ángeles. Mas el cielo estaba negro. En él empezaba a cubrirse el disco luminoso con la sombra de la luna. Los animales confundidos daban un grito de agonía como si el poder invicto de la luz fuera a ser desplazado por una oscuridad interminable. (La umbría edad de la usura).

Durante el eclipse de 1578, que fue motivo de numerosas procesiones en la ciudad de Lima, para implorar la piedad divina, una figura adusta leía con horror en una ermita las desventuras que azotarían al Imperio; los pesares que se cebarían en él, los galeones de La Invencible zozobrando en una mar enfurecida; las argucias de los anglicanos y de los hugonotes; como si en la negrura que principiaba a despejarse, el navegante observara, más allá del fenómeno que provocó los rezos incansables de las beatas, el oscurecimiento del *símbolo ígneo que expresa la energía sobrenatural irradiante*, la misma que despidieran las auras de los santos y la aureola de la corona del Rey, en un mensaje más elocuente que las excursiones piráticas, la corrupción de la marinería, la voracidad de los habitantes del reino, el incumplimiento de los reales decretos, la transición del austero herreriano a los Cristos sangrantes del barroco, a la selva de signos que decoraban los retablos para tratar de encubrir la voluntad

del desmoronamiento y el reino de la nada, de forma tan rotunda que harían innecesarios los torpes recursos del duque de Medina Sidonia, en el año decisivo que anticipaba el navegante –en una década– a la nefasta fecha del 27 al 30 de julio de 1588.

El fundador de ciudades tenía un plazo perentorio para encontrar el *nombre esencial*, el poder del cetro que da la palabra, las *sílabas raíces*, las *letras de luz*, de lo que hablara el *Claviculae* practicado en Sevilla. El capitán regresó a su celda, y, entre sus pertenencias, extrajo unos capítulos de la *Historia secreta del Imperio* (cuyo autor nunca sabría si fuera él mismo, dictada por las voces de lo alto), dedicando el resto de su penitencia a leer sobre los poderes que posee el iniciado, el *Bal Scem*, el *maestro del nombre*.

Los ataques de los piratas ingleses confirmaron la necesidad de dominar la ruta del Pacífico desde el virreinato peruano. El muy activo virrey, Francisco de Toledo, lo envió en una misión de reconocimiento al Estrecho de la Madre de Dios, encargándole entre otros trabajos la redacción de su magnífica *Historia Indica* (de la que si hay constancia humana de su autoría). En este viaje, que realizó bajo la terrible presión de las apariciones del funesto eclipse, (y del oscurecimiento de la aureola de la monarquía) tendría fundamentalmente la labor de explorar las abras del estrecho y elegir los lugares propicios para construir fortificaciones. A lo largo de la travesía, emprendida en embarcaciones dañadas se suscitarían reiteradas protestas de los marineros, (quienes calificaron su intrepidez de ganas de “tentar a Dios”), clamor que no impidió que el capitán cumpliera con su misión secreta, aquella por la cual Felipe II lo recibiría amistosamente en El Escorial, más de una vez.

De esta manera, como lo asentó en su crónica “descubrimos muchas otras abras y caletas a barlovento y sota-vento”, poniendo cruces en los montes más altos sobre la mar. En la noche, los marineros cumplían con las guardias cuando de pronto “a la banda del Sureste cuarta al

Sur vimos salir una cosa redonda bermeja como fuego, como una adarga, que iba subiendo por el cielo o viento. Sobre un monte alto se prolongó y estando como una lanza alta sobre el monte, se hizo como media luna entre bermeja y blanca”.

Las anotaciones de Pedro Sarmiento sobre esta señal se constriñeron, en la bitácora, a la del investigador escrupuloso y a la del científico. En su camarote, en cambio, abrió el sobre sellado por su anillo y agregó con letra febril: “Las revelaciones del rojo y el blanco en el cielo, pudieran conjurar los presagios que anuncian el desastre. La lanza que emergió (del Grial) y el escudo solar, se refieren a otros misterios que a su Majestad me he atrevido a comunicar: los signos de los astros, como los sonidos no audibles, se han manifestado como las sílabas que concentran el poder del fuego y la defensa del Imperio, *como visibilización de la luminosidad espiritual*. Pensó que “un signo redondo bermejo”; sólo podría hacer referencia a los distintos nombres del fuego cuando la luz de su vela ondulaba sobre la palabra *Agartha*, de forma tal que el nombre oculto del fuego, pudiera superar por su resplandor a los amaneceres de sus largas estancias en el Pacífico. Lleno de esperanza, durmió plácidamente sobrellevando las calamidades que padeciera, hasta llegar al final del estrecho, y ya en el Atlántico, emprender el regreso a España.

Felipe II, atareado en resolver los graves problemas europeos, entre ellos el dominio español sobre Portugal, desarticulando las intrigas británico-lusitanas, se mostró muy favorable a la propuesta de Sarmiento de realizar otro viaje, especialmente cuando leyó, en la silla esculpida para observar desde la próxima serranía la construcción de El Escorial, los documentos confidenciales que había redactado sobre el eclipse y la adarga bermeja, así como su reflexión sobre el combate inminente entre los herejes y el pueblo de Dios, “de donde pendía el bien y el mal de las fuerzas de la real corona, y que todo el mundo nos estaba mirando de lejos y de cerca, y que los ene-

migos de la Iglesia de Dios y de Vuestra Majestad se regocijarían de nuestra flaqueza y perdición, viendo que de ella esperaban su maldito acrecentamiento y de nuestra perseverancia y determinación su perdición”.

Sarmiento de Gamboa con la autorización real embarcó con veintitrés naves. Mas las conspiraciones del general Diego Flores (aquél de aliento pestífero y cobardía manifiesta que extrañamente, –misterios de la iniquidad–, no fuera removido de su cargo) estorbarían la empresa, así como los gusanos y el sol que las irían pudriendo en Río de Janeiro, las tropelías de la soldadesca, la falta de pericia marinera, y la deserción del deber imperial, (que luego se convirtió en el mérito de los caudillos de la “independencia”), las redujo tan sólo a tres con un destacamento muy pequeño para emprender las tareas de fortificación. El capitán no se arredró por nada, como si en él habitara la simiente de la palabra viva. En busca de las *sílabas-semillas*, fundó las ciudades de Nombre de Jesús y del Rey Don Felipe. Si bien su propósito era explícitamente fortificar un paso estratégico, en realidad, pretendía activar con su fuego la palabra dormida, hasta que viese cruzar el trazo rúnico del rayo en la oscuridad de la noche náutica. Mas el Diablo y sus siervos escarmentarían este apego ejemplar a la Caballería. Como de nada sirvió quemar en imagen, en un acto de fe en El Escorial, a Diego Flores, cuando éste ya había causado grandes estropicios, tampoco condujo al hallazgo anhelado su muy accidentado retorno a España, en donde los apuntes contenidos en el sobre marcado con su anillo excitarían la curiosidad de sus enemigos. Mas como el mal no tiene contención cuando se extiende, sus propias ciudades, en que plantó *la semilla del verbo del poder*, correrían el destino del abandono y la miseria, de forma semejante a la raza a la que inútilmente tratara de salvar de la ruindad, a la que ésta se acostumbraría con la vehemencia malsana de quien ha renegado de sus propias raíces.

En el trayecto de regreso fue atacado, cerca de las Azores, por Walther Raleigh, quien lo apresó; cuando observó su anillo con las columnas de Hércules y la runa de la vida, lo sometió a suplicio, queriendo averiguar en vano los secretos que guardaba el capitán para luego mandarlo a las residencias reales de Hampton Court y Windsor, donde lo introdujo en tratos con la reina Isabel. Sin poderlo evitar, una parte de los documentos contenidos en el sobre habían pasado al poder de los ingleses, pues no le dio tiempo de arrojarlos al mar. La reina Isabel, despatarrada, quitándose la peluca que encubría su calvicie con el cráneo alargado como el huso con que, a veces, hilaba con una de sus manos con seis dedos, se había desprendido también de los holanes del cuello "isabelino" bajo el que ocultaba su bocio; arrellanada en el sillón, examinaba los dibujos y la escritura de Sarmiento, que comprendía en gran parte, pues el navegante tenía la costumbre de escribir en latín lo que consideraba digno de ser leído por el Rey Felipe II. Llamó a su garrañón y pirata Walter Raleigh para que trajera a su presencia al autor de esos enigmáticos documentos. La reina, como paralizada, fue incapaz de cubrir las impudicias de su fealdad como si ésta reflejara la de su alma.

En una larga conversación de más de una hora, la reina preguntó sobre el destino que dibujaban los astros, el capitán intentó a toda costa de evitar que el astuto súcubo alcanzara a percibir la verdad nefasta que se anunciara en el eclipse. Ante su mirada penetrante, que parecía borrar por momentos —la calva desnuda, los seis dedos y el bocio— trató de que su fascinación de serpiente no lo hipnotizara, como había ocurrido con el propio Felipe II, cuando la conoció de joven. Apenas pudo resistir el erotismo abisal de sierpe que danzaba sobre el fuego de la pérfida reina, quien se haría del dominio de los mares sin que pudieran impedirlo ni los esfuerzos de su Católica Majestad ni los suyos propios. En la erudita y extensa conversación, Pedro Sarmiento de Gamboa quiso atisbar si la mujer mandrágora había ya probado la *letra del poder*,

pero se percató de que la *sílaba de la luz* se perdería en el mundo, como la devoción en el nombre eterno de Santiago. La reina se tocó el sexo cuando el capitán exhausto abandonó la real cámara mientras sus seis dedos se humedecían, hasta lubricarse como un garfio aceitado, haciendo llamar con presteza a Walter Raleigh y maldiciendo en secreto la templanza del español.

Al proseguir su muy accidentado viaje de retorno a España, se metió en la boca de lobo de la guerra religiosa francesa y fue aprehendido por el vizconde de Bearn. Reflexionó entonces sobre las penalidades que había pasado, ya fuese por causa de la Inquisición, de la traición del general español, de los anglicanos y, finalmente, de los hugonotes. De ahí que pudiese ufanarse durante su cautiverio de tres años, no sin sarcasmo, de no haber caído en manos del Gran Turco. Encanecido, con el cuerpo cargado por los años, a su llegada a España tendría que desempeñarse como corrector literario de la muy vasta obra *Elegías de varones Ilustres de Indias*—de Juan de Castellanos— para no morir de hambre. Sería llamado a El Escorial donde Felipe II lo resarciría, aunque fuera en parte mínima de todas sus desventuras, dándole el consuelo de su amistad. El colmo de su desdicha hubiera sido el enterarse del triste fin de los colonos establecidos en las ciudades de Nombre de Dios y Rey Don Felipe, mas afortunadamente su ángel de la guarda hizo que ignorase que éstos habían sucumbido, abandonados por los piratas ingleses en tan inhóspitas tierras.

En las noches que pasó conversando con el Rey, luego del desastre de la Armada Invencible, ambos comprendieron que su búsqueda de la *letra de luz* era inútil; *Agartha, mandorla o lugar de la aparición*, el centro de poder de—la palabra viva, el nombre esencial—que hubiese impedido la desintegración del Imperio y un destino de infamia para toda una estirpe, se había ocultado. En 1591, cuatro años después de la derrota, alistaba otra armada con su indoblegable voluntad de imperio y su incansable persecución de la *palabra de poder*. Mas

el verbo secreto de Santiago esperaba otras épocas, muy distantes a los afanes de los hombres. A las puertas de Lisboa, en el mismo mes de julio en que había sido destruida La Invencible, Pedro Sarmiento de Gamboa moría. Su última voluntad fue mandar su anillo a Felipe II con *un hueso durísimo*, –cuyo origen nadie pudo explicar–, quien ordenó que se fijara en una cruz de plata, que en las noches lanza fulgores en el Panteón de los Reyes.

## LA MALDITA OBEDIENCIA DEL DOCTOR

“El hombre odiará un día haberse arrastrado por amor a la tripa, a su parte más baja. El hombre quiere ser considerado, acariciado, perseguido, por su sueño, nada más que por su sueño”.

Louis-Ferdinand Céline, *Les Beaux Draps*

Los zapatones llenos de fango se hundían en el barrizal a orillas del Sena; el joven estudiante de medicina, con su maletín de piel dividido en dos compartimientos, su andar entre quebradizo y espigado, la sombra huesuda de su cuerpo reflejada brevemente en el agua verdosa del río, daba a su figura un aire alicaído como si se tratara de un maníaco, incapaz de perseguir a las prostitutas para someterlas al severo ritual del descuartizamiento. Esta atmósfera de desamparo se acentuaba por el efecto de su piel morena que contrastaba con la rotundidad blanquísima de toscas campesinas con suecos, quienes lo miraban con extrañeza pues nadie, a excepción de ese pobre actor recordado como Le Vigan con su boina vieja y sus quejumbres continuas, se atrevía a acercarse a la húmeda casona, ubicada en la pendiente de Bas-Meudon, 25 triplicado, carretera des Gardes, donde el doctor Destouches atendía casos irrecuperables al tiempo que borroneaba garabatos desmesurados en hojas, prendidas como murciélagos, en ganchos para colgar la ropa. Pesa-

dos mazos de papel que daban a la estancia de la planta baja, un aspecto de buhardilla, de tristeza morosa detenida en el polvo, de una minuciosa destrucción en que los papelotes agitados por el viento de una mañana airada pendían como las horcas de un cadalso improvisado.

El joven médico, muy posiblemente oriundo de las colonias de ultramar; era, quizá, por su andar furtivo, pegado al terreno escabroso, y la chispa maligna de sus ojos, resguardados detrás de unos delgados aros de oro, un emisario de los que solía contratar la "Unión de la Resistencia" para llevar cartas injuriosas, amenazas o bolsas con excremento que eran encontradas religiosamente cada mañana, por Lucette, antes de que tuviera tiempo de comprar el periódico o de que bajara el propio doctor Destouches a tirar los tambos de basura en medio del lodazal en que se había convertido el jardín y, en un sentido más extenso, su propia vida. Las rústicas que lo miraban avanzar por la estrecha senda, guardando exageradamente el equilibrio, como afectado ya por una lesión misteriosa en las piernas, imaginaban que el frágil terrorista bien podría ser mordido por alguno de los perros del doctor, como le había ocurrido muy recientemente al aprendiz del Rabí Ludwig Rajchmann, conocido como *Judenzweck*, cuando había tratado infructuosamente de pronunciar la fórmula de la Cábala de la muerte frente a la placa metálica que atestiguaba, para ignominia de los hombres honrados, que aún se alzaba en su cubil la repelente cabeza del doctor Basilisco-Destouches.

Sin ocultar su curiosidad, retadoramente, las campesinas impregnadas de un fuerte olor a cebolla, puestas casi a horcajadas y con las manos en la cintura, no perdían el menor movimiento de aquél exótico espécimen, horrendo nativo de Camerún o de alguna isla perdida, capaz de creer que era posible sorprender a la hiena, al compañero de los *boches*, al panfletista irredento, quizá confiado en que su tono bituminoso se confundiera con el color parduzco de la tierra y con las tejas negras de la casa entregada a la incuria.

Así, el bamboleante caminar del joven médico, su sonrisa sardónica, sus ligeros anteojos que parecían demasiado finos para su notable extranjería, distrajeron a las campesinas de una mirada más perspicaz, que vigilaba detrás de los visillos de la ventana cada uno de los pasos que daba, como si arrastrara el pesado maletín, lleno, pudiera creerse, de los objetos de su profesión, abriendo ya la verja, junto al río, al tiempo que alzaba el rostro como si olisqueara a un perro de presa, a una presencia asechante, a una furia ominosa acuclillada detrás de las raídas matas que, como las pústulas de la naturaleza, abrían sus heridas a un cielo plomizo, supuradas de miseria, espectrales, viejas como las costras de los leprosos, los chancros de los sifilíticos, las enfermedades de la piel de los exploradores de África, (lo que hoy serían las úlceras de los sidosos). Las fisgonas y el supuesto intrigante ignoraban, a la par, que el doctor Destouches había visto ya a quien le diera una cita, pretextando auxiliarlo en casos agudos y extraños de dermatitis, mismos que habían desorientado sus incipientes estudios en tan compleja y nauseabunda disciplina. Cuando se escuchó el chirriar de los goznes de la puerta que se abría, y aumentó el ladrido de los perros, rápidamente le dio una nueva ojeada a la carta enviada por el extraño que atravesaba con ligero temblor el cenagoso jardín:

“Estimado doctor Destouches:

Con motivo de encontrarme en París estudiando medicina, en cumplimiento de mi vocación y la de mi padre, quisiera consultar con Usted diversas dudas que tengo sobre casos de dermatitis presentados en África y en la zona *criolle* de las Antillas, seguro de que sus consejos han de servirme más que muchas lecturas. Atentamente” y a continuación los signos desmañados e indescifrables de una firma que evocaba el rudo castellano, que tan fascinante resultaba para “San Brasillach” y para “San Drieu”. El doctor no pudo impedir que su memoria se desbordara, al dibujar el poste del martirio, las llamadas que se elevaban sobre el destruido Berlín, las ciu-

dades alemanas calcinadas por el fósforo aliado. De pronto se escuchó, el timbre de la casona y hubo de interrumpir su reconstrucción del *ocaso de los dioses*, al que asistiera como *clown* y cronista, dedicándole las páginas que, precisamente, ondearan como banderas derrotadas frente a sus ojos cansados, su camiseta deshilachada y la señal de la putrefacción marcada en el rostro como el estigma salvífico de los "elegidos".

El joven médico, tocó tres veces y escuchó el desplazarse lento de un cuerpo, que parecía chocar con trastos dispersos; creyó oír una maldición asordinada y el carraspeo de una voz gruesa, como un grito ronco y desgarrado, una voz quebrada, que elevara los tonos sobre su desolación. Antes de saludarlo siquiera, con un ademán diestro y profesional, el joven médico echó sobre la entrada su maletín como si descansara de pasear a su perro, e inmediatamente, extrajo un paliacate que despertó la admiración disimulada del doctor Destouches, limpiando los arillos de sus lentes con las manos extendidas como acostumbra hacerlo los cirujanos antes de hundir el escalpelo en el paciente adormecido. El rojo intenso del paliacate, apareció en una visión fugaz como si se tratase de un pájaro tropical errabundo que se hubiera posado sobre esos papelotes colgados que llamaran la atención del joven doctor. Destouches intuyó, oscuramente, que ese joven médico era algo más que eso... y no esperó para contraatacar.

Con siseos y murmullos le indicó que se sentase en el destartalado sofá que servía como sala de estar. Sin hablar, sin mirarlo siquiera, prosiguió asiendo hojas al tendedero literario, el cual mostraba diversas caligrafías, pero todas elaboradas con una letra gruesa y descomunal, más próxima a los brochazos de un pintor que a los menudos y enmarañados rasgos con que suele identificarse la manera de escribir de los médicos. El joven doctor esbozó una sonrisa, lo que no dejó de fascinar al caballero Destouches, a quien Simone de Beauvoir acababa de agredir, públicamente, tratándole de lanzar un café

a la cara, el cual terminó bañando con su torrefacta sangre a un inocente parroquiano gaullista. El incidente, que viniera de improviso a su memoria, quizá sugerido por la ironía que siempre le indujo a despreciar a los bienpensantes, columbraba una secreta complicidad con la sonrisa de ese exótico médico, hizo que el doctor se percatara, una vez más, de su senilidad e inevitable decadencia, "ya sólo pienso en desastres"... se dijo para sus adentros y, alzando su larga figura normanda, tomó de una mesa una bata andrajosa que se puso como si el joven médico de pronto hubiera desaparecido, pero no, estaba ahí, sentado con su sonrisa y el juego malabar de la sombra del paliacate.

Destouches inició una cantinela agitando el bisturí para enfatizar sus argumentos:

"Está aquí un médico de buena presencia, un joven doctor, no un charlatán ni un canalla. Lo sé porque esos zapatones que usa son baratos; no pide limosna pero no vive de regalo. Un matado, un excepcional, un energúmeno. Lo comprendo, joven amigo, lo estimo ya de antemano". El brillo del bisturí se dibujó sobre los ojos inteligentes y sorprendidos del joven médico. Mas ya la embestida se había producido, para continuar con su retahíla:

"El bisturí, tan precioso, ¡no es nada joven amigo, nada, nada, frente a las dagas de los SS!... Piense en su temple, tomado de los nibelungos y de leyendas acedas, perdidas, demenciales; verdaderamente, los médicos poco tenemos que hacer frente a esos instrumentos letales, espléndidos, llevados para desfile... ¡Un, dos, paso romano, a la orden!, formando en batallones negros..."

"Sólo quiero describirle un poco, sin tapujos sin vergüenza. En lugar del símbolo de Hipócrates, esotérico y todo lo que se quiera, astuto, por otra parte, sí, reptante, una calavera, ¡señor doctor!, ¡eminencia desconocida! una calavera que encarne la vocación del hombre, y que pueda llevar al superhombre, en lugar de homúnculos y pacifistas... Si se porta bien, si no hace cochinas dema-

siado evidentes, se le entrega un espadín con las runas de la victoria, ni más ni menos, un objeto arrancado de las manos a Odín, mejor que la astilla de la cruz, que un hueso de Moisés, un puñal jodedor y mágico, terrible, mortífero... ¿Quiere ser más importante?... está en su derecho, aunque no lo merezca; los talismanes, las runas, unidos al blasón familiar Así imagine al pobre Destouches, a esta piltrafa, bendecido por el símbolo del rayo... Mas no se asuste, quien le habla el más grande, el médico que conoce las almorranas de los poderosos... el escritor que mereciera una estatua al lado de Notre Dame”.

El joven médico dejó hablar al doctor, desgañitarse, agitar en la mañana, en que se espesaba el silencio cortante, su bisturí. La luz, que se fugaba en el día encrespado, se montó como una pantera sobre la penumbra que iba dominando el escenario, borrándolo y haciéndolo impreciso, al punto que al brillo mortífero del escalpelo sólo lo acompañaba el resplandor emanado como una vena rota del olvidado paliacate. El escalpelo que dibujaba la calavera y el paliacate que encarnaba lo volátil. El monólogo *in crescendo*, dominaba los ladridos de los perros y el arremolinarse de lo papelotes encima de la cabeza desmañada del doctor.

Sin apresurarse, el joven médico tomó su maletín entre las manos ágiles y morenas para abrir el primer compartimento, aparentando que no existía el escalpelo que de pronto cruzaba cerca de su cabeza, fingiendo que Destouches hablaba para otro interlocutor, quizá, para la propia Juana de Arco, –por aquello de tener vocación para la hoguera–; que él estaba ahí sólo para recibir una opinión autorizada sobre la dermatitis. Del compartimento fue sacando una hilera de objetos: ojos de tigre, hierbas, amuletos y la esmeralda de Catemaco, caída de la corona de Lucifer. Los símbolos de la vida contrastaron con el escalpelo de la muerte; la luz diluida arrancó el brillo de la montadura de los espejuelos que hacían a la vez más luminosos aquellos ojos inteligentes y la sonri-

sa sardónica. El doctor Destouches se detuvo a mitad de un parlamento, cuando explicaba, precisamente, la extinción de la idiota raza blanca por excesos, crápulas, coches, usura y religiones... La luz se había concentrado sobre las manos morenas en las que el ojo del tigre reflejaba su poder. Los perros, desacostumbrados al silencio, aullaban quedamente y los papelotes, colgados para su oreado y revisión, parecían brillar como el fuego rojo del paliacate. El caballero Destouches dejó de hablar mientras trataba de atisbar el misterio del joven médico. La tarde reposaba como un animal tendido, hinchándose más de color, como si el cielo concentrara una luz que bañara la cabeza desolada del doctor, inclinada entonces frente al maletín que un gendarme hubiera creído propio de desollamientos meticulosos y crímenes ejecutados en callejones y tugurios.

Se acercaba la hora de las clases de baile de Lucette. El doctor Destouches debía espabilarse pues las alumnas estaban por llegar. Ya su presencia las asustaba, el calzado tan maltratado, las camisetas sórdidas, las mascaradas de seda pringosas, la mala fama, el descrédito, su jauría amenazante... Sólo faltaba que lo encontrasen mirando un maletín sospechoso, traído por un joven médico de intenciones dudosas, embelesado como un zoquete, frente a los tesoros del hechicero; drogado por el destello del ojo de tigre, dispuesto a soñar en paliacates rojos. Mas nuevamente miró al joven doctor; advirtiendo en él la señal del que siempre será infeliz, de lo trunco, de lo inacabado. La preciosa marca diabólica de los elegidos. Se dirigió al librero para tomar el volumen titulado: *Apuntes sobre la dermatitis en África*, escrito durante su estancia en Bikobimbo y Dipikar que precediera a su célebre tesis sobre el doctor húngaro Semmelweis. Lo entregó como una ofrenda sacrílega en sus manos morenas, y se retiró presto como si el ardor de los objetos del maletín pudiera quemar, en él, el signo de la putrefacción, signo de la difícil salvación de los mejores.

El joven médico comprendió perfectamente, sonriendo con complicidad. Tomó sin parpadear el legajo y lo agradeció con un acento en donde apenas se adivinaban matices del español. Luego, cerró el maletín y agitó sobre el yaciente escalpelo, abandonado en el escritorio, el fuego del paliacate al tiempo que susurraba hasta volver inaudible la palabra: "Titakhara", "titakhara", "titakhara", cuya cabal comprensión el doctor Destouches procuró no dilucidar, para creer en su sonido incomprensible como lo había hecho, alguna vez con el latín de los sacerdotes y el griego de los maestros. Agradeció su visita y, cuando éste levantaba su frágil silueta devorada por las sombras, una fuerte lluvia comenzó a caer sobre la agónica luz de París. Antes de que cerrara la verja del jardín, al atravesar con paso vacilante el terreno fangoso, el doctor Destouches detuvo al visitante: tomó una gruesa pluma fuente del escritorio, al lado del bisturí ya cubierto por el negro plomizo del cielo denso. Sin decirle una palabra, le entregó como contraseña la pluma que había permanecido con él en sus más descabelladas andanzas: con ella vio arder el Walhalla de los dioses y amorfinó los dolores de la república de Vichy *de un castillo a otro*.

Las campesinas, de muslos blanquísimos, se agitaban en los jergones mezclando el ajo de sus hombres a su piel de cebolla; la fornicación en la suciedad las confortaba; alguna se limpió el sexo con un trapo de cocina sin poder olvidar la quebradiza figura, el maletín que llevara a rastro junto al verde del Sena, su sonrisa insinuante, lo que hizo que se tocara el pubis poblado por vellos rubios. En un café lejano a Meudon, las hojas de los árboles añosos se escuchaban silbantes como los papelotes colgados con ganchos sobre la cabeza del doctor Destouches. Un hombre delgado, de manos finas y morenas, escribía una breve reflexión sobre *La dermatitis y sus derivaciones caribeñas* (opúsculo aun inédito). De pronto, abrió su maletín y al observar la luz dorada del ojo de tigre con el fondo rojo del paliacate, los signos que avanzaban sobre él como el viento que enarbola el destino, se tornaron hui-

dizos, hasta que apareció sobre la página en blanco el alma de la escritura, la pluma misteriosa del doctor Destouches. El rayo de la infelicidad agudizó la sonrisa torturada que lo acompañaría para siempre, como una enfermedad secreta; el joven médico escribió y miró la negrura de la noche. En París, los hombres comunes empezaban a dormir.

## EL ILUSIONISTA

“Es indispensable poseer una resolución tan inquebrantable que nadie, ni siquiera los Dioses y los Budas, puedan haceros desviar de la meta fijada”.

Yosho Yamamoto

El grito de Rodrigo de Vivero se sobrepuso a la fuerte tormenta y en su rostro, agotado por la visión de unas marionetas articuladas, que le habían hecho pensar, inexorablemente, en la ilusión del libre albedrío, —regalo que le envió un monje japonés para que se entretuviera durante la larga travesía—, apareció la marca de la desventura: un ideograma se reflejó en su sueño como el centelleo perfecto de una *katana*, mas en él estaba escrita su suerte, el hundimiento fatal de un *kurofune* negro, el galeón Espíritu Santo en el que iban embarcadas su mujer y sus tres hijas. Esa visión de horror era acompañada por momentáneos estadios de iluminación y así, alcanzó a ver al propio *Mikado* en una silla de terciopelo azul, con un vestido del mismo color, de raso labrado, con muchas estrellas y medias lunas de plata; lo vio ciñendo su espada y con el cabello trenzado y atado con cintas de colores.

Supo que había sido objeto de la intriga del shogún leyasu, a través de los sospechosos servicios, que prestaba al poderoso noble nipón, el agente inglés William Adams, quien le proporcionó una misteriosa sustancia que se

había visto obligado a tomar, cada noche, evitando así que lo decapitaran para probar el filo de la espada y el temple del pulso como lo acostumbró la antigua nobleza.

El naufragio que había columbrado, volvió a acosarlo, logró distinguir el rostro de sus mujeres que pasaban de la pureza de la virgen de su pueblo de Fontiveros, al crispado terror que caracteriza a los desesperados; observó en ellas la devoción salvífica, la pasión por la muerte inevitable, hasta creyó escuchar las órdenes desahuciadas del capitán: el "arriase los masteleros de juanete" y "tírese las rastras dentro" para hacer más ligera la nao (al tiempo que oyó la oración de *La Magnífica* para bien morir), pero el ideograma no estaba completo; surgió un castillo con el techo todo de oro cuyos destellos se elevaban como la flecha disparada en una oración al silencio del cielo. Un castillo de pureza perfecta, que representaba el dolor concentrado de la muerte de su linaje. La nave se iba a pique y con ella una parte fundamental de su existencia. Rodrigo de Vivero se sintió, más que nunca, desamparado, solo para siempre, drogado por un hereje para conducirlo a la apostasía.

En Nueva España, la tarde se achicó en las calles empedradas de San Ángel, detrás del bajel que se quebraba como un hueso viejo, las ruinas se enseñoreaban de su vida, a tal punto que miró desplomarse la espadaña de la iglesia en el barrio de Tlacopac, donde habitaba, como si el rayo tocara su destino para consumirlo en la ceniza. Con un gran esfuerzo, tambaleándose, se incorporó del lecho. Sin embargo, no pudo impedir recordar en la tarde naranja que hacía brillar más las armaduras samurais, el símbolo sangrante de la cruz, pues consiguió guardar una pequeña medalla, apareciendo en su confuso entendimiento el martirio de San Felipe de Jesús, (a su visión de la crucifixión del mártir se mezclaba el rostro andaluz de su hija mayor, arrastrada por el oleaje en el mar infinito). Recordó el suplicio del santo para inspirarse con una resolución inquebrantable que pudiera sostenerlo en su desmoronamiento. Se dijo que en el libro *oculto*

*bajo las hojas*, algunos de cuyos fragmentos, leyó en el cautiverio, traducidos al castellano, por una mano anónima, se asentaba que: "Remover cielo y tierra sin esfuerzos es una simple cuestión de concentración". Mas él sólo podía concentrarse en el ideograma ubicuo del naufragio.

En la cruz en que fue sacrificado el beato franciscano, (de la que le habían hablado con premura unos conversos), vislumbró el signo de una alianza extraña, cortés y cruel entre Japón y la Nueva España, alianza que el tiempo demostraría como entrañable y profética. En el techo de su celda observó una claridad insólita, semejante a la que noche a noche "y mientras estuvieron expuestos (los mártires) descendía de las alturas y nimbaba la frente de los crucificados".

La resina amarilla que le dio a tomar diluida el agente William Adams en un brebaje aromático, sutil, se asemejó al olor del sexo femenino, con un sabor salado como todos los vicios que nacen de la parte húmeda del ser, de la voluntad quebradiza y lunar, del ánimo cambiante. Su efecto devastador lo debilitaba y lo alejaba de la fuente luminosa en la que su poder de hidalgo se inspiraba como si lo cubriese una cota impenetrable para el polvo de oro del Sol. Eclipsado por la continua pesadilla del despojo irrecuperable que la mar infligiera a la carne de su sangre como la condena del alma personal en el infierno, incluso si para recobrar lo que había perdido para siempre tuviese "que estar hundido en el seno del infierno". Rodrigo de Vivero, sobrino del virrey Don Luis de Velazco, marqués de Salinas de Río Pisuerga, resultaba el contraste más agudo con el hábil intrigante inglés William Adams.

Vivero había crecido en el culto de la hidalguía, en la resistencia indeclinable que dan los campos imperiales de Castilla, escuela que perfilaría en el alma -el paisaje austero- del dominio sobre las propias penas y quebrantos. Por azar (si es que éste existe) y voluntad de los Hados había viajado de Luzón, la isla más grande y rica de las Filipinas a las costas nipónicas. Obsesionado por su mu-

jer y sus hijas, que creyó entregar al cuidado de uno de los principales del reino, en la casa solariega en la capital del virreinato, o que había creído ver sucumbir en la tormenta que hundía la nao, en el naufragio de su propia vida. Esa falta de claridad en la memoria, que lo atacó como una fiebre maligna sobre el destino de su estirpe, había sido aprovechada por el inglés que lo había capturado en el laberinto de su perdición, para que terminara renegando de España y sirviendo al shogún bajo los engaños que le provocaba la intoxicación. Aún, así, reconstruyó con grandes esfuerzos de memoria otro fragmento que había leído, en donde advirtió “el espíritu español del samurai”.

“Muriendo cada día he muerto para el mundo,  
pocos saben morir así.  
Aquél que muere de muerte tan dichosa  
no muere jamás”.

La inquina que le provocó, desde un principio Rodrigo de Vivero al agente William Adams, lo condujo a urdir un plan, en que éste debería llegar a perseguir a los propios cristianos, cortándoles la lengua a los japoneses conversos, y quemando vivos a los obispos, en un ataque de furia contra lo que estaba desintegrándose, puesto que no tenía remedio como el naufragio que se inscribía cual signo negro en su ser, partida su alma por el filo de la espada. En cada trago mortal de la sustancia que se desprendía de la resina amarilla, –quizá brea que abrasara su pectoral–, la cual tomó tembloroso en la taza de porcelana, que le llevó el pérfido inglés, de la que tenía que ingerir hasta la última gota, agobiado por la estricta vigilancia de guardianes que habían cortado por lo menos en una sola ejecución diez cabezas. Cuando el inglés lo dejó para ir al Yoshivara, –donde provocó el asco de las refinadas *oiráus*, expertas en el arte amatorio, quienes flotaban en sus kimonos, ante los biombos sedientos en que se reflejaban sus miradas de muñeca bajo el “sofocado ful-

gor de ópalo" de las etéreas linternas de papel-, con las pocas fuerzas que le quedaban, se centró en un pensamiento, que repitió en su celda: "Para actuar correctamente, en una sola palabra: es necesario soportar el sufrimiento".

Por su parte, William Adams resultaba una necesidad corrupta para el shogún, lo que no dejaba de molestar su dignidad, leyasu era astuto pero detestaba la traición. El agente de alta erboladura, como mástil de un paquebote, se elevaba sobre sus largas piernas. El rostro lo escondía entre una amplia gorguera para ocultar el principio de su putrefacción -las llagas que provocaron que las *oiráus* temieran su contacto-. En su juventud había sido un pirata cobarde, incapaz siempre de forjarse un botín si era necesario luchar por él. Ave de rapiña, había nacido en las callejuelas del sucio Londres viviendo de despojos, entre las casuchas grises de los labriegos, de los siervos y de los hombres sin ley, (a estos últimos él sabía que cualquiera podía matarlos o arrancarles las orejas para cobrar la recompensa). Hábil en la preparación de drogas, discípulo adelantado de un desdentado chino de familia de mandarines, que traficaba opio y otras drogas con la nobleza, se había establecido en Luzón, poniéndose en contacto con los proveedores chinos de Formosa, que llegaban cada tercera luna con su cargamento alucinógeno (en donde conoció las formas sutiles del envenenamiento que aplicó a Rodrigo Vivero).

Posteriormente visitó Japón, y con sus artes y dominio de las lenguas, -que los españoles identificaron como un don diabólico para confundir mejor a las almas-, se instaló como consejero áulico y médico de confianza del shogún leyazu. La nobleza de Rodrigo de Vivero había sido plenamente derrotada por el filibusterismo del agente inglés. William Adams, como era de esperarse. El intrigante, de un rubio desteñido, era un mal menor para los japoneses puesto que, en ocasiones, hedía por lo avanzado de su sífilis, causando la repulsión de la corte que confirmaba la degeneración de los "bárbaros", así como la

expresión de náusea del shogún, acostumbrado a dejar un pequeño pellejo que sostuviera la cabeza en las ejecuciones, para evitar que rodaran entre el pueblo y salpicaran a los niños con su turbia sangre de criminales, según los principios en que había sido educado: "Cuando uno posee valor marcial y determinación, incluso teniendo la cabeza cortada, no muere, siendo como un fantasma vengador".

Las actividades conspiratorias de William Adams no se redujeron a mantener en un sortilegio adormecedor al capitán Rodrigo de Vivero, en una forma enervante de hipnosis, que trastocaba sus recuerdos y le impedía fijar con nitidez su pasado. Había sido el principal promotor de los disturbios de los súbditos nipones en Luzón, valiéndose de la presencia de más de quince mil japoneses en la isla, lo que obligó al gobernador español a determinar: "Como entre los japoneses que aquí están de asiento he hallado algunos sediciosos, promotores de desórdenes y alborotos, prestamente les he hecho dar la vuelta al Japón". Asimismo, dio cuenta al rey inglés de la carta enviada por el virrey Luis de Velasco y de Castilla, a través de su embajador don Francisco Castañeda Iturbide al "Serenísimo Emperador de los Reinos y Provincias de Japón", alertándolo sobre "la amable simpatía que de antiguo enlaza a la Nueva España con Yamato". No conforme con estas tareas, facilitó información pormenorizada sobre la búsqueda de las misteriosas islas, en donde se encontraría la "fuente de la juventud", -que Ponce de León nunca pudo hallar en Florida-, comentando que el incansable Castañeda había salido del puerto de Urangava hasta una altura de 38 grados, sufriendo la pérdida del navío, cuando se propuso retornar a Acapulco, quedando a merced del agente inglés que animó la codicia del inquieto fray Luis de Sotelo, para que éste se apoderase del barco y deshonorara al embajador como a un simple pasajero a cambio de perdonarle la vida, al punto que los marineros se decían entre sí al haber observado tanta insolencia "saltó otro demonio, en

figura de religioso de dicha Orden", así como "otras cosas que en esta relación no se pueden decir".

De tal forma que Adams resultó útil para toda empresa que dirigiera la perfidia, pese a lo maloliente de la sífilis que lo carcomía, el shogún Ieyasu, aun con reticencia, ordenó que ingresara a la sociedad secreta que se había constituido para extirpar al cristianismo de Japón con el nombre en clave de *Arjín*. Ante su facilidad para la maldad, Rodrigo de Vivero compartió el juicio que se hacía de él, que se enteraba, como por malas artes, de todo lo que ocurría entre los novohispanos, aconsejando aun en su mareo suma prudencia al embajador don Francisco Castañeda, trasmitiéndole, –mediante un converso–, un mensaje lacónico: "El capitán de vuestra nave os dirá de palabra cuanto aquí pasó en silencio".

El alto y desgarbado agente del protestantismo, se propuso que Rodrigo de Vivero abandonara la fe y se sumara al plan de persecución que se preparaba contra los católicos. Consideró que Vivero aún conservaba los ojos cafés centelleantes del que se yergue en la desgracia imbatible como un *ronin*, un samurai errante y sin señor, precisamente la hidalguía que había mantenido incólume cuando el destino lo golpeó sin piedad, a la manera en que la etiqueta de la nobleza nipónica, exige que se desempeñen los samurais en lo que se llama *la actitud durante la tormenta*: "Si no habéis sido *ronin* siete veces, no podréis reivindicar efectivamente el título verdadero de samurai. Tropezad y caed siete veces pero levantaos a la octava". Si bien, Adams aumentó la dosis para intoxicarlo, no pudo dejar de apreciar, pese a su ruindad, el porte de Vivero, la luminosidad de su mirada que a veces parecía hacer música sobre las almenas, –como solía decirse–, soportando en el rostro demacrado la ponzoña que no había logrado inocular su corazón. En su reducida habitación, Rodrigo de Vivero vio refulgir su fe, en la medalla que ocultó tanto a la curiosidad nipónica como a la impía ansiedad del inglés.

Daba la impresión de que Adams lo tenía en sus manos, mas tan sólo físicamente como cuando se posee a una mujer que a uno lo aborrece. En momentos desaparecía la visión del naufragio del galeón Espíritu Santo, de su dolor intenso, de su ser desgarrado, de sus vértebras rotas como cuando la tempestad quiebra el timón de un bajel. La nao de su vida que se había hundido sin remedio en la noche oscura.

De esta forma, William Adams urdió nuevas trampas que terminarían de arrancar a Vivero su resistencia para conducirlo a una completa indefensión, que apagaría el brillo de sus ojos y sometería su alma a la negación de sí mismo. Adams intuyó que el caballero adoptó con "naturalidad" los principios del odiado "fanatismo" que descubrió entre los samurais. "Más vale prepararse desde el principio a la idea de que el destino final del samurai dedicado al servicio de un Señor es hacerse *sepuku* o terminar *ronin*". De ahí que se propuso impedir que el capitán tuviese algún tipo de diálogo con el shogún Ieyasu, pues temió que el "fanatismo" castellano se aliara con el "fanatismo" nipónico de la misma manera en que Japón había enviado una embajada a la Nueva España, a Madrid y a Roma encabezada por el capitán de la guardia imperial, el veleidoso Rocuyemon Faxicure.

Así, envió a Vivero a una de las *oiráus* más sabias del Yoshivara, la cual enloqueció a un tripudo mercader holandés que remató todas sus pertenencias, incluida su nave, para pagar sus favores, quien terminó sus días como un mendigo, despreciado por los siervos, al que naturalmente Adams nunca ayudó, hasta que lo vio con satisfacción morir de hambre y con cuyo esqueleto especuló entre varios nobles que decoraron los vestíbulos de sus casas con los huesos de un "bárbaro", lucrando particularmente con su calavera, que vendió a un anticuario. El agente empezó a temer sobre la eficacia del poder de la resina para destruir a su enemigo, quien parecía asistido por poderes superiores, aquellos que Adams abominaba sobre todas las cosas.

La *oiráu* se empeñó en apoderarse del capitán con su brocado aurescente y sus crespones, trazados como una caligrafía del deseo que rasgaría el papel con las pinceladas de su cuerpo amarillo, coloreado con líquen verde; en que su cabellera negra y su voz triste acompañada por un largo laúd de ébano produjeran que su aroma tibio y amizclado, lo despojara de las pátinas que el capitán guardaba en lo profundo de su espíritu. Mas todo fue inútil, sus hondos gemidos, sus ropajes negros en que ostentaba un *Yuki* o paisaje nivoso, que tuviese la facultad de recordarle al capitán los volcanes perdidos del valle del Anáhuac, su breve pipa con una caja de laca roja que ofreció con su rostro afilado de artificial blancura, Rodrigo de Vivero había empezado a fugarse del mundo sin que su huida pudiera ser sofrenada por ningún lazo de los que acostumbraban los hombres arrojar para detener la voluntad que se rebelaba; él iba al Vacío con paso seguro como si su camino estuviera escrito en el Sol Naciente.

El agente inglés sintió crecer su temor ante la impasibilidad del prisionero, apresurándose —como secretario y consejero— a contestar al virrey de la Nueva España una misiva que echaría por tierra los esfuerzos realizados para consolidar una alianza con Japón; así lo especificó en una carta dictada por el shogún leyazu: “El Japón es la tierra de los Dioses. Desde el principio del mundo se venera aquí a los Dioses y se da culto a los Budas. Entre los Dioses y los Budas no existe diferencia”, lo que reafirmó el plan para exterminar a los católicos. Adams apeló a un último recurso, dado lo infructuoso de la resina, de los pezones rojizos y brillantes de la *oiráu*, de las recurrentes pesadillas inducidas sobre el naufragio de su estirpe. Dejó en la celda del capitán un breve texto, cuya intención secreta era confundirlo para emplearlo en la matanza de los cristianos, ejercicio que los japoneses practicarían con delectación. El propio intrigante desconocía el sentido genuino de los ideogramas que había hecho traducir a un castellano macarrónico: “Si los Dioses ignoran mis rezos debido ha que he sido mancillado por la sangre del ene-

migo, no puedo hacer nada si no es continuar mis actos de devoción sin preocuparme de la mancha. Incluso, aunque los Dioses no aman las manchas de sangre, yo tengo mi propia manera de ver las cosas. No me olvido jamás de mi hora cotidiana de oración”.

Vivero leyó en esos fragmentos la confirmación de su desgracia, el estigma imborrable de su tragedia, el aniquilamiento de toda esperanza. Quizá lo mejor sería entregarse a los poderes nefastos que lo tentaban, abandonarse a la “hierba de cobardía” que crece en el abdomen, resignándose a ser un sicario de oscuros designios. Sintió que su fe se podía perder como había ocurrido con su sangre (si es que no existía más su linaje en la Nueva España). Cuando todo parecía hundirse el monje Keiho, quien era muy apreciado por el shogún y al que el inglés temía sin saber explicarlo, lo visitó en la galera y le dio a leer sus *Reflexiones demenciales*, que había escrito para su yerno Gonojo (traducidas al español por un franciscano); en ellas encontró el brillo del ideograma que se había reflejado en la katana, al principio de su cautiverio: “Cuando el sable está roto, hay que atacar con las manos. Cuando las manos están amputadas, hay que servirse de los hombros. Cuando los hombros están cortados, hay que morder el cuello de diez o hasta de quince enemigos. Esto es realmente valentía”.

El capitán reencontró la calma perdida. Recordó sus oraciones y pensó que en lo efímero del mundo nada podía subsistir, ni la roca en que se asientan los castillos, ni la gema en que se fundan los reinos, ni la flor del cerezo de las pasiones, ni el propio linaje que surge de la carne. Puesto de hinojos, en dirección al Sol, cuando el fulgor de las armaduras iluminaron brevemente su cuarto, repitió con unción: “Señor mío Jesucristo, pues nos redimiste con tu sangre preciosa, escribe en el alma de este tu siervo, tus sacratísimas llagas con tu sangre para que aprenda a leer en ellas tu dolor contra todos los dolores”.

El monje Keiho lo visitó muy de mañana, precisamente cuando una paloma se posó en los barrotes de su cuar-

to, una paloma blanca con ojos bermellones. Le dijo: "es bueno considerar el mundo como un sueño. Cuando se tiene una pesadilla, al despertar, uno dice que sólo era un sueño," y a continuación "no hay que olvidar lo que significa Ilusión, en japonés los magos indios se llaman *Gen shu sushío* "ilusionistas". Luego le aconsejó que se aplicara un método secreto para contrarrestar la intoxicación provocada por la resina diluida que aun lo obligaba a ingerir el inglés, le recomendó que colocara saliva sobre los lóbulos de sus orejas, respirara profundamente y rompiera un objeto entre sus manos. Luego le pidió que sin temor empleara cauterios de moxa, que a Vivero le parecieron más severos que el cilicio. Al día siguiente le llevó un pergamino en el que pudo leer: "El *Kurofune*, bajel negro, que los cristianos llamaban Espíritu Santo naufragó próximo al puerto de Uraga, en la provincia de Sagami, sin que quedara ningún sobreviviente" (El sexto día del octavo mes del decimotercer año de Keicho), sellaba el documento el dragón verde símbolo del shogún leyasu. El monje comentó simplemente "este es el objeto que debes romper".

Adams se dio cuenta que Vivero había logrado sustraerse de sus redes, que bien podría azuzar la persecución de los católicos o entorpecer los continuos viajes de las naos de Japón a Filipinas y a Acapulco, pero que Rodrigo de Vivero había alcanzado una libertad inaccesible; su veneno, su *oiráu*, su amenaza de ordenar su decapitación, su auspiciada confusión entre la realidad y la pesadilla no habían logrado la humillación de su espíritu, puesto que siempre había estado consciente de que: "Cuando abandonáis vuestro tejado, entráis en el reino de los muertos; cuando abandonáis vuestro umbral, encontráis al enemigo".

En la noche, el agente sufrió de un ataque de fiebre y a la mañana siguiente se le abrieron pústulas en el rostro, que no logró ocultar ni embozándose y que hicieron que el shogún leyasu se llevara discretamente un "pañuelo a la nariz" para no ver el polvo, según explicó a sus corte-

sanos, cuando en realidad pretendió atenuar el hedor sifilítico del protestante.

Como último dato de esta historia (¿ilusionista?) el monje Keiho consignó en los anales del monasterio Tokonoma de las islas septentrionales que un bonzo había ingresado en él; en la era de Keicho. Lo distinguían sus ojos llameantes, su porte como ya ido del mundo, su cerrada barba negra, luego agregó que había «desaparecido un día de la tierra sin mayor anuncio o novedad». William Adams murió en el bajel fletado por el shogún en viaje a Luzón. Su cuerpo putrefacto fue arrojado al mar, el mismo día, por los marinos japoneses sin ninguna ceremonia.

## UNGERN-KHAN

“Su enorme pasión redujo a cenizas todos los elementos humanos, y desde entonces sólo le quedó la voluntad sobrehumana, situada más allá de la vida y de la muerte”.

Julius Evola sobre *Yo ordeno (Lucha y tragedia del barón Ungern-Sternberg)*  
de B. Krauthof.

Los ojos azules acerados del barón Ungern-Sternberg se cerraron como si un sable turco los hubiera cegado, y su cuerpo se desplomó en el campo del honor, alcanzado por un pistoletazo del oficial de la caballería cosaca con el que se había batido en un duelo inevitable; las líneas negrísimas de sus cejas parecían las alas heridas de un cuervo; la bala de su contrincante—quien sufriera también graves heridas de las que jamás se repuso—, había rozado su cabeza, quedando un pedazo de plomo incrustado en su cráneo como si un hierro candente lo hubiera marcado, como acostumbraron hacer los bolcheviques con los rusos blancos prisioneros.

El joven noble presagió en su dolor el que sufriría el águila imperial bicéfala de los zares, cuya caída parecía por aquel 1910 poco probable para la vista ordinaria, aunque ya había sido profetizada por un genio eslavo en *Endemoniados*, pues es bien sabido que el hombre ignora “a qué distancia vuela de su perdición”.

En el amanecer, cuando se escuchaban los últimos gritos de los juerguistas del *kuren*, habiendo corrido el vodka abrasador —que ignorarían los pobres latinos— por las gargantas de los guerreros, el barón postrado sobre una piel de yack, escuchó las salmodias de los popes, revestidos de sus casullas de oro claro, llevando en alto las cruces y los íconos que bendecían la bravura cosaca de diversas asechanzas como la traición polaca, la crueldad tártara, la astucia judía y la fe herética de los armenios. Por un momento, aún consciente, pudo recordar su vida de cadete en San Petesburgo: los fastuosos bailes de una nobleza frívola; el rebotar contra los grandes espejos de los corchos de las botellas de champán; las grescas en la academia; el son de la fajina elevándose lúgubre sobre una oscuridad tenue en el campo de prácticas; los misteriosos ritos de la Logia Cónsul, cuyo sentido era unir “el azar, el destino y la providencia”, en la realización de la “obra regia” en cada hombre, por la cual pudiera ser “llamado rey en los instantes culminantes de su orden personal existencial” sin que presintiera, en ese momento, que en las sagas mongólicas-tibetanas sería coronado como *Rey del mundo*.

Mas la herida lo molestaba, como si dentro de su cabeza volara un avispero enfurecido; con un esfuerzo que lo dejó exhausto, alcanzó a mirar el rostro de una mujer de ojos de azogue que irradiaban una luz metálica antes de que volviera a desfallecer, como si la bala cosaca, llevada a la mala como la herida arterial de un sable turco, lo cegara con la presencia eterna de la noche. El barón Román Fiódorovich von Ungern-Sternberg creyó que había perdido la vista como los bandurristas viejos y desharrapados que contaban las hazañas cosacas alrededor del fuego que ardía cerca de las carretas en el campamento. (Nunca sabría que al cabo del tiempo un escritor francés de apellido Destouches —calificado de “maldito”—, sufriría durante toda su vida, de persistentes dolores de cabeza, como los que le aquejaban, produc-

to de una lesión en la Primera Guerra Mundial, en cuyo epílogo rojo él intervendría de manera decisiva).

El barón era atendido por una curandera de estirpe chamánica, emparentada con el adivino mongol Gotchu, cuyo antepasado anunciara al pueblo nómada del desierto del Gobi que el Eterno Cielo Azul había designado al caudillo Temutchin como el Gran Khan, que sería conocido en la historia como Gengis Khan. La mirada de azogue recorrió el rostro ensangrentado del descendiente de los caballeros teutónicos, interpretando su herida como una de las pruebas que el destino le exigiría en la ruta de los dioses. Consideró imprudente hablarle, entonces, de lo que había leído con sus ojos muertos que miraban más allá del "mundo flotante", para revelarle los signos de la gloria y del martirio.

Dedicada por entero al cuidado del joven cadete, empleó por ello remedios secretos y alimentándolo, aun contra su voluntad, con el espeso *kumys*, la leche de yegua que se guarda en odres de cuero, que los mongoles tienen en gran aprecio, no permitió que se le aproximara, ni siquiera uno de los popes, sabio en medicina, aunque los cosacos se quitaran a su paso, respetuosos, sus gorros negros de piel de cordero, de plato de oro; el sacerdote ortodoxo reconoció una ominosa advertencia en los ojos de la curandera, cuya mirada de reflejos de plata lo intimidó a tal grado que, durante esa noche oró con fervor ante un ícono para conjurar cualquier maldición pagana que pudiera llevarlo al infierno. Así se mantendría en abstinencia de la carne hasta que su joven esposa, -cansada de sus evasivas-, demandó en la *dascha*, que tomara su cuerpo desnudo, bañado por el rocío, que anunciaba la aurora, de acuerdo a lo que en la Tradición se conoce como el "árbol del dulce rocío".

Los mismos cosacos quienes muchas veces curaran sus heridas bebiendo una carga de pólvora mezclada con aguardiente, se asombraron de la recuperación del duelista. Sin embargo, la salud que empezó a recobrar Ungern-Sternberg no fue nunca completa pues durante

toda su vida padeció fuertes dolores de cabeza e incluso ceguera temporal, como si la bala hubiera estado envenenada y su sangre contaminada reabriera la peligrosa herida. La curandera no logró, pese a su sapiencia, desprender el pedazo de plomo incrustado en el cráneo, que el barón llevó de por vida como un clavo ardiente, tanto en el invierno como en la primavera. A lo largo de su restablecimiento, las visitas de la curandera fueron espaciándose hasta no acudir más al lecho del enfermo, lo que provocó suspicacias entre los cosacos y un profundo temor del pope que llegó a considerarla una aparición de las hechiceras de los bajos del río Dniester, las cuales solían engañar a los mortales o provocar naufragios y catástrofes para apoderarse de las almas desesperadas.

El cadete de San Petesburgo, quien ingresó al cuerpo de caballería cosaca, había prestado escasa atención a la curandera, ensimismado en reconstruir su propia historia y visiblemente aliviado por no tener ya que ingerir en ayunas la leche de yegua que le llevaba religiosamente la mujer cada día de su tratamiento. En una noche, cuando menos lo esperaba, el barón descubrió el signo de la guerra ondeando en el azogue refulgente de los ojos de la curandera y, cubierto con una piel de oso, intentó descifrar el enigma que se atravesaba en su camino, como un lobo de la estepa que clava sus colmillos en los soldados dispersos, de los ejércitos vencidos, durante las noches de luna llena. A ello se abocó sin obtener ningún resultado. Convertido al budismo, desde que su abuelo adoptó el camino o *do* del Vacío, en una visita que hizo a la India, el joven se preguntaba sobre el sentido de su duelo, sintiendo que el demonio de la cólera le había jugado una mala pasada de la que tendría que aprender, para no descargar su ser en el deseo impuro. Tendido en las pieles de yack, pasó revista a la historia de su linaje que se remontaba hasta el siglo XIII, en las raíces perdurables de la genuina nobleza.

Sujeto a un reposo obligado, repasó diversos episodios de su vida familiar que quizá le indicarían, —en la senda

de la transmigración— el significado de su pasado y de su futuro. Así, creyó ver el rostro de sus antecesores, —sometido a la pertinaz tortura del ruido incesante en sus largos dolores de cabeza—, que únicamente podía calmar al tomar efusiones de la *yerba tibetana*, que crece a más de cinco mil metros de altura, en el Himalaya, y cuyas propiedades atemperan los dolores y, en ocasiones, provocan visiones semejantes al tercer ojo de los lamas, si bien su exceso puede conducir a estadios de locura o a levitaciones involuntarias. Observó en trance, —luego de haber ingerido tres tazas de tibetana—, los estandartes ensangrentados; las armaduras que como huesos de hierro se esparcían por el campo de batalla, el cuerpo de uno de sus ancestros, perteneciente a la Orden Teutónica, quien fuera quemado dentro de un buey de cobre en la plaza de los suplicos, en Varsovia, no muy lejos de la sombría “calle Sucia y calle Judía”, como se le conociera, con sus tendajones de madera completamente ennegrecidos y con múltiples pértigas saliendo de las ventanas donde nunca entraba el sol. Después de esa experiencia sólo volvió a tomar la efusión cuando en una “operación de comando” rescató de su cautiverio al dios-viviente del Tibet, mas el efecto de la *yerba tibetana* se activaría de forma inesperada cuando lo asaltaba su pertinaz migraña.

En una noche en la que padeció de delirios, donde se mezclaron sus facultades acrecentadas de visión con el zumbido en la cabeza que lo acompañaba con el dolor hasta paralizar parte de la cara, vio cómo los polacos, luego de decapitar a otro de los caballeros—, de los que había heredado la sangre del fuego y de la guerra—, lo desollaron para rellenar su cabeza de paja y exhibirla en las ferias. El barón, en sus estados febriles, —potencializados por la *yerba tibetana*—, confirmó que su raza estaba destinada a dar testimonio de verdades ruinosas e incomprensibles para aquellos que “contemplan el mundo y cuanto en él ocurre hurgándose con el dedo la nariz”.

Así, llegó –por los efectos secundarios de la *yerba tibetana*– a extrañar a la curandera, pese a que no le acabó de gustar la idea de tener que tomar más odres de *kumys*. En el atardecer, cuando la algarabía de los indomables *zaparogos* resultaba insoportable, estimulada por los ríos de vodka que habían corrido en el campamento, el retumbar incesante del ruido en su cabeza y la pérdida de la vista que fluctuaban parecieron doblegar su espíritu, harto ya de una existencia valetudinaria. Al dormir tuvo una revelación que lo liberó de sus pesares, como si fuera un bálsamo milagroso: unos ojos verdinegros, una cabellera larga y sedosa, unos hombros blancos y delicados; en esa mujer desconocida intuyó que se encontraba el remedio de su impaciencia, un viaje definitivo en su vida y el temple necesario para no desmoralizarse de su salida del cuerpo de caballería cosaco.

Al amanecer sobre el campo, mientras, roncaban a pierna suelta los fornidos *zaparogos*, creyó distinguir en el azul clarísimo la cruz teutónica, el águila bicéfala del imperio del zar y un sello misterioso que parecía llamarlo al desierto del Gobi, (los popes, con sus ojos legañosos, únicamente observaron desde las ventanas redondas de la iglesia un cielo despejado). Expulsado finalmente de la caballería cosaca, emprendió un viaje a las extrañas tierras que se le habían mostrado en sueños, acompañado por su perro de caza Misha.

En su marcha a la antigua Mongolia, Ungern-Sternberg no dejó de añorar la briosa existencia cosaca, arrepintiéndose de que su temperamento lo hubiese conducido a tomar demasiado en serio la broma de un *zaparogo*, como si ignorara que el alma cosaca es una mar tempestuosa y que sus expresiones estaban muy lejos de la urbanidad de la escuela de cadetes de San Petesburgo. Sin embargo, su práctica del *za-zen* y de ejercicios tántricos, lo protejieron de “el castigo que sigue a la culpa como la sombra al cuerpo” para creer en la ley del *karma*. Durante las noches en que acampaba, luego de dar el pienso a su caballo blanco y gruesos trozos de carne a

Misha, que sería para el joven aristócrata como su hijo y su hermano en un sólo ladrido de lealtad, recreó la agitada vida del *kuren*, sus francachelas, las casas coloridas con puertas bordeadas de adornos, las paredes cubiertas de arcilla de donde colgaban sables, látigos, cuernos de pólvora, redes para pescar y en el centro de la casa, junto al fuego del hogar, un cirio encendido permanentemente frente a la imagen de un ícono. El barón se conmovió al recordar los prolongados ritos de la iglesia ortodoxa y la devota fe cosaca. Extrañó, igualmente, el brillo del *bulat*, —el sable turco hecho del mejor acero—, los cinturones bordados donde solían llevar un par de pistolas, las cabezas afeitadas de las que colgaban largas trenzas de cabello de casi medio metro de longitud, los *charovari* de fino paño manchados de alquitrán, así como su arrojito marinero que los hacía enfrentar en frágiles barcas, de dos timones, a las galeras turcas, (barcas cuya ruta trágica marcaría en su vida el desasimiento definitivo de todo lo terreno).

En los atardeceres en los que se extendía la inmensidad de la estepa, cuando principiaba ya la pradera mongola, en el púrpura y ocre de las nubes desgajadas, Ungem-Sternberg vio, al acrecentarse la penumbra, el surcar del rayo en el horizonte, como si éste anunciara en la súbita luminosidad “del Logos hiriendo las tinieblas”, el fuego celeste capaz de sellar las grietas del abismo en donde el Dragón Rojo se preparaba a despertar. Mas el barón estaba ya en la sagrada tierra de Mongolia.

Las experiencias que había sufrido marcaron su rostro. De frente amplia, la herida de bala había vuelto más pronunciada una entrada que tenía en el lado derecho; una barba de candado acentuaba la fuerza de su mentón, portando en el lado izquierdo de su uniforme la cruz de la Orden Teutónica y en el derecho el águila bicéfala; sus ojos, más penetrantes, conservaron el azul acerado pero éste daba la impresión de ser tan cortante como un puñal mongol. El barón, sin advertirlo, se había dirigido a las orillas del lago Baikal, en donde encontró una partida de

caballería mongola que en sus veloces caballos tártaros lo condujo a Urga, la capital, donde se reunió —en el camino a las montañas— con el Buda-vivo Kutuktu, máxima autoridad del lamaísmo mongol, en el monasterio de Zhaxi Lhumbo, en donde los monjes conocían los secretos de la *yerba tibetana*, que solían ingerir para desarrollar el poder del rayo y de la destrucción de las formas materiales, o bien, para levitar durante la siesta.

Kutuktu había abandonado las vestimentas sacerdotales tibetanas para ceñirse un casco de cuero de combate y una armadura forrada con pieles de yack; su figura diminuta, casi ingrávida, parecía bañada por los rayos dorados del techo del mundo; sus pequeños ojillos oblicuos percibieron, claramente, que se encontraba ante un hombre que había cultivado las virtudes del *siddhi*, de quien es capaz de establecer una superioridad inalterable e incomunicable, fuera ya de los límites “humanos”, podría, así, dominar facultades que no siguen la ley de la naturaleza sino que —la pliega, la cambia, la deja en suspenso hasta alcanzar la liberación del Hombre-dios—, situado más allá de todo precepto, manteniéndose puro e intacto aun cumpliendo acciones cuya sola idea bastaría para perder a los hombres ordinarios. Le encomendó la protección del *vajra*, el cetro del diamante-rayo, necesario para trascender y sostener el eje del mundo, —aun mediante la vía del sacrificio—, nombrándolo comandante de la caballería mongola.

El Buda-vivo, Kutuktu, enterado de los desórdenes que se habían producido en China, fundó en Mongolia un régimen monárquico “cuyas acciones estarían dirigidas hacia lo Alto” y cuyo protector fue, precisamente, Ungern-Sternberg quien, durante su estancia en la escuela de cadetes de San Petesburgo, había sido iniciado en la Logia Cónsul, integrada en su mayoría por nobles afines a la Emperatriz Alejandra, la cual en su correo confidencial recibió la información de que uno de los cadetes estaba abocado a la realización de grandes empresas; la zarina le envió como señal de reconocimiento una caja de

plata con el escudo imperial, que la fina mirada de Kutuktu enseguida logró identificar, mas su sabiduría, cuya esencia procediera de un cambio en la naturaleza, lo que correspondía con los objetivos de la Logia, cuya "idea (es que) el rey es el hombre asumido por lo solar, llevado a las condiciones ideales de lo áureo, es decir, salvado y eternizado", por lo cual el jefe espiritual de los mongoles estimó necesario que poderes afines al lamáiismo confirmaran la apreciación de la nobleza rusa. El Buda-vivo envió al barón al lago Baikal, lugar bendito para los mongoles pues a su vera, en tiempos remotos, se había establecido el *ordu* de Gengis Khan.

El comandante en jefe de la caballería mongola se dirigió presto con las tropas de élite de la recién restaurada monarquía, portando como reliquias una daga que perteneció a Gengis Khan (al que llamarían en Occidente el Preste Juan) y un manuscrito en la lengua secreta del Tibet. En una modesta tienda lo esperaba una mujer, que los últimos acontecimientos le habían hecho olvidar. Al entrar, lo primero que vio fueron los ojos de azogue de la curandera que lo había salvado de sus heridas en el campamento cosaco; como hechizado, se sentó frente a ella. La tienda se había quedado solitaria, la caballería mongola se retiró temerosa de que la curandera Bortai, de edad indefinible, fijara en alguno de los guerreros su mirada de mortal brillo.

Al tocar sus manos de hierro, la curandera -descendiente del adivino Gotchu- entró inmediatamente en trance y reveló lo que había callado, cuando el barón, malherido, yacía sin esperanza en su lecho en el *kuren* cosaco: "Veo al dios de la guerra. Cabalga sobre un caballo gris o blanco por nuestras estepas y montañas. Vas a gobernar un territorio enorme, ¡oh dios de la guerra blanco! Veo sangre... mucha sangre... Un caballo... (siguió un balbuceo y exclamaciones en una lengua secreta) Mucha sangre... sangre ... no veo nada más. El blanco dios de la guerra ha desaparecido". El Buda-vivo, Kutuktu, se enteró de la transcripción exacta de las palabras de la pro-

fecía mientras el barón expulsaba a los invasores chinos, siendo proclamado por los mongoles *Khan de la Guerra* (*Kan-Chian-Chun*). En su tienda ondearía el estandarte con las nueve colas del yack, símbolo de su condición.

Ungern-Sternberg había pasado prodigiosamente de la juventud a la madurez, retirándose a los montes Altai, donde practicó ejercicios de concentración en la nieve, meditando en largas marchas por el bosque. Kutuktu recibió una petición expresa de la Emperatriz Alejandra para que el barón cumpliera una misión muy importante en Europa, relacionada con la Logia Cónsul. El Budavivo lo dejó partir; con una gran aflicción en el corazón, pues él sabía mejor que nadie lo que fatalmente ocurriría cuando el Dragón Rojo abriera sus fauces.

Viajó entonces a Alemania, pasando antes por Austria. Los inspectores de las aduanas, congelados por su mirada, no se atrevieron a pedirle ningún documento, pese a la inminencia de la guerra y a los continuos viajes de agentes subversivos por toda Europa. En Alemania trató inútilmente de entregar al Káiser un documento de la Zarina quien, apelando a su parentesco, le suplicaba que por ningún motivo permitiera la entrada de Vladimir Ilich Ulianov (Lenin) en Rusia; mas la corte prusiana miró con desconfianza a este noble ruso-mongol, ofuscada por su olor a yack, por sus extraños tés de la *yerba tibetana* como por su actitud despectiva ante los ejércitos modernos y la impersonal "guerra de materiales". Al fracasar en su propósito, quedó persuadido de que Eurasia tenía el deber sagrado de invadir Occidente y destruirlo hasta que no quedara "piedra sobre piedra" de su civilización como una acción ejemplar de la "barbarie". Cansado de la estupidez prusiana, aguda como el remate de sus cascos y ostentosa como sus penachos, viajó a París para mandar un último correo a la Zarina. En el Hotel Signum, repleto de nobles rusos, el barón ordenó que le fueran servidas dos botellas de arika, el aguardiente mongol, del que resisten muy pocos vasos aun los más empedernidos

bebedores. Por medio de la embriaguez trató de que el "hombre sombrío", sustancializado de "pecado", fuera aniquilado por el fuego espiritual, liberándose de toda atadura como lo había logrado en el monte Altai. Tomaría así vaso tras vaso de arika, queriendo olvidar al Káiser, a Lenin, al Occidente podrido y soberbio. Cuando su vista empezó a nublarse, miró con atención los ojos verdinegros de una dama; eran los mismos ojos que lo rescataron de su postración, hallándose herido y desesperado. El mismo cuello blanco. La misma cabellera que apareciera en sus sueños. Alcanzó a levantar el vaso rebosante de arika en honor de la dama y ésta le sonrió... Fue lo último que logró recordar hasta que, al despertar en la mañana, la dama se acercó para saludarlo; el barón le besó la mano y supo, en ese mismo momento, que Laura sería la mujer de su vida.

Instalado en el Hotel Signum de París, lo sorprendió el estallido de la Primera Guerra; fiel para con el zar y siendo mensajero de la Emperatriz, haría rápidamente los preparativos necesarios para regresar al Imperio amenazado. Mas el servicio de inteligencia germano le seguía los pasos, corriendo el riesgo de que si cruzaba Alemania lo más seguro sería que lo tomaran prisionero por ser oficial de un ejército enemigo, y además, correo de la Zarina con el Káiser. Decidió entonces emprender un viaje arriesgadísimo con su amada Laura (que la historia inexactamente conoció como Daniela). Cruzó el Mar Báltico en una pequeña embarcación, muy semejante a las navicillas con las que los cosacos se arrojaban al río Dniéster, en sus intrépidas incursiones, pero como ya lo anunciará su ciega admiración por las hazañas marineras, la tragedia lo aguardaba con la crueldad implacable que le está reservada a los elegidos. La barca de dos timones naufragó bajo la tormenta y aunque el barón trató de salvar a Laura, ésta fue tragada por el abismo como si prefigurara el destino de Rusia. Dejando en sus manos una cruz bizantina. Si alguna prueba faltaba en su gradual superación de los límites humanos, en que el fuego hace ar-

der toda atadura, su dolor sería dominado por actos continuos de voluntad, como era visible en el propio rostro de Ungern-Sternberg donde se reflejaban el tormento, el fuego y, finalmente, la purificación.

A su llegada a Rusia había estallado la revolución bolchevique. En Mongolia las cosas no eran mejores. El Buda-vivo Kutuktu, símbolo de la máxima espiritualidad, había sido arrestado por los chinos y puesto bajo estricta vigilancia en la ciudad de Urga. Al tiempo que organiza la resistencia de los rusos blancos, formando la División Asiática de Caballería con antiguos camaradas cosacos y pueblos siberianos sobre todo buriatos, trataría de articular fuerzas con el atamán Semiónov y el almirante Kolchak.

Se enteró, él, al que ya no tocaba el polvo del mundo, del asesinato de la familia imperial en la casa del ingeniero Ipatiev en Ekaterinenburg. El mismo *Khan de la Guerra* ignoraba que, al cabo del tiempo, los Romanoff se impondrían a sus verdugos, pese a los intentos de un oscuro burócrata llamado Boris Yeltsin, quien ordenó la demolición de la casa donde se perpetró el sacrílego regicidio, a la cual acudiría el pueblo ruso para rendir veneración a sus verdaderos Señores. Situado ya fuera de las dimensiones humanas, nada pudo perturbarlo, mas quiso elevar al Eterno Cielo Azul un sutra por el alma de la familia imperial. En ese tiempo, el formidable guerrero se hacía acompañar por el sello de Gengis Khan, -la swástica-, símbolo del polo, del centro inmóvil, "último faro del destino", así como por un ícono de ciprés del convento de Méjigorsk. Los bolcheviques sufrieron la terrible eficacia de la División Asiática de Caballería, cuando ya en el extremo oriente el atamán Semiónov era cercado por las hordas rojas y el almirante Kolchak era derrotado. En los escasos momentos de descanso en su campaña, el barón comprendió la trascendencia de la misión que le había encomendado la Logia Cónsul en Alemania y maldijo al Káiser como responsable moral de la muerte de la Emperatriz Alejandra y de la familia im-

perial. Mas los acontecimientos se sucederían vertiginosos, pues el Dragón Rojo se había convertido en el dueño de la tierra y la Santa Rusia estaba irremisiblemente perdida (hasta que llegue el tiempo de su resurrección).

Decidió penetrar en Mongolia para reagrupar a las fuerzas blancas y restituir a Kutuktu al trono lamaico. Con los restos de su División y practicando la imbatible táctica del "giro del estandarte" que tantos triunfos le diera a Gengis Khan, asaltó la ciudad de Urga, donde una poderosa guarnición china tenía en cautiverio al Budavivo. La operación, realizada con un puñado de hombres, venció al destacamento de la fortaleza y por, un tiempo breve, el *Tug* o bandera blanca de los mongoles —con el emblema del halcón y los cuervos con nueve plumas sobrepuestas— ondeó como símbolo de la monarquía restaurada. Los mongoles practicantes de las escuelas tibetanas de la "creación de dioses", lo llamarían *cakravartin*, esto es, *Rey del mundo*, título destinado para aquel que se convierte en soberano; también lo conocerían como Ungern-Khan. ("Principio reinante, suprema conciencia, virtud del juicio y del autodomínio" según su iniciación en la Logia Cónsul). Sin embargo, los chinos apoyados por los bolcheviques asestaban los últimos golpes mortales a los residuos del Movimiento Blanco, apoderándose de Urga y haciéndolo prisionero.

El 12 de septiembre de 1921 ocurrieron varios hechos: el barón Ungern-Sternberg fue fusilado. Esa misma noche, en un bosque próximo a la casa del ingeniero Ipatiev, el verdugo bolchevique Yurovski se suicidó. En las orillas del lago Baikal, la curandera Bortai, de mirada de azogue, quedó ciega para no seguir viendo el horror del mundo. En el monasterio lamaico de Zhaxi Lhumbo, próximo al techo del mundo, el estandarte con las nueve colas del yack, plantado sobre la nieve reflejó una swástica, en el sol de medianoche, como prueba de la desencarnación del *Khan de la Guerra*.

Los bolcheviques ignoraron en su orgía de sangre que los dioses son inmortales, puesto que es invulnerable

aquél que posee el conocimiento trascendente; torpemente creyeron que Ungern-Khan había muerto bajo las balas de sus fusiles. En los atardeceres, cerca de los bosques del monte Altai, donde el barón solía retirarse para sus ejercicios espirituales, en los *ordus*, alrededor de la fogata, los mongoles tomando vasos de arika contaban cómo el espíritu de Wan Kang, conocido como el Preste Juan, había encarnado en el dios blanco de la guerra y cómo éste que permanece "dormido", en una cámara de oro del monasterio de Zhaxi Lhumbo, retornará alguna vez a las estepas. En el techo del mundo el estandarte con las nueve colas de yack sigue en pie, congregando en secreto a los hombres "elegidos y sacrificados", a los "llamados a ser Khanes o a secundarles". Recientemente, un monje tibetano escribió una carta al Dalai Lama por este motivo, cuando creyó ver en la oscuridad de las montañas del Himalaya, -girar el emblema del halcón-, en la altura de las cimas nevadas.

## EL MANUSCRITO DE JOHN O'REILLY

“Yo, que he escrito esta historia,  
o más bien fábula, dudo de muchas cosas...  
porque algunas de ellas son invenciones de demonios,  
otras son creaciones poéticas de la imaginación,  
unas son verosímiles, otras no, y algunas otras  
para deleite de locos”.

*Saga de Tain*

El viejo profesor examinó el baúl de acero empleado en viajes trasatlánticos, convertido en su biblioteca náutica, dando término a la exhaustiva tarea de revisar sus archivos, ordenando los papeles que enrarecían más el aire de la buhardilla. Sus gafas de armazón negro, su orgulloso origen mixteco, sus libros incendiarios contra los próceres, su elaborado autismo frente a la degradación irremediable: la pérdida de las almas, las calles invadidas de *punks* chichimecas que sitiaban su azotea, —heroica alcazaba del espíritu—, rodeada de antenas junto a los cuerpos inválidos de los tinacos plantados como soldados grises.

Su cabellera blanca, corta, peinada hacia atrás, reflejaron el moreno de sus manos en los rayos que intermitentemente cruzaban una sartén de cocina. El pelo blanco y la piel oscura, los trajes desgastados de solapas angostas, el entusiasmo intacto, atrincherado en la historia, separado del mundo como si su alma se hubiese desprendido

hace tiempo de la rutina, supuestamente apacible, de corrector de una vieja imprenta.

Así, durante sus fatigosos viajes en camión, acostumbraba llevar consigo un volumen de Lucas Alamán, como queriendo forjar un escudo frente a los murmullos de los hocicos de rata, las minifaldas insinuantes de las secretarías, los olores mezcla de colonia "Sanborns" y de mugre de varios días de los burócratas de medio pelo y de oficinistas rastacueros, los estudiantes con los libros rotos apestando a "pachuli", cuando el sudor cubría las frentes sucias de los "usuarios", en las que tenía que sostenerse, —de una agarradera— en un difícil equilibrio para no dejar caer el libro sobre las nuca desaprensivas de los pasajeros que escuchaban música tropical; sus visiones delirantes confirmarían los temores sobre la inminencia del desastre. Revisó el baúl, que alguna vez cruzó el océano, en andariegas grandezas crepusculares, venido a sus manos por vías misteriosas para sustituir a unos huacales improvisados como anaqueles. En sus gavetas, en el portatrajes, en el maletín, —en que se dividían las secciones del cofre—, se encontraban los últimos manuscritos que levantó como la esbelta torre que con arduos sacrificios había construido su austera erudición, ganada a pulso, desde un México espectral —concentrado en su pasado—, sujeto a la condena de la muerte erguida de los rascacielos que dominan con sus moles la mortecina ciudad, ya irreconocible, bajo las ciclópeas sombras de sus edificios de "pastiche" posmoderno.

De esta forma, se abstraigo de las voces que cruzaban sirvientas gárrulas, del ruido incesante de una transmisión en inglés, de los sonidos monocordes de una polca norteña cantada por los Tigres del Norte.

El baúl, que encerraba en su estructura de acero la crónica itinerante de una aristocracia desaparecida, está sellado con un gran candado. Por un momento piensa en los estibadores negros que alguna vez lidiaron con su peso, en el azul del Mediterráneo, cuando viajar representaba una aventura oceánica. Agradece silenciosamente la

pertenencia a su casta, elevando una plegaria a la Guadalupana, quien lo salvara de los altibajos cimarrones. Revisó un manojo de llaves y la más grande, medio herrumbrosa, fue la que sirvió para abrirlo. Halló papeles dispersos: Octavillas ya amarillentas de la *Liga de la Defensa Religiosa*; un número de *Cine Mundial* con la noticia de la muerte del cantante de "boleros rancheros" Javier Solís; algunos ejemplares de la *Hoja de Combate* y de un boletín español, estos últimos obsequio de uno de sus contados discípulos, el cual había perdido deliberadamente cuando discutió con él sobre la "naturaleza diabólica de la idea de la revolución", —citando a Joseph de Maistre—; polémica ríspida que acabó por irritarlo debido al contenido de *Sin Tregua*, cuya ideología nacional-revolucionaria le indigestó los chiles en nogada que terminaba de comer; apelando sin proponérselo a los trucos de la memoria, que lo indujeron a traspapelarlo, extraviado desde entonces con la escrupulosidad de las siete llaves, que el AntiCristo entregará, en las postrimerías, a los poderes de la usura, mismas que mantienen cautiva a la Bestia hasta el advenimiento del Apocalipsis.

El material encontrado no era de gran interés, fuera del boletín que proponía el derrocamiento del Estado de Supermercado del socialismo "español", junto con las primeras ediciones de la colección "México Heroico", de la editorial Jus, retiradas de la circulación desde el cierre de la Librería Nave, al estimarse que ya no era conveniente seguir agraviando a los próceres de la facción liberal. Un tanto desalentado, vació cada cajón del baúl, limpiando el polvo espeso, nutrido por la incuria, persistente como la nube negra de la reacción, atrapada en los confines de un círculo de hierro.

Abrió el maletín colocado bajo el portatrajes, en él descubrió un grueso manuscrito firmado de puño y letra por John O'Reilly. El nombre le resultó familiar, ya que había leído las hazañas del Batallón de San Patricio y su participación en la guerra contra Estados Unidos en 1847. El viejo profesor registró con atención datos históricos, in-

verosímiles para quien no ha sentido la indignación que produce la mentira, saturado de recuerdos pantagruélicos en los que cabían las más prominentes figuras de la turbia historia independiente, desde aquél que, a juicio del Nigromante, fuera "el más despreciable de nuestros personajes". En el tiempo transcurrido había visto mellarse los colmillos que anteriormente clavaba en la yugular de sus enemigos, -en su retiro de eremita, acosado por las furias de la irresistible decadencia nacional- se sintió sumergido bajo una ola inmensa de fango, que arrastraba con ella entre medallones históricos su propia vida.

Mas el nombre resultaba demasiado irlandés y se dijo, para sus adentros, que debía ser un homónimo del capitán de las dos compañías que hicieron causa común con los indisciplinados mexicanos, cuando se produjo el conflicto en el que el país perdió más de la mitad de la parte más rica de su territorio. Se le ocurrió entonces que ese nombre era como él, cosa del pasado, de lejanos e irrecuperables tiempos, cuando en las manifestaciones sinarquistas, los campesinos de huaraches y calzón blanco, entonaban el himno *Fe, sangre, victoria* haciendo eco a los oradores que clamaban contra los "cabrones gringos protestantes"; expresiones anacrónicas, motivadas por un injustificado recelo, inadmisibles al término del siglo, en que los encabezados de la prensa, que a veces solía ver de prisa para no mirar las fotos de las modelos rubias, mostrando su desnudez aria, o bien, las portadas de jóvenes atléticos que se ofrecían en los puestos de periódicos a la lascivia de los muy "machos" mexicanos, donde se anunciaba el futuro de una próspera asociación con los antiguos enemigos, según los principios de la "economía libre de mercado".

El nombre de O'Reilly lo hizo divagar en sus vastas lecturas, se distrajo y observó el grueso volumen de *La Flama* de José Vasconcelos. Mas su ánimo, "inasequible al desaliento", se sobrepuso al estridente sonido de la música nortea que un albañil escuchaba complacido en

la azotea. Ha dejado de ser el gallo de su juventud, que a punta de pistola andaba por las rancherías predicando la verdad histórica, perseguido por caciques, odiado por los propios obispos, quienes temían que sus arrebatos los condujeran a la confrontación, si se puede vivir con sensatez mientras los ricos entreguen los diezmos y el pueblo engorde las alcancías con sus limosnas.

Se colocó unos algodones en los oídos, cerró los ojos y se resignó; mas la cólera se manifestaba en el temblor de sus manos morenas. Respiró hondo y se dio a la tarea de examinar el manuscrito, mismo que alguien le confiara en alguna de las catacumbas donde se dedicó a lo que él llamaba con loco orgullo "lucha cívica" y el gobierno "sedición".

Sus recuerdos deshilvanados le señalaban, una vez más, la corrupción de la carne, la fragilidad de la memoria, la falsa grandeza humana condenada a retornar al polvo. El nombre de John O'Reilly le permitió adentrarse en lo que sería la mirada de un oaxaqueño sobre la verde Erin. Los gaélicos de alguna manera, podían equipararse con los antiguos pobladores de América, gentiles y dados a ritos demoníacos, aunque los aventajase en ferocidad "Huichilobos". Ellos, también, requirieron de una intensa evangelización. De sus sagas se conocen —afortunadamente muy pocas— ya que los monjes, razonó, tuvieron el buen tino de dejar que se olvidaran; al contrario de los frailes españoles, —"varones purísimos"— tan dados a reconstruir las leyendas y costumbres de los aborígenes y "así se ha pagado a España", reflexionó con pesar el viejo hispanista mixteco, "mas quien desconoce la historia, es como una criatura indefensa abandonada en la selva", recapacitó citando a Bulnes.

Se desesperó de su falta de concentración agravada intermitentemente por el toque monorrítmico de la redoba norteña. Se propuso rastrear en su vida las huellas invisibles de Irlanda, que valieron a los colorados del Batallón de San Patricio la horca y la humillación en la Plaza de San Jacinto, cuando la resistencia había sido

ya vencida por el "católico" general anglosajón Winfield Scott, —en realidad ardoroso protestante—, quien consideraba a sus integrantes "miserables descarriados".

Pensó en las calles estrechas, sucias, con una capa de aceite de fritangas por las que a diario transitaba hasta su "refugio en las alturas", en Fray Bernardino de Sahagún, rodeado por hoteles de paso que abrían sus zaguanes como una invitación al infierno, por el pulular de diferentes tipos de azotacalles, en la época en que se dedicó a la enseñanza, en las escuelas de los ingratos hermanos lasallistas, siempre escandalizados por su apego a la verdad, entre los puestos de mariscos de San Cosme; las tablas con merengues expuestos a las moscas por los vendedores, dominados por el azar del "volado"; las canastas de tacos sudados con que se alimentaba una clase media rastacuera que viajaba en la línea Mariscal Sucre a la Condesa, Narvarte y la del Valle.

Intuyó que las calles por las que habían deambulado los irlandeses, que huyeron a Estados Unidos —poco antes de la guerra con México— por la hambruna que sufrieron y en búsqueda de un territorio en que pudieran ser fieles al catolicismo, sin persecuciones ni linchamientos. Quizá las calles irlandesas eran aún peores como el cenizal de su azotea. Montones de chozas levantadas sobre lodazales, muros grises, paredes desconchadas, buhones de voz gangosa pregonando bisuterías, borrachos que desquitaban su impotencia injuriando a las mujeres, cantantes populares que asaltaban cualquier esquina. Un pueblo de mendigos, de funámbulos y de bufones. Un pueblo como el que veía a diario transitar, desesperanzado, hambriento, embrutecido, efecto de la "modernización", de la "democracia", y del "mercado".

Lo asaltó, entonces, la remembranza de la ruta nocturna del camión Santa María la Rivera con sus altares de focos rojos con la imagen de la virgen de Guadalupe que en Erie cedía su lugar venerable al culto a San Patricio, que tantas veces había tomado, cuando los lasallistas lo relegaron a la biblioteca, a fin de que no "torturase" a

los alumnos haciéndolos leer pasajes de historia de México, en voz alta, para corregirles con severidad sus faltas de dicción. Lo que le hizo recordar que en San Luis Potosí, durante un acto sinarquista, el santo patrono irlandés lo había protegido de graves peligros, cómo lo hiciese con los maltrechos despojos del Ejército del Norte, luego de la retirada mexicana en la Angostura, cuando los yanquis de hinojos imploraban clemencia mostrando sus rosarios ante el empuje de las tropas nacionales. Victoria que, como en Irlanda, se convirtió en una más de las muy nutridas "derrotas gloriosas".

Pese al traca-traca-traca interminable de la redoba, que dominaba por completo la azotea, el viejo profesor de cabellera plateada reconstuyó su juventud con la cantera magnífica de las plazas soleadas de San Luis Potosí. Pudo fijar la escena; un mitin navista, apoyado por los sinarquistas, iba a ser disuelto esa misma noche por disposiciones del supremo gobierno. Las tropas vestidas de civil revisaban los máuseres; algunos saboreaban ya la sangre de la "beatería" bañando el kiosco de la plaza; Salvador Abascal aconsejó que rezaran tal como lo habían hecho cuando en Tabasco, afrontando graves peligros *Garridistas Canabalistas*, habían logrado la reapertura del culto religioso. De pronto, quien llegaría a ser un amigo huraño y distante, refugiado en la ciudad sagrada de Kuom en la colonia Guerrero, como un ayatola desoído por la paganidad, desapareció de la plaza. Los hombres más recios empezaron a sentir miedo. El mismo dudaba de la fe del misionero del desierto, del creador de la Colonia Santa María Auxiladora en California para oponerse al avance de los yanquis. Las horas transcurrían, se trajeron hachones de ocote que reflejaban las sombras indoblegablemente fanáticas de los creyentes, como grabadas con las cruces del sacrificio sobre los adoquines. Regresó Abascal. Traía el rostro iluminado, como si hubiera "fumado de la buena", en cada misterio del rosario, según las calumnias que esparcían —sobre la aureola que a veces lo rodeaba— los masones y los rosacruces. Se acercó al

profesor, y éste, engallado, le increpó. Lo miró con mandumbre y en un susurro le confió: "Se me ha aparecido San Patricio, pude reconocerlo porque llevaba un báculo, un trébol y un estandarte verde. Me dijo que nos emboscarán, que nos retiremos y que mañana vayamos a misa y comulguemos".

El profesor comprendió que el futuro ayatola llevaba en sus manos trémulas el cáliz que blandía invisible frente a las carabinas. Se trepó al kiosco. Arengó, casi los obligó a retirarse. Las flamas de ocote permanecieron encendidas hasta consumirse lo que acrecentaba la oscuridad frente al palacio de gobierno. Apenas había pasado una hora, cuando se escuchó el rechinar de los neumáticos y las descargas cerradas contra el kiosco desierto.

Ahora tenía ante sí el misterioso manuscrito de John O'Reilly. Como por un milagro, el incesante golpear de la redoba cesó cual si la promiscua azotea se hubiese convertido en un celibatario. El texto traía brevemente escrita la biografía del autor, lo que a un historiador de su experiencia le pareció sospechoso, pues si el capitán de los colorados había sido condenado al suplicio en el punto en que se cruzaban la cruz céltica con la swástica azteca; el punto de la sangre y de la tierra; el centro místico que brilló en la Plaza de San Jacinto en la hora precisa de su sacrificio, era por lo menos difícil el que su testimonio se hubiera preservado.

Al silencio de la redoba le pareció oír en sordina el ronco redoble de lo parches que anunció la muerte de los irlandeses. Ahí leyó: "John O'Reilly, nacido en Buckingham Street, en Dublín. Viajó a América por el hambre y para practicar con libertad el catolicismo. Fue reclutado con engaños para combatir a los "bárbaros del sur" en la guerra secesionista de Tejas. Siendo uno de los fundadores del condado de San Patricio acogido a la bandera mexicana, arrasado por la apachería. Fracasó en su propósito de hacer de Tejas la Nueva Irlanda. Fue el primero en enlistarse en las tropas mexicanas para luchar contra el ejército mercenario de las barras y las estrellas. Formó

parte oficial del ejército mexicano, juramentó bandera. Estuvo bajo las órdenes del general Francisco J. Romero, jefe de la Compañía de San Patricio. En el Cerro del Peñón, recibió el batallón una insignia blanca con el arpa de Erin, el escudo de México y su nombre bordado en verde. En Churubusco, la enseña del batallón fue la última bandera en arriarse. Su compañero, Denis Conahan, le ofreció confundir al enemigo haciéndoles creer en la existencia de dos capitanes irlandeses. Así pudo escapar de la *Spy Company*, organizada por el invasor con carne de presidio poblana. En San Jacinto, Winfield Scott condenó en realidad a Conahan creyendo que se ejecutaba a O'Reilly. Viajó de Veracruz a Cuba. Retornó a Irlanda. Se ordenó como monje en el monasterio del Castillo de Ossian. Escribió apéndices al *Libro de Armagh*. Rezaba cien oraciones al día y otras tantas durante la noche. Murió en olor de santidad”.

Esta era la biografía que el viejo historiador, un tanto escéptico, acabó de leer. Curiosamente, excluía cualquier referencia a un manuscrito como el encontrado en el baúl transoceánico ¿Había hallado el adversario de los próceres el libro secreto del destino? ¿No se trataría, en realidad, de un ardid en el que el Diabolo es tan diestro? ¿Qué revelaciones podría contener una obra escrita en la celda de un monje-soldado?...

Al seguir revisando el manuscrito, empezó a impacientarse mientras escuchó el taconeo de las empleadas con peinados afro y playeras con leyendas en inglés que llegaban de sus trabajos en las oficinas, subiendo por la escalera de hierro de caracol a la azotea, la cual a sus años no dejaba de representar un peligro. Luego de los breves datos biográficos sobre el supuesto autor, el texto sólo contenía en una página de papel pergamino una cruz céltica dibujada en tinta negra; a continuación, la desolación de páginas en blanco que se seguían unas a otras, inacabables, como el camino de ceniza por el cual cruzaba cada día viniendo de la estación del metro, donde hacía parada el camión, al término de su jornada.

Páginas reunidas para nada; quizá una broma de algún desempleado ocupado en hacer perder la compostura al viejo historiador. Sin embargo, el pergamino parecía antiguo, los caracteres de la cruz céltica estaban cubiertos por una especie de delicada pátina que comprobaba su vetustez. Cómo es posible, –se preguntó–, que las demás hojas estuviesen desiertas, trazando de antemano la crónica del epílogo de su vida, abandonado en una azotea, proscrito por una sociedad apochada, encerrado en la lectura febril de libros como el *Comentario a las Revoluciones Sociales de México* de Antonio Gibaja y Patrón.

Se dijo que había “gato encerrado” y se dio a pensar en las formas en que el capitán de un batallón, escarnecido y torturado por los vencedores, podría desde su celda hacer llegar a los desdichados mexicanos una obra profética, advirtiéndoles sobre los graves riesgos a los que estarían expuestos en caso de no rectificar su rumbo histórico, empeñados, en el afán suicida, de seguir copiando de Estados Unidos sus instituciones políticas. Se sorprendió con la respuesta que le dejara satisfecho: tal vez había escrito el mensaje con tinta indeleble e invisible, –como en las novelas de detectives que había leído por ociosidad–, lo que impidió su persecución y el ser quemado por los yanquis y sus lacayos de la siniestra *Spy Company*, quienes luciendo trajes de charro –con relucientes botonaduras de plata– prestaron tan grandes servicios al invasor, –al señalarle la ruta del Ejército del Norte y los refugios de las guerrillas de los padres Jarauta y Martínez en Veracruz. Comprendió que tenía ante sí la resolución de un misterio, al que había dedicado la existencia para esclarecer la muy fragmentada verdad histórica, en caso de que ésta pudiera reconstruirse con las pequeñas fuerzas de un hombre enfrentado a miles de páginas de adulteraciones e imposturas.

Hizo un recuento de los procedimientos químicos que podrían aplicarse para el riguroso análisis del manuscrito, con el fin de resolver las múltiples interrogantes a que a dado paso su imaginación, excitada por el enclaustra-

miento y el recuerdo parásito del sonido de la redoba. Revisó quién –de sus antiguos alumnos– lo asistiría para este tipo de diligencia, aquellos que solían llevar *boxers* en los puños para hacer valer sus convulsiones teológicas. Varios de ellos eran hoy prohombres del libre mercado y bajo ninguna circunstancia desearían verse relacionados con un fundamentalista empedernido, dominado por “la íntima tristeza reaccionaria”, incapaz de comprender el signo de los tiempos. Buscó, entonces, un rudimentario juego de química, que alguna vez comprara para uno de sus hijos. En el manual de experimentos, encontró un capítulo sobre la tinta invisible, logró entender que los signos se revelan cuando se les acerca al fuego, –lo que consideró una metáfora sobre la purificación de las almas–. Intentó realizar la dudosa práctica con el manuscrito, pero el pergamino casi se achicharró, doblándose el papel viejo como si fuera a arder con la luz languideciente de los hachones de ocote que iluminasen el kiosco de San Luis Potosí, a cuyo rescate en la plaza acudió la visión de San Patricio.

Para entretenerse y reordenar sus pensamientos encendió la radio; se escuchó una transmisión en inglés desde el Capitolio, trató de cambiar de estación, mas todas estaban enlazadas en cadena “nacional”. El idioma “salvaje” lo irritó. Agotado fue a la litera, detrás del baúl, que le servía de lecho. Se durmió enseguida. En sus sueños tuvo varias visiones: una carga de caballería en La Angostura, cuando los yanquis se replegaban alzando escapularios; la insignia blanca del Batallón de San Patricio ondeando en lo alto de la torre de Churubusco; una avenida exótica, por donde deambulaban hombres con turbantes, barbas y sandalias entre pequeños bazares, en donde vio la placa de la calle y alcanzó a leer: “Avenida Bobby Sand, Teherán”. Su sueño se hizo intranquilo, como si su ángel de la guarda estuviese celoso de que se le aparecieran infieles con alfombras persas y turbantes verde lagarto. Estaba a punto de despertarse cuando observó a un anciano, de vestimenta blanca, quien llevaba

en la mano un cayado. No supo su identidad. Un brehón, un poeta, un druida. El anciano señaló un libro con páginas en blanco. Agitado, bostezó y se levantó para meditar. En la azotea se escuchó nuevamente el sonido persistente de las polcas de los Tigres del Norte.

En la tarde, luego de tomarse dos copas de mezcal, volvió a prender la radio. Una voz anónima, paternal, apacible, hablaba del mercado, del consumo y de la productividad. Maldijo en silencio y apagó el aparato. Pensó en su sueño, particularmente en el anciano y su ademán premonitorio. Las páginas en blanco bien pudieran ser los actos fútiles de una estirpe empeñada en destruir cada hecho glorioso de su pasado. De esta manera, los cincuenta azotes que recibieran los nueve miembros indultados del Batallón de San Patricio, la marca en el rostro con hierro candente con la letra "D", la imposición de un collar de tres picos, los grilletes en los pies, las vejaciones, la prisión, los trabajos forzados en que se manifestó "la clemencia" del general Winfield Scott luego de haber condenado a la horca al grueso de la Compañía de los irlandeses, bien pudiera unirse a los actos desesperados con que algunos trataron de evitar el desastre final, como la defensa del alcázar del castillo de Chapultepec hecha por los cadetes del Colegio Militar, en que destacó el joven cadete Miguel Miramón.

Reflexionó en el inútil sacrificio del Batallón de San Patricio, en su deliberada voluntad de destrucción, en su adhesión incondicional a una causa perdida, en el martirio estéril por el que creyeron que "aquí escribiremos con sangre nuestros nombres, aquí ondeará nuestra bandera y el nombre de San Patricio será venerado". Cuando todo ocurrió al revés de sus piadosas previsiones.

Volvió a tomar el manuscrito, recordó al anciano de su sueño; la cruz céltica grabada en tinta negra refulgió en púrpura como si hirviera en ella la sangre que fue derramada. Desconcertado, limpió sus gafas con un pañuelo blanco. La cruz céltica brilló con un rojo intenso. Con dedos temblorosos la tocó y en ese momento irradiaron

desde las páginas en blanco los apretados renglones escritos en gaélico del libro profético de John O'Reilly. Oscuramente percibió que en esas letras fugaces acechaba su muerte, o quizá, el derrumbe irreparable de todo aquello en lo que había creído: la diferencia ancestral de México, el orgullo novohispano, la voluntad imperial, la caída definitiva de "el águila del Septentrión".

En el baúl de viaje, que ahora empleaba como biblioteca, tomó el Santoral y leyó los milagros de San Patricio. Rememoró nuevamente la noche en que su aparición los protegiera en San Luis Potosí. Salió por un momento de la buhardilla. Un cuervo negro voló en el crepúsculo; se escuchó el traca-traca-traca interminable de la redoba norteña, como si el general Zacarías Taylor nunca hubiera salido de Monterrey, seducido por la grasa del cabrito y el sonido monorrítmico. Percibió un olor a descomposición, como el de una cretona polvorienta que se echara a perder en un cajón húmedo, el de un gato muerto arrojado al basurero o el de una rata destripada debajo de la fila sombría de los tinacos. No alcanzó a dilucidar el origen del pudridero. Momentáneamente esperanzado sin importarle el aire pestilente que dominaba la azotea, tomó su bastón de endrino, -regalo de sus treinta y cinco años dedicado a la enseñanza-, dio con él tres golpes en el suelo, invocó la expulsión de los ofidios realizada por San Patricio en la isla verde, como si aún pudieran ser conjurados los ejecutivos bilingües, las secretarías que leen anuncios en inglés, las atiborradas hamburgueserías. El tiempo pasó, la tarde de penumbra con su tono pardinegro cubrió las calles estrechas y malolientes dando lugar a la noche. Ninguna estrella se contemplaba en el firmamento ni siquiera las estrellase fugaces, que llevan las almas de los muertos. El viejo historiador pareció convencerse de que había pasado el tiempo de los milagros, mientras la noche envolvía con su manto frío el cuartucho de la azotea.

## EL MENDIGO DE CÓRDOBA

“Porque el puerto de San Juan de Ulúa  
salió sin honra y con violenta huida;  
Que lo que por ardides se efectúa  
llamada fe jurada y fe rompida”  
Lope de Vega, *Dragontea*

Detrás de los anchos muros de la vieja casa, repatingado en la mecedora de mimbre, leyó con fruición los pasajes de las hazañas piráticas, para escapar por un momento de la presencia inamovible del kiosco porfiriano de la plaza, de la cantina El Borrego, donde solía en las tardes emborracharse, tomando menjules, del mortífero aburrimiento interminable, neblinoso.

Quisiera huir de Córdoba, llegar a Veracruz, embarcarse como el *pasajero dos equis* a una isla, dar por terminada la existencia del patio español, del ático misterioso, ardiendo siempre en el calor húmedo; de las grandes puertas que dividen las estancias, como si éstas anunciaran episodios de una vida que le está negada, difuminada en la sombra que se refleja en los mosaicos durante la tarde, sometida a la modorra de la hamaca, que cuelga silenciosa como la soga de un verdugo con colores vivos que resaltan más su desolación; los días opacos en la ciudad de los treinta caballeros, en donde se firmaron los tratados de la Independencia. Sabe bien que su vida es una

serie de pequeñas adiciones, que imposibilitan su libertad: la locura contenida de su madre, quien pasaría los días mirando desde la azotea la figura de las nubes, esperando una señal que nunca llegará; la mueca del gallego Constancio, afeminado y con un extraño bigote ganchudo, que cada día trituraba la aromática yerbabuena para preparar con desgano los tres menjules que toma para soportar los saludos inevitables de los vecinos; el sonar de las campanillas del reloj de madera de su abuelo; el sonido rasposo de la escoba de la mucama, que embiste invisibles hormigueros. Leía episodios de filibusteros y al hacerlo su corazón huyó de la muerte que se le imponía, como a los cafetales las plagas de gorgojos y “bichos moros”.

Se detuvo en la noble figura de Laurent de Graff, el flamenco español, de cabellos rubios, finos modales, alto y fuerte, quien asaltara Veracruz en 1683. Abandonó el libro para imaginar su porte en el gran espejo de la sala, con sus fauces de dragón que se muerde la cola, cuyas escamas de madera labrada, bañadas por el oro tenue del sol de la tarde, han visto la declinación de su familia, la venta de las fincas; las camas con armazón de latón, en que reposan los mosquiteros raídos; el crecimiento del musgo sobre las grietas de los muros del patio; el llevar al empeño el sable, el bastón con empuñadura de plata, los fistles con diamantes, los finos relojes con tapa de plata y pesadas leontinas, hasta el escritorio con gavetas y escondites secretos que ahora serviría para que lo comprara un nuevo rico.

Vio una vez más en el espejo el reflejo de su rostro macilento, sus ojos alargados como los de un asiático que hubiera seguido el eje del camino de Castilla a China; su casi imperceptible joroba, que se notaría más cuando su madre lo obligaba a que la acompañase a misa, puestas las estrechas guayaberas de su abuelo sobre el montecillo que se alzaba como un ala pardusca sobre su espalda. Se decepcionó aún más de sí y le fue revelada, —durante un sueño—, la imagen de Laurent de Graff, el

conde Lorencillo que se le presentó con el jubón y las botas rotas, como si le quisiera hacer una visita de cortesía, que no desentonara con la lenta demolición de la antigua grandeza de su casa.

Escuchó un grito que lo distrajo de su ensimismamiento. No podía ser más que la voz de su madre, la mucama había salido a recoger la leche que se ofrecía a las casas. (Recordó una fotografía cuando niño montado en el jarmelgo del lechero). Han muerto los últimos parientes que solían sentarse ciertas tardes a tomar el fresco con su madre, sin hablar, mirando ellos, también, el azul exasperante de un cielo que devoraba las hebras blancas de tímidas figuras, que suelen dibujar los que pretenden encontrar en las nubes animales fantásticos como unicornios o grifos. Ese día recordó que no había nubes y que su madre se mostró más huraña que de costumbre. Temió que la llamada le impidiera salir a la cantina El Borrego, para ver, una vez más, las pestañas de niña del gallego Constancio, o peor aún, los ojos verdosos, apagados por sucesivas degeneraciones de un jíbaro amulatado, que lo servía con una pierna de palo, por lo que la gente lo llamaba "pata de palo". Sin embargo, logró evadirse, de su madre, valiéndose de una fingida sordera para esa tarde no perder la oportunidad de entender lo que conversaban en susurros, en la barra, el amo y su sirviente: chismes, intrigas o confesiones de alcoba, hasta que dejó de prestar atención, cuando pasó del segundo al tercer menjule, en que la yerbabuena le sirvió como un bálsamo por el que desaparecieron los portales del Centro, el palacio municipal, los balcones del Hotel Virreinal, los almacenes puestos por los "turcos" que se han apoderado de la ciudad, y sobre todo, la figura feminoide del gallego, resaltada por unos pantalones de mezclilla ajustados, con la sonrisa permanente del mulato cuyo befo ocultaba sus dientes manchados de sarro. Sin embargo a su furtivo regreso siguió escuchando el grito y se dirigió al ático, donde su madre bordaba manteles que nadie usará y que se extendían interminables como

si fueran las nubes domésticas que aprisionara en su interior, a falta de verlas en el cielo, haciéndolas y deshaciéndolas con los ganchos que brillaban a la luz del quinqué como estiletes a los que quisiera, inútilmente, clavar en la vida. El grito volvió a encrespase. Acudió saboreando la aromática yerbabuena, cuya lenta degustación no podría seguramente disfrutar frente al acoso materno.

Al subir al ático, encontró a su madre extrañamente animada, como si ésta se hubiera intoxicado con éter, o hubiese tomado demasiadas infusiones de coachalalate en ayunas. Entonó una canción que no alcanzó a comprender, tal como le resultaban inaprehensibles cada tarde las lascivas murmuraciones del gallego Constancio (llamado "el charrito"), y de "pata de palo". Se le ocurrió que, quizá, podría todavía alcanzar los últimos menjules, repitiendo su visita, antes de que las hordas de empleadillos empezaran a pedir cubas libres, a la salida de sus honrados y estúpidos trabajos.

Su madre decidió finalmente terminar de hurgar en el baúl que dejara el abuelo. Con los dedos largos, trémulos, acarició unos papeles amarillentos. Lo miró como si hubiera aparecido esa misma tarde en el inhóspito cielo azul la nube que revelara su destino. Sin saber, a ciencia cierta, a qué atribuirlo, se regocijó con ella, su pequeña gibosidad pareció allanarse en la espalda que casi se volvió recta. Sintió que había tomado no los tres menjules, sino cinco o siete (como había previsto). Se sintió transfigurado como si por un momento acompañara en sus correrías a Laurent de Graff en Pitiguao, Guaricos o Tortuga, luego de haber vencido a la almiranta de la Armada Española, cuando farfullando, su madre exclamó: "¡somos ricos, nuevamente ricos!", y a continuación, "¡estaba en las nubes, ellas lo decían!".

Diego Blanco casi le arrebató los documentos: no pudo leer con claridad... En una isla de las antillas, en el seno mexicano, los Blanco eran herederos de una vasta finca. Por primera vez se sintió orgulloso de ser un Blanco,

de provenir de Infiesto, de saber que las sonrisas burlo-  
nas que le deparaban en El Borrego habían llegado a su  
fin. Estaba decidido. Viajaría a la isla, donde seguramente  
aguó la armada pirata de Lorencillo, antes de humillar y  
saquear Veracruz, de burlar las rondas de caballería, apo-  
derándose del Baluarte de la Pólvora y de las Casas Rea-  
les, aislando la fortaleza del castellano de Ulúa, hasta  
llevarse prisionera a toda la población a la Iglesia Mayor,  
donde, como recién leyó, se habían celebrado misas ne-  
gras, profanando imágenes, siendo destruidos los santua-  
rios, ultrajada la efigie de nuestra Señora de la Soledad,  
hurtando incluso la venerable reliquia de un dedo de San  
Francisco Javier hasta quedar la parroquia convertida  
en un establo, en un muladar, como él lo hubiese queri-  
do; él, —el insignificante Diego Blanco—, cuando tenía que  
recibir de hinojos la hostia, cada domingo en que su ma-  
dre lo obligaba a acompañarlo a la iglesia, con la rabona  
guayabera de su abuelo que resaltaba su joroba, “no pa-  
recía sino el más puerco muladar que puede haber”, se  
dijo para sí y sonrió malignamente. Saldría de Córdoba  
para siempre siguiendo las huellas de Laurent de Graff.  
A su regreso, todos lo respetarían; sería entonces don  
Diego Blanco y ya se verían las zalamerías, naturalmen-  
te hipócritas, del afeminado gallego y de su ayudante el  
*tente en el aire* “pata de palo”.

La madre de Diego Blanco cambió de humor desde el  
fortuito hallazgo de las escrituras antillanas. Dejó de  
tejer manteles para mesas ilustrísimas pobladas de fan-  
tasmás, y lo más importante, al parecer, había abando-  
nado su manía de mirar las nubes desde la azotea de la  
casa solariega, de prender todos los días una veladora  
a la imagen de Nuestra Señora de la Soledad; en su  
desacato llegó incluso a olvidarse de asistir a misa, tal  
como el párroco Santín aficionado a fumar *Alas*, de den-  
sas carnes, con sonrisa de beato porcino, con una calva re-  
luciente, constataba con enojo reprimido, pero se sentía  
satisfecho con los diezmos que ella siguió entregando con  
devota puntualidad.

La señora Jimena Blanco se ocupaba ahora de otros entretenimientos. Ante la contrariedad remilgosa de Diego adquirió tres gallos, dos machos cabríos, a los cuales dedicaba la atención que en el pasado le demandara encontrar en las figuras, nubosas los signos de su existencia perdida para el mundo y, quizá para sí misma. Argumentó que los gallos le servirían para hacer el tradicional tesmole con flor de hizote y clanepa-quelite. Diego, no muy versado en conocimientos culinarios, sospechó algo extraño, ya que en lugar de prepararlo con espinazo de puerco se empeñó en hacerlo con carne de gallo, a la que se une la discordia. Mas se afanó en hallar pasaje en el anacrónico velero *Judith* de 50 toneladas, preparó su viaje a Pitiguao, como lo hicieran en otro tiempo los *freeboter*, los *pechelings de Flesinga*, los *sea dogs*, soslayando las excentricidades de doña Jimena, con sus ojos moros tan distintos a los suyos alargados, como entrecerrados, en una línea sinuosa sobre el rostro sin carácter. No logró olvidar que en El Borrego, el afeminado gallego, quien tocando las puntas de sus bigotes como alas de cuervo, le hiciera una vaga alusión a los nuevos huéspedes de su casa, preguntando con fingida ingenuidad si los gallos formaban también parte de la herencia que su madre encontrara en el ático por mandato inescrutable del perfil vaporoso de las nubes.

En los días previos a su traslado al Hotel Colonial en Veracruz, Diego Blanco, se surtió de nuevas guayaberas de lino hechas a la medida y de un impecable sombrero Panamá, daba vueltas por el centro de Córdoba como afirmando de una vez su recién recobrada preeminencia. La misma joroba lo ha ayudado en este cometido, pues asustadiza de la condición de su amo, parece no querer exponerse a los corrillos de los verbosos lugareños. Durante una tarde, en que observó a su madre, con las manos llenas de sangre, sacrificar a un gallo, dejándolo desangrarse sobre el fregadero, trató de exorcizar esa visión paseando alrededor del kiosco, luego de haber tomado ya no tres, sino cinco menjules en El Borrego. Ante el

pedestal del Emperador Iturbide, se le acercó un mendigo en cuyo rostro descubrió dos horrores fundamentales: el hecho de no conocerlo, —él que por prosapia sabía cómo se habían forjado hasta los más miserables linajes—, y la ceguera de sus ojos que brillaban en la oscuridad tenue de la tarde con la misma malevolencia que los ojos crueles de las palomas. Creyó ver en esos ojos blancos, rojizos por el ocaso, la púrpura de ferocidad que cubre a las palomas, cuando uno las mira bien, picoteando moronas vorazmente. Pese a la proximidad de su viaje, a la gallardía que había tratado de imitar de Laurent de Graff, no pudo evitar mirar con odio los ojos ciegos del mendigo, negándole la limosna y hasta el protocolario “Vaya usted con Dios”, que suelen aconsejar los manuales de urbanidad. Esa tarde, frente al busto del Emperador sacrificado, Diego Blanco firmaba sin saberlo su ominosa sentencia.

La estancia en Veracruz, el embarcarse en el velero *Judith*, el recordar con ironía su propósito de ser el anónimo *pasajero dos equis* pasaron raudos, como si nada pudiera fijarse en su memoria sino el anhelado arribo a Pitiguao que algunos geógrafos, —mal informados—, confunden con la isla haitiana de Anse a Galets. Pese a su disposición de ánimo, que lo hacía refugiarse en su camarote para releer sobre el galante Laurent de Graff, el conde o Lorencillo, escuchó varias veces en la noche con turbación el eco de voces rudas, semejantes en su ronquera atávica a los nativos de Yanga, en donde se cruzaban con palabras de *creole*, que no alcanzó a comprender, una especie de salmodia africana proveniente de misterios frente a los que su madre solía santiguarse.

Otras noches, vio aparecer la imagen de doña Jimena Blanco en el mismo momento en que el gallo negro cantó agónico, antes de que lo terminara de degollar. Al dormir la siesta, cuando el capitán le informó que se acercaban a su destino, se perturbó por el recuerdo del gallo que lentamente se desangrara, al punto de mirarse las manos, como si temiera que las gotas de sangre formaran

el estigma del crucificado en sus palmas impías, con las que solía profanar la hostia, en aquellos domingos en que era obligado a comulgar en la iglesia, cuando la sustraía, aparentando tragarla para escupirla sobre el paliacate, para consumir con ella degradaciones sacrílegas en un rincón del patio español de su vieja casa.

Mas Diego Blanco observó el mar con aparente firmeza con sus ojos achinados, que temían el viaje en un velero, no dando mayor importancia a lo que creyó podría ser el residuo de las agruras que por varios días le produjo aquél tesmole hecho con carne de gallo. Así se permitió dar órdenes imaginarias a los marinos, en su mayoría negros y mulatos, como "pongan banderas en la jarcia mayor de gavia", o bien, "echen al mar las resmas de papel y los quintales de hierro que traemos como lastre", según especuló lo hacía el gentil Laurent de Graff al avizorar una presa en el horizonte. En la mañana, cuando se divisó el verde cegador de Pitiguao con sus playas áureas, Diego desconfió de las gaviotas que sobrevolaron al *Judith*. Algo en sus ojos le recordó la mirada sanguinolenta de las palomas que descubrió una tarde en la Plaza Mayor de Córdoba.

Apenas desembarcó, se dirigió a su nueva residencia. Pensó que sería un palacete tropical de tipo francés, o bien, lo que le agradaba más, una mansión amplia como el casco y las casas estilo español-antillano que había visto en Fortín, al ser invitado a la quinta Las Ánimas. Tuvo algunos problemas para darse a entender, pues en Pitiguao, pese a que la ineficiente Armada de Barlovento destruyera los refugios piratas en esa isla, como en Guaricos y Tortuga, se hablaba *creole*.

A señas se dio a comprender, pero antes de empeñarse en penetrar en el laberinto del albacín de Pitiguao, barrio donde se encuentra su propiedad, se detuvo en una taberna donde no se le ocurrió pedir más que ron (suspirando por sus menjules). De forma extraña distinguió entre los meseros de la barra, vestidos con filipinas astrosas, la figura feminoide del gallego Constancio, sólo

que más degradada, albarazada, con los bigotes tupidos caídos sobre los labios gruesos, que le recordaron vagamente el carmín de las putas del carnaval de Veracruz; el mulato "pata de palo" igualmente se encontraba ahí, mas confundido con la mayoría de los parroquianos, tan sólo por la mirada furtiva y algo verdosa, y el gesto torvo, lo pudo identificar con los involuntarios testigos de sus tardes de desesperanza en El Borrego.

Sintió que la emoción de su llegada, el vaivén náutico de la travesía, la visión sensual de las negras con sus besuguillos de oro, el sonido febril del *creole*, las noches de pesadilla sufridas, asaltado por memoranzas domésticas en su camarote del *Judith*, el efecto embriagador del ron, se habían conjuntado para alucinarlo, —como si no se hubiera marchado nunca de Córdoba— ni su madre descubriese las escrituras antillanas ni su gibosidad hubiera desaparecido, saltando de su guayabera rabona para ocultarse de las miradas indiscretas. Supuso que su devoción por el pirata flamenco convocó la venganza del virrey, don Martín Enríquez de Almanza, quien en 1568, —más de un siglo atrás del triunfal asalto pirático a Veracruz—, había, humillado a la armada inglesa, haciendo fracasar la ambición de John Hawkins, hundiendo gran parte de la flota enemiga. Mas esa especulación, se dijo, no podría ser sino otro de los síntomas de que era imprescindible el que llegara a sus nuevas posesiones para tranquilizar sus sentidos, ordenar sus ideas, darse un baño en la tina de mármol de la pieza principal y revisar sus amplias estancias, sus caballos de pura sangre, sus esclavos y en general sus nuevas riquezas. Terminó el ron y se puso a ascender la cuesta, percibiendo un aire de sorna en la taberna.

Luego de un penoso andar, llegó finalmente a la anhelada finca antillana. Mas quién lo podía esperar, su mansión se parecía más a una vieja vecindad de la Colonia Roma, o a una de las casas solariegas sometidas a la incuria en Córdoba, que a los sueños que albergó. Desilusionado, sudoroso, un tanto enloquecido, tocó la aldaba,

cuyo sonido le recordó la de su casa, le abrió un negro fornido, quien se parecía al mendigo, aquél que le pidiera limosna frente al pedestal de Iturbide, si no hubiera envejecido. Diego Blanco le mostró los papeles, que testimoniaban su propiedad, el negro asintió y lo invitó a entrar. El patio era un desastre. Charcos fétidos deslumbrantes por el sol cegador, vigas, pedazos de mástiles, el busto verdinegro de algún prócer, quizá un filibustero, timones herrumbrosos, jarcias podridas, ruinas de bajeles, balandras, fragatas, pataches, esquifes, y un mascarón de proa de galeón representando a Medusa. Entró a la única habitación que no estaba llena de escombros. Desolado, sintió que no había podido vencer su destino insignificante, y quizá terrorífico, ya que la descomposición había conquistado las secretas ambiciones de sus sueños.

El negro, sin consultarlo, le trajo una ración de frijoles con plátano frito en un plato de peltre azul (que le recordaron vagamente a los que había, degustado en la cantina La Victoria, en Córdoba), acompañaba su comida, una botella de ron. Diego Blanco, mientras bebía vaso tras vaso, maldijo a su madre, a su abuelo, a Infiesto, a Córdoba, al viaje, a Pitiguao. Descreyó del mismo Laurent de Graff y sintió que le había crecido súbitamente la joroba. Cayó en una somnolencia alcohólica. Se echó en un camastro y, antes de dormir, observó el cuerpo desnudo del negro brillando a la luz de la luna.

Tuvo un sueño agitado en el que se le apareció el mendigo ciego con un sombrero de copa, danzando y lanzando conjuros en que se repitió la letanía "Preto Velho, Padre Chicao, Barón Samedi". No logró despertar, pese a sus esfuerzos, cubierto de sudor, paralizado, sólo alcanzó a llorar en susurros. En la mañana el negro le llevó una taza de café. Sus ojos refulgentes tenían el frío de la oscuridad. Rechazó el café y pidió más ron. El negro volvió a obedecer. Ebrio, dando traspiés descubrió que la habitación tenía un ático con un ardiente calor húmedo —como el de su casa—; en la borrachera, distinguió un retrato abandonado de una mujer, muy parecida a su madre según la viera en una fotografía de juventud.

Creyó oír el canto de agonía de un gallo. Supo que nunca más podría salir de su nueva prisión y, resignado, llamó al negro pero nadie le respondió. Pasaron las horas. Al despertarse comprendió que era el amanecer porque los rayos del Sol bañaban su cuerpo maltrecho, lo dominó una densa oscuridad, imaginó el rosado púrpura del día, queriendo ponerse de pie frente a un espejo, tocó los pocos muebles para guiarse. Sintió que la resaca del ron —que había tomado— lo confundía, provocándole una pérdida de su noción sobre la realidad, pretendió, así, observar su estado deplorable: la barba crecida, el Panamá estropeado, la guayabera sucia. El reflejo metálico se concentró en las sombras, no podía ver, sus ojos estaban muertos. Pensó en el blanco brillante de los ojos ciegos del mendigo de Córdoba, mientras que a lo lejos escuchó una risa vieja y cascada.

## EL HÚSAR NEGRO

“Toda felicidad en la tierra  
está amigos, en la lucha.  
Sí, para llegar a ser amigos  
es menester el humo de la pólvora.  
Tres veces están unidos los amigos:  
hermanos, en la miseria;  
iguales, ante el enemigo;  
libres, ante la muerte”.

F. Nietzsche

El polaco prusiano Carlos Beneski, Karol Benecke, Charles de Beneski de Beaufourt o Carlos Benechi (todos aparentemente nombres de un mismo personaje), portaba el uniforme de caballería de coronel de dragones mexicano, la chaqueta color rojo, con el cuello, mangas y bordes verdes, botones blancos y charreteras de plata; casco de cuero negro con crin del mismo color y un emblema oculto del Imperio mexicano, que guardaría a la vista de los curiosos, detrás de la tira de cuero blanco, así, revisó con todo escrúpulo de acuerdo con la etiqueta militar el brillo de sus botas. Quien llevó en una de sus andanzas un pasaporte que lo acreditaba como nacido en Bayona, Francia, acaso era en realidad oriundo de Pomerania, ocupada entonces por Prusia, lo cual explicaría que el barón Alejandro von Humboldt, lo llamase mi compatriota, “de la Polonia Prusiana”.

Quizá el verdadero Carlos Beneski, teniente de lanceros húngaros, teniente coronel de húsares prusianos al servicio de Napoleón, había muerto en Waterloo, y quien se desempeñó en México como confidente del Emperador Iturbide, no sería sino uno de los distintos Beneski que intervinieron en la guerra de liberación de Polonia, sin embargo, para los fines de este relato —ese dato sustantivo no cuenta—, como no lo hiciese cuando la gran mayoría de los mexicanos que habían jurado lealtad al Emperador lo abandonarían a su oscura suerte en Livorno, condenado al exilio, mientras que el fiel Beneski permaneció “en pie en un mundo de ruinas”.

Beneski, Benecke, Benechi estaría por fin orgulloso del brillo de sus botas, aun cuando éstas desentonaran con un ejército cuya tropa iba mal calzada, andando en huaraches o trotando descalza. El polaco prusiano que llegó a pertenecer al I Regimiento de Húsares de Guardia (*Leib-Husaren*), mejor conocido como el de los húsares negros, repasó brevemente los acontecimientos que lo habían llevado a servir a un país extraño que se empeñaría en negar su destino de grandeza, como si sólo sirviera para la abyección, según lo había visto de manera palpable en el ruinoso estado en que se encontraba la otrora poderosa Nueva España. La industria, la minería y el comercio estaban en quiebra, el tesoro vacío, se contraían deudas que no se podían pagar; (males que desconocía que se harían crónicos hasta los vestigios de lo que alguna vez fuera la nación mexicana), mas Beneski se había enamorado del violeta brillante de las bugambilias y del morado de los árboles de jacaranda, desde que los vio en un libro de botánica durante su breve estancia en Estados Unidos, donde lo confundió que al nombre vulgar de la *noche buena* se añadiese el científico de *poinsettia* (ya se enteraría para su desgracia de las malas artes de Joel R. Poinsett).

El directorio de oficiales napoleónicos, que había sido arrojado como una espuma negra por la sociedad, luego de la derrota de Napoleón, quien encarnó para el

miembro del *Leib-Husaren*, el símbolo del águila, "el poder de volar y fulminar, de elevarse para dominar y destruir lo inferior", había comisionado al oficial polaco para que buscara una nación con las suficientes perspectivas de riqueza y extensión como para poder resistir las asechanzas europeas, luego de que se liberara a Napoleón de Santa Elena. Beneski (al que así llamaré), eligió México al tiempo que se estableció en Estados Unidos para enterarse de los avances de la insurrección mexicana. El soldado que había roto con su sangre, su familia y su patria como un desamparado de aquellos gloriosos solitarios que el cautiverio de Napoleón había echado al mundo a rodar, pretendió pasar desapercibido en Nueva Orleans, capital para América de la conspiración francmasónica.

Inevitablemente, llamó la atención de los parroquianos del Hotel el Banjo. De complexión atlética, con una cicatriz que le cruzaba el mentón, de ojos cafés, grandes y expresivos, el oficial no pudo disimular la rígida escuela prusiana en la que había sido formado, como tampoco su fervor napoleónico que se delataría cada vez que rebasaba la quinta botella de tinto. En el restaurante, una mujer lo observó con cuidado, como si cumpliera con alguna consigna. De ojos verdosos, talle esbelto, piernas largas, senos de manzana, labios sensuales, Claretta Borghese había sido enviada por la masonería yorkina de México con el propósito de que siguiera los pasos del sospechoso extranjero y mantuviese informada a la logia central de sus relaciones, particularmente con los amigos del "traidor" Iturbide. Una noche en que Claretta había acentuado su escote y en que se dibujaban sus piernas como sus tobillos gruesos, cubiertos por medias negras, Beneski había ya ingerido tres botellas de vino rojo. Al mirar los ojos verdes de la espía italiana, tuvo como una sombra del recuerdo verdinegro del ondulante río Potomac en Washington, en las partes más cubiertas de ramajes, de alguna escoria, de pedazos podridos de mascarones, donde las gaviotas descienden en vuelos rasantes, que en el len-

guaje rúnico se relacionan con los viajes y el amor filial. Pasó, a través de las pestañas espesas, de los ojos que reclamaban ya un amor, más allá de sí misma y de su propia conveniencia, a la imagen fugaz del canal Towpath, uno de los brazos del Potomac, a bordo del barco de vapor Georgetown, donde contempló el reflejo iridiscente del río que ahora se aparecía en los ojos de Clareta y que en Washington tendrían el azul del almirante Samuel Francis Du Pont, quien le propuso organizar infructuosamente, un cuerpo de caballería que apoyase la secesión tejana de México.

Beneski retomó sus recuerdos y los guardó en su mochila de campaña para mirar a la italiana, abrigando la certidumbre de que ésta fatalmente había abdicado de sí, pese a la tortuosa voluntad de la intriga que desprendiese de su ser un aura de irresolución. Ella amaría al húsar negro para abandonarlo una tarde de nubes como islas, campos nevados, líneas doradas, monstruos marinos, bustos que se desmoronaban, dunas azules que se fugarían; cuando ella, arrepentida creyó, que lo perdería para siempre.

En sentido estricto, no fue el encargo de los oficiales napoleónicos el que le hiciese viajar a México, tampoco la tensión espiritual de la aventura a la que había consagrado su vida, sino el paisaje visto en algunas postales y a través de varios sueños en los que había vislumbrado la creación de un gran Imperio, que reconstruiría el sueño napoleónico, hundido en el limo en Waterloo. Cuando el águila imperial fue dominada por el graznido lúgubre de la lechuza, "ave de las tinieblas y de la muerte", que él escuchó sobre el estruendo de la fusilería al ser aniquilada la *Vieja Guardia*, con su lema: "La Guardia muere, pero no se rinde". Por esos días de incertidumbre, el padre Correa, agente del general Anastasio Bustamante, quien pidió en su testamento que su corazón fuera enterrado al lado del cuerpo del Emperador Iturbide, como un soldado fiel a la causa, dejó varios mensajes al coronel Beneski. Ambos se reunieron en un privado

donde Correa, de cuerpo magro, escurridizo y casi invisible, le confió las últimas noticias ocurridas en México. La proclamación al trono de Agustín I y el deseo de su Majestad Imperial de que éste se sumara a su guardia, puesto que un oficial con méritos tan reconocidos por sus condecoraciones en las campañas de Francia, Inglaterra y Rusia era necesario en la formación del Ejército Imperial mexicano, ya que no había mucha distancia entre las instrucciones de origen prusiano a las que se incorporó la infantería española y, por ende, el ejército novohispano y su propia educación en una escuela de exigente disciplina y sacrificio.

El padre Correa, con su alzacuellos, ya había sido observado por Claretta Borghese quien, sin saber aún por qué excluía de su informe el nombre del coronel Beneski para describirlo en términos ambiguos como "un oficial quien estuviera al servicio del tirano Napoleón y cuyo aspecto y acento harían pensar que procede de Alemania". Esta falta de precisión, inusual en una espía tan avezada, daba testimonio de cómo Beneski se le había grabado como un rayo en el corazón, al punto que su infortunio dependería de su propia inconsistencia y de la desertión de su alma, abandono que llegaría a vencer pese a sí misma. Esa noche tocó con dedos febriles la masa espesa de los vellos de su pubis y vio en el espejo el endurecerse de sus pezones azafranados.

La logia yorkina de Nueva Orleans, *Oliverio Cromwell*, presionó en Washington para que fuera expulsado el padre Correa y el extranjero que lo acompañaba. El forastero llegó a ser confundido con el barón alemán Anastasio von Rosemberg, quien serviría bajo Agustín I, error de graves consecuencias para el que sería un muy próximo camarada de armas del coronel Beneski. El general Anastasio Bustamante, alarmado por las noticias de la expulsión del padre Correa, así como por la virulenta oposición del congreso a Iturbide, decidió viajar al todavía entonces muy extenso norte del país, con el propósito de comentar al Emperador lo que podría esperarse de

los enemigos. El bando iturbidista empezó a desesperarse de que no se tomaran medidas de fuerza y que la unanimidad del Emperador pudiera interpretarse como síntoma de debilidad; mas aún si se consideraba la influencia determinante de Iturbide sobre el pueblo y el ejército, misma que éste parecía ignorar, sumergido en la más fallida de sus profecías: "(he) construido un obstáculo que previno el derramamiento de chorros de sangre" y adormecido, a veces, entre las piernas duras y los senos frondosos de María Ignacia Rodríguez de Velazco.

En un pueblo de Tejas, cuya suerte ya preocupaba a Beneski, quien informó al general Anastasio Bustamante sobre los peligrosos planes del almirante Du Pont, los cuales sólo eran un fiel reflejo de las péfidas ambiciones anglosajonas contra el Imperio mexicano, estrechó su relación con el general Bustamante con quien compartía la entrega fervorosa hacia la causa de Iturbide. En las tardes, cansados de las dos únicas tabernas del lugar, beberían un mezcal traído de Oaxaca que llevó Bustamante como uno de sus más preciados tesoros; disfrutarían de un patio español, en una de las casas más grandes; practicarían un juego que recién trajera Benesky de las campañas napoleónicas y que había alcanzado popularidad en Europa, llamado "ruleta rusa".

Benesky, después de haber ingerido media botella de mezcal, invitó al general Bustamante a que empuñara el revólver, cargado con una sola bala, haciendo girar el cilindro para disparar, cada quien una vez, con el cañón del arma apuntado a la sien. Semejante diversión se prolongó durante una semana, en previsión de que se agotaran las reservas de mezcal y fuera imperioso regresar a la capital donde la situación tendería a agravarse. Los agentes de la espía italiana, Claretta Borghese, no podrían obtener más información que la muy oscura de que; "encerrados y bebiendo aguardientes jugaban a la "ruleta rusa" (juego que nadie ha visto) y daban vivas a Iturbide"

A su llegada a la ciudad de México, Carlos Beneski llevó consigo varios ejemplares de la *Gaceta Imperial* y una

relación anónima del milagro del Tepeyac. Decidió encaminarse a la capilla del Pocito, antes que a la Casa de la Moncada, residencia de la familia Iturbide. Independientemente de su odio por el absolutismo, había logrado preservar sus creencias católicas de raigambre polaca en el dominio protestante de Prusia, aunque nunca se caracterizó por la "mochería" provinciana a la que juzgaba como una especie de masonería al revés. Mas estaba consciente de que todos los reinos de la tierra tienden a sucumbir, que no hay gloria que los hombres crean perdurable la cual no sea derribada, y que los cimientos del Imperio más poderoso acaban fatalmente en la ruina.

Subió la escalera, rumbo al Pocito, cruzando los arcos cubiertos por las enredaderas, bajo el signo de Malinali. La luna, con un girón desgarrado de nubes grises que la cubrían, aún luchaba contra el despertar naranja del amanecer. Percibió el silencio de la ciudad entre las sombras moradas que se dibujaban en los arcos, la masa de los durmientes a los que siempre había despreciado, los cuales alzarían las sábanas sobre sus pesadas cabezas alestargadas, como el sudario de su muerte, sin que la displi-cencia del coronel pudiese turbar su eterna somnolencia y sus ronquidos. Alcanzó a comprender, cuando llegó a la capilla del Pocito, que la aparición de la virgen de Guadalupe, tal como lo había leído, constituía un privilegio de esa raza mestiza y criolla, poseedora de un enorme territorio, dada a la molicie, incapaz de un esfuerzo tenaz, y menos, de la exigencia que caracteriza a los mejores. Guadalupe era el más grande de los favores divinos, —se dijo para sí— que al parecer se empeñarían en rechazar los mexicanos con la misma inconsciencia que a su destino imperial. Oró y resolvió servir hasta la muerte al Emperador, como antes lo había hecho con Napoleón.

Visitó la Casa de la Moncada para besar la mano del libertador de México, jefe del Ejército Trigarante, creador de la bandera nacional y Emperador Constitucional del Imperio Mexicano, el cual se extendía desde el norte de

San Francisco hasta las provincias de América Central. Iturbide lo impresionó tanto por su experiencia y tacto como por su porte: "Era relativamente joven (treinta y ocho años), atlético, de postura militar. En la conversación se mostraba "ameno, varonil, sencillo y directo". Para Iturbide, que sabía atisbar el alma de quienes le servían, Beneski "era de una sola pieza, hombre fervoroso, sensible e inteligente, cuya lealtad está unida a su sangre, a veces un tanto arrebatado". Durante la entrevista, los agentes de Claretta Borghese se llevaron otro fiasco, pues Beneski, en lugar de hablar de los peligros que veía asechaban desde el Potomac al naciente Imperio, exaltó la belleza del amanecer en la ciudad de México y la revelación mística del Pocito que sosegó su inquietud. El Emperador refirió como su invocación a la Guadalupana lo había iluminado en la batalla decisiva, en Lomas de Santa María, en que derrotó a Morelos, gracia por la cual fundó la Orden Imperial de Guadalupe. Una vez más, los agentes transmitieron sus mensajes temiendo de antemano la ira de la italiana; pero ésta descubrió en esa visita al Pocito uno más de los signos que hacían de Beneski un hombre único, particularmente cuando lo comparaba con los frívolos políticos, los chicos bombón y los artistas del banjo que había conocido. Se sabía conquistada y no quería admitirlo como si tratara de escapar del filo del sable en una carga del húsar negro en cualquier bosque, y más precisamente en el bosque de su alma. Beneski que ignoraba el interés que había despertado en la masonería yorkina, luego de su entrevista con Iturbide fue a beber con oficiales y sargentos litros de curado en la pulquería El Gorjeo.

Claretta Borghese, cansada de la ineficacia de sus agentes, consideró necesario viajar a México para darle cuenta directa de la situación e informar al gran maestro Valentín Gómez Farías así como a Lorenzo de Zavala, quienes tenían periódicas reuniones con el ministro plenipotenciario de Estados Unidos en México, Joel R. Poinsett. La espía italiana se afanó en lograr una invita-

ción a uno de los bailes de la Casa de la Moncada, mientras que Poinsett daba órdenes para que se tendiera una emboscada al extranjero, que por los confusos informes de Claretta aún era identificado con el barón alemán Rosemberg. Los criminales deberían actuar con sigilo, acuchillándolo para fingir un asalto. Se preparaba así la caída de Iturbide, vinculada la francmasonería con los intereses de Estados Unidos. En la corte imperial se anunció la llegada del coronel Carlos Beneski, quien luego de rendir honores a sus Majestades Imperiales sería acaparado por Claretta, quien le recordó su estancia en Nueva Orleans. El polaco prusiano comprendió que la pasión de la italiana era distinta que aquellas carnes que se habían abierto a su deseo en los olvidados lechos de campaña, o aun en suntuosas habitaciones que también habían desaparecido de su memoria.

De manera brusca, la italiana lo invitó a pasar a su alcoba donde ella misma se sintió desconcertada al poner en riesgo una misión tan delicada. Esa noche en que sus cuerpos se fundieron, la sombra de su pubis, sus pezones azafranados, sus piernas largas y esbeltas, sus ojeras que parecían marcadas con polvo de ónix agrandando sus ojos verdes, dejarían de pertenecerle. Beneski había penetrado en la alcazaba de su ser, las defensas habían sido barridas por el viento y el fuego de sus sangres. Desde ese momento, Claretta viviría por Beneski como no había querido, con una voluntad de sufrimiento e incondicionalidad, como la piedra verde del jade que ata las vidas hasta la muerte.

En la pulquería El Gorjeo, Beneski se entrevistó con el barón alemán Anastasio von Rosemberg con quien había entablado muy buena amistad, desde que descubrió cómo el barón dominaba el arte de la lectura rúnica; arte que se había perpetuado en el ejército prusiano como una herencia vikinga. Al tomar Rosemberg las runas, aparecieron dos muertes que podrían ser tres (ya que ésta última estaría decidida por el propio sujeto). El barón sintió que alguno de los dos iba a morir y rezó para que la

muerte no tocara a ninguno de sus amigos. En las runas que "eligió" Beneski, —en una modalidad secreta de la llamada *tirada de Odín*— se encontró "Haegl" (el granizo, símbolo de penalidad), el largo naufragio napoleónico, anunciado por el graznido de la lechuza en Waterloo; "Gyfu" (la ofrenda) su servicio con el Emperador, quizá su propio sacrificio y "Sigel" (el símbolo del sol y del vuelo del águila), —la luz en que el destino se funda—, la gloria del Imperio mexicano, el combate de la nobleza heroica, del "principio espiritual y celeste en lucha contra el mundo inferior". Sin embargo, una runa quedó sin ser leída, dado que se les llamó con urgencia, "Isa" (el demonio del hielo), que significa el veneno puesto en la copa de vino, —la traición—, el manto quebradizo del hielo que puede tragar de forma súbita al caminante, en donde la caída es definitiva y mortal.

Al salir de la pulquería, cuando empezaban a propagarse rumores sobre la abdicación del Emperador, ambos camaradas decidieron dirigirse a sus unidades. Se enteraron entonces de que el Plan de Casa Mata había provocado nuevas sublevaciones militares y que el congreso había considerado la elevación al trono de Iturbide producto de la fuerza. Antes de separarse, escucharon de parte de sus correos que al salir Iturbide de Tacubaya a Tulancingo había sido aclamado por las tropas con gritos de "¡Viva el Emperador!". Al separarse, el barón Rosemberg se encaminó hacia un refugio que los iturbidistas habían preparado para intentar el rescate del Emperador; al pasar por el Salto del Agua, sintió que dos tipos lo seguían pero no les dio importancia, ensimismado en las terribles noticias recibidas. La punta del puñal se clavó en la espalda; el barón von Rosemberg que había enfrentado cara a cara a los mejores ejércitos de Europa cayó ensangrentado sobre su capote militar. Por un tiempo los yorkinos creyeron que Beneski había sucumbido a la cuchillada de la traición.

Los aciagos acontecimientos serían para Beneski, paradójicamente, una prueba de que la estrella de Iturbide

seguía brillando, aunque todo indicara que ésta se había apagado, en medio de la persecución, la opresión y las tinieblas. En la fragata inglesa *Rawlins*, rumbo a Livorno, el Emperador y uno de sus hijos tomaron un licor preparado por su enemigo acérrimo, el fraile dominico José María Marchena, de manos callosas y mirada torva, bebida que les provocó una parálisis facial que persistiría algún tiempo. Pero el veneno del odio fue el que más se virtió contra el Emperador. Más tarde, Beneski lo alcanzó pasando por su natal Polonia, en viaje de Italia a Inglaterra. Protector de la familia imperial, que se había visto forzada a rematar sus caballos, así como también sus muebles y distintas alhajas, pues el congreso nunca cumplió con la pensión que le había asignado, Beneski, llegaría hasta Bath, ya que Iturbide no soportó el ruido de Londres, ni sus feos edificios "carentes de grandeza", mucho menos su intensa actividad mercantil por lo que lo llamó *Babilón*. El Gran Ducado de Toscana no había podido proteger al Emperador y éste enterado de los planes de reconquista de México por parte de la Santa Alianza, estaba dispuesto a regresar cuanto antes a su patria amenazada.

Beneski —como Simón Bolívar— advirtió claras analogías entre el destino de Napoleón y el de Iturbide: "Bonaparte en Europa e Iturbide en América son dos hombres pródigos, cada uno en su género, que presentó la historia moderna".

El húsar negro vivió junto al Emperador las cinco estaciones de su personal Vía Crucis, desde su desembarco en Soto la Marina hasta su fusilamiento en Padilla. La traición del general Felipe de la Garza; "la dignidad heroica habitual" con la que recibió la notificación de su muerte; su garbo al montar que facilitara su identificación: "O ése es Iturbide o el diablo en su figura"; su posadero saludo al pueblo y al ejército; su rechazo a todos los cargos que le imputara el congreso, afirmando que ignoraba el decreto de su proscripción así como el desconocer cuál era el crimen atroz por el que merecía tan cruel pro-

videncia; el reparto de tres onzas y medias de oro a la tropa que lo iba a fusilar; su última recomendación al fiel húsar: "Beneski, reconcílate con Dios Todopoderoso". Desde su celda, situada a unos 60 pasos del sitio de la ejecución, Beneski gritó reclamando su muerte, exigiendo ser fusilado junto con el Emperador y en su desesperación, miró la nube violeta que oscureció el sol en el momento de la descarga y escuchó el graznido lúgubre de la lechuza que anunció la muerte.

Beneski, quien por su fidelidad a la causa imperial sería cuatro veces encarcelado, tres veces sujeto a la orden de deportación y por cuya vida abogó el barón von Humbolt, saldría al exilio conducido a Nueva Orleans. Allí esperó mejores tiempos sin saber que las runas se cumplirían implacablemente. En una taberna que estableció cerca de los muelles, reencontró a la espía italiana, quien había renunciado con grave peligro de su vida al rito yorkino y a su siniestra influencia sobre México, luego de que abandonó al húsar negro cuando todo era confusión y las lealtades más férreas se quebrantaban para dejar solo al Emperador frente al infortunio. Afectada por el vómito negro que contrajo en la costa, dedicó sus últimas fuerzas a servir a Beneski, con esa pasión incontenible que había tratado en vano de erradicar, huyendo inútilmente de lo mejor de sí, de los colores luminosos de su alma. Una banda de músicos negros que tocaban el banjo, acompañó el ataúd de Claretta Borghese hasta el cementerio que daba al mar. Fue sepultada en tierra sagrada y Beneski perdió a su caudillo y al amor de su vida entre los dolores que le imponía el cumplimiento de su destino. Retornó entonces a su patria adoptiva, puesto que los informes sobre la sublevación de los tejanos eran cada vez más alarmantes.

Posteriormente, formó parte del estado mayor del general Antonio de Santa Anna, convencido de que la insurrección de los traidores tejanos era mucho más peligrosa que la fallida invasión del brigadier Barradas, contra la que había luchado al lado del muy voluble e histrióni-

co Santa Anna. Vio un ejército desnutrido, harapiento, sin formación militar, pésimamente armado. A todo ello se sumaba el desorden general del país. Sostuvo una violenta discusión con el general Santa Anna, en la que pudo escucharse cómo el general llegó a gritar: "¡a la chingada Beneski!", -arrebatos que le eran conocidos-. En la noche entró a la iglesia en Saltillo, último punto en que se reunían las tropas y escuchó embelesado el coro del templo o quizá era el eco del coro de la iglesia de Pomerania cuando niño. Miró el retrato de Claret y se encaminó a su cuarto en una casa requisada, habiendo dado instrucciones para que nadie lo molestara. Había sido atravesado por tres estiletes y su cuerpo estaba contaminado por tres venenos: el fusilamiento del Emperador, perpetrado por su propio pueblo; los pezones de Claret, irrecuperables, como peces dorados que nadaran en el fondo del mar y la manifiesta ineptitud de los mexicanos para mantener la voluntad imperial. Tomó el revólver que le recordó aquellos días agradables con el general Anastasio Bustamante cuando jugaban a la "ruleta rusa", al comienzo de su aventura, bebiendo mezcal en el calor del desierto. El estruendo del balazo resonó en el cuartel. Las cachas de marfil del revólver llevaban grabado el Escudo Imperial Mexicano, única herencia de quien dijo llamarse Charles de Beneski de Beafourt, del polaco prusiano que no quedó clavado en las bayonetas sobre el limo de Waterloo, el genuino Beneski que se suicidó en Saltillo.